

JAMES C. SCOTT, profesor de la Universidad de Yale, se ha hecho famoso por sus estudios sobre las formas de vida de los pueblos del sudeste asiático que luchan por vivir al margen del estado, en libros como *Armas de los pobres* o *El arte de no ser gobernado*.

De su experiencia como investigador de estas sociedades han surgido estas reflexiones sobre la nuestra: «Los argumentos que se encontrarán aquí -nos dice- se fueron gestando durante largo tiempo, mientras escribía acerca de campesinos, conflictos de clase, resistencias y pueblos marginales en las colinas del sudeste de Asia». Esta reflexión le ha llevado a recuperar la rica tradición del pensamiento anarquista para aplicarlo a uno de los mayores problemas de nuestro tiempo: la angustia de vivir agobiados entre el excesivo peso del estado y el desencanto con la revolución.

Del interés de la obra da buena idea que un activista de izquierda como David Graeber le califique como “uno de los pensadores políticos más importantes de nuestro tiempo” y que un “guru” de la derecha como Fukuyama se proclame “un gran admirador” suyo y elogie “este libro ameno y provocador”.

«La crítica anarquista al Estado, puesta al día por Jim Scott. Una historia que explica muchas cosas del presente»

Julián Casanova.

ARES y MARES

Elogio  
del  
narquismo

James C. Scott

James C. Scott

**ELOGIO DEL ANARQUISMO**

Título original:

*Two Cheers for Anarchism* (Dos hurras por el anarquismo)

Traducción de Rosa M. Salleras Puig

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)

# Contenido

PREFACIO

I. LOS USOS DEL DESORDEN Y DEL «CARISMA»

II. ORDEN LOCAL, ORDEN OFICIAL

III. LA PRODUCCIÓN DE SERES HUMANOS

IV. TRES HURRAS POR LA PEQUEÑA BURGUESÍA

V. PARA LA POLÍTICA

VI. PARTICULARIDAD Y FLUJO

AGRADECIMIENTOS

## PREFACIO

Los argumentos que el lector encontrará aquí se han ido gestando durante un largo tiempo, mientras me dedicaba a escribir sobre campesinos, conflicto de clases, resistencia, proyectos de desarrollo y pueblos marginales en las montañas del sudeste asiático. Una y otra vez, a lo largo de tres décadas, tras acabar algún debate de seminario o haber escrito algún artículo, me he sorprendido a mí mismo pensando, «esto se parece a lo que argumentaría un anarquista». En geometría euclídea, dos puntos definen una línea; pero si el tercero, cuarto y quinto punto caen todos sobre la misma línea, resulta difícil entonces no prestarle atención a esta coincidencia. Desconcertado por ella, decidí que había llegado el momento de leer a los clásicos del anarquismo y la historia de los movimientos anarquistas, y a este fin, impartí un extenso curso de grado sobre el anarquismo, un intento de educarme a mí mismo y, tal vez, de poder concretar mi relación con el anarquismo. El resultado, y tras posponer el proyecto los casi veinte años transcurridos desde que dejé de enseñar ese curso, ha quedado recogido en este libro.

Mi interés en la crítica anarquista del estado nació de la desilusión y de las esperanzas frustradas de un cambio

revolucionario, una experiencia bastante habitual que vivieron aquellos a quienes la conciencia política se les despertó en la década de 1960 en América del Norte. En mi caso, igual que en el de muchos otros, la década de 1960 fue el punto álgido de lo que podríamos describir como un idilio con las guerras campesinas de liberación nacional. Durante un tiempo, me vi arrastrado por este momento de posibilidades utópicas. Seguí con admiración reverencial y, visto en retrospectiva, con una gran dosis de ingenuidad, el referéndum por la independencia de Guinea, país liderado por Sékou Ahmed Touré, las iniciativas panafricanas del presidente de Ghana, Kwame Nkrumah, las primeras elecciones en Indonesia, la independencia y primeras elecciones en Birmania, país en el que yo había pasado un año, y, por supuesto, las reformas agrarias en la China revolucionaria y las elecciones nacionales en India.

Dichos procesos hicieron surgir mi desilusión: el estudio de la historia y los acontecimientos de la época. Caí en la cuenta, aunque con un cierto retraso, de que casi todas las grandes revoluciones victoriosas habían terminado creando un estado más poderoso que el que habían derrocado, un estado que, a su vez, podía extraerle más recursos, y ejercer un mayor control sobre la población a la que suponía que tenía que servir, y servir a la población era ni más ni menos el objetivo para el que había sido diseñado. En este punto, la crítica anarquista de Marx y, en especial la de Lenin, parecía profética. La Revolución Francesa desembocó en la reacción de *thermidor*, y después en el precoz y beligerante estado napoleónico. La revolución rusa de octubre desembocó en la dictadura de la vanguardia del partido impuesta por Lenin y, más tarde, en Kronstadt, en la represión de los marineros y

obreros en huelga (¡el proletariado!), en la colectivización y en el gulag. Si en el Antiguo Régimen había reinado la desigualdad feudal mantenida por medio de la brutalidad, la lectura que podía hacerse del historial de las revoluciones era igual de desalentadora. Las aspiraciones populares que brindaron la energía y el valor para la victoria de la revolución fueron, se miren desde donde se miren, casi inevitablemente traicionadas.

Los acontecimientos de la época eran igual de inquietantes en lo que se refiere a qué significaron las revoluciones contemporáneas para el campesinado, la mayor clase social de la historia del mundo. El Viet Minh, que tras los acuerdos de Ginebra de 1954 se hizo con el control de la mitad norte de Vietnam, reprimió sin piedad alguna una rebelión popular de pequeños terratenientes y propietarios rurales en las regiones que históricamente habían constituido el semillero del radicalismo campesino. En China, había quedado claro que el Gran Salto Adelante, durante el cual Mao, tras silenciar a sus críticos, obligó a millones de campesinos a formar grandes comunas agrícolas y a alimentarse en grandes comedores comunitarios, estaba teniendo unos resultados catastróficos. Los investigadores y los estadísticos todavía no se han puesto de acuerdo sobre el coste en vidas humanas entre 1958 y 1962, pero lo más probable es que la cifra no baje de los 35 millones de muertos.

Al mismo tiempo que se reconocía el gran número de vidas que se había cobrado el Gran Salto Adelante, llegaban las siniestras noticias de las muertes por el hambre y por las ejecuciones en Kampuchea, gobernada por los Jemeres Rojos,

que completaban la imagen de revoluciones campesinas que se habían torcido y que estaban ahora en fase terminal.

El bloque occidental y sus políticas de la guerra fría en las naciones pobres tampoco ofrecían alternativas edificantes al «socialismo real vigente», y los regímenes y los estados dictatoriales que presidían sobre unas desigualdades abrumadoras eran bien recibidos, al considerarlos aliados en la lucha contra el comunismo. Quienes conozcan bien este período recordarán que también representó el primer auge de los estudios de desarrollo y de la nueva disciplina de la economía del desarrollo. Si, por una parte, las élites revolucionarias concebían inmensos proyectos de ingeniería social según una línea colectivista, por la otra, los especialistas en desarrollo estaban igual de seguros de su capacidad de generar crecimiento económico mediante la creación jerárquica de formas de propiedad, la inversión en infraestructura física y el fomento de los cultivos comerciales y de los mercados de la propiedad agraria, en general, reforzando el estado y ampliando las desigualdades. El «mundo libre», en especial el Sur Global, parecía vulnerable tanto a la crítica socialista de la desigualdad capitalista como a las críticas comunista y anarquista del estado como el garante de estas desigualdades.

Me parecía que esta doble desilusión explicaba la frase de Mijaíl Bakunin: «La libertad sin el socialismo es privilegio e injusticia; el socialismo sin la libertad es esclavitud y brutalidad».

## UN SESGO ANARQUISTA, O LA MIRADA DE UN ANARQUISTA

A falta de una completa cosmovisión y filosofía anarquistas, y desconfiando en cualquier caso de los puntos de vista nomotéticos, expongo en este libro los argumentos de algo parecido a una visión o punto de vista anarquista. Lo que quiero demostrar es que si uno se pone las gafas anarquistas y observa desde este ángulo la historia de los movimientos populares, de las revoluciones, de la política cotidiana y del estado, le saldrán a la luz determinadas percepciones que desde cualquier otro ángulo quedan oscurecidas. También se hará evidente que las aspiraciones y la acción política de personas que nunca habían oído antes hablar del anarquismo o de filosofía anarquista contienen principios anarquistas activos. Una de las cosas que asoman por el horizonte, creo, es lo que Pierre-Joseph Proudhon tenía en mente cuando utilizó por primera vez el término «anarquismo», es decir, mutualismo, o cooperación sin jerarquía o sin el gobierno del estado. Otra es la tolerancia del anarquismo a la confusión y a la improvisación que acompañan al aprendizaje social, y su confianza en la cooperación espontánea y la reciprocidad. En este punto, que Rosa Luxemburgo prefiriera, a largo plazo, los errores honestos de la clase obrera en lugar de la sabiduría de las decisiones ejecutivas de unos pocos miembros de las élites vanguardistas constituye un indicio de esta postura. Mi afirmación, por lo tanto, es bastante modesta. Estas gafas, creo, ofrecen una imagen más nítida y una profundidad de campo mayor que la mayoría de las alternativas.

Al proponer una visión anarquista «orientada por el proceso», o lo que podría denominarse práctica del anarquismo, sería razonable que el lector se preguntara, dadas las muchas variedades de anarquismo que tenemos a nuestra disposición, qué gafas en particular propongo que se ponga.

Mi mirada anarquista implica una defensa de la política, de los conflictos y de los debates, y de la constante incertidumbre y aprendizaje que conllevan, lo que significa que rechazo la corriente dominante de cientificismo utópico que dominó la mayor parte del pensamiento anarquista a finales del siglo XIX y principios del XX. A la luz de los inmensos avances en la industria, la química, la medicina, la ingeniería y el transporte, no es extraño que el gran optimismo de la modernidad de derechas y de izquierdas llevara al convencimiento de que el problema de la escasez había quedado, en principio, resuelto. Muchos creyeron que el progreso científico había descubierto las leyes de la naturaleza, y con ellas, el medio de resolver los problemas de subsistencia, de organización social y del diseño institucional fundamentándose en la ciencia. A medida que los hombres se hicieran más racionales y aumentara su conocimiento, la ciencia nos diría cómo debíamos vivir, y la política ya no sería necesaria. Personajes tan dispares como el conde de Saint-Simon, J. S. Mill, Marx y Lenin se sintieron inclinados a ver un mundo futuro en el que especialistas ilustrados gobernarían según principios científicos, y que la «administración de las cosas» sustituiría a la política. Lenin vio en la extraordinaria y total movilización de la economía alemana durante la primera guerra mundial una imagen de la maquinaria bien engrasada del futuro socialista; uno solo tenía que sustituir a los militaristas alemanes que llevaban el timón

del estado por el vanguardista partido del proletariado, y la administración le quitaría toda su importancia a la política. No solo hemos aprendido después que la riqueza material, lejos de desterrar la política, crea nuevas esferas de lucha política, sino que además el socialismo estatista era menos «la administración de las cosas» que el corporativismo de las clases gobernantes protegiendo sus privilegios.

A diferencia de muchos pensadores anarquistas, yo no creo que el estado sea siempre y en todas partes el enemigo de la libertad. Los estadounidenses solo tienen que recordar la escena de la federalizada Guardia Nacional en Little Rock, Arkansas, en 1957, llevando a los niños negros a la escuela a través de una multitud amenazante de encolerizados blancos para darse cuenta de que el estado, en determinadas circunstancias, puede desempeñar un papel emancipador. Creo incluso que si esta posibilidad ha surgido se debe solo a que la Revolución Francesa instauró la ciudadanía democrática y el sufragio popular, que se extenderían subsiguientemente a las mujeres, a los empleados domésticos y a las minorías. Esto significa que de los aproximadamente cinco mil años de historia que tiene el estado, la posibilidad de que los estados pudieran en algunas ocasiones ampliar el ámbito de las libertades humanas no ha aparecido hasta hace unos dos siglos.

Las condiciones bajo las cuales estas posibilidades se hacen a veces realidad, en mi opinión, solo se dan cuando disturbios multitudinarios ajenos a las instituciones y procedentes de los niveles más inferiores amenazan todo el edificio político. Incluso este logro está lleno de melancolía, habida cuenta de

que la Revolución Francesa marcó asimismo el momento en el cual el estado se ganó acceso directo y sin mediadores al ciudadano, y en el que también se hicieron posibles el servicio militar universal y obligatorio y la guerra total.

Tampoco creo que el estado sea la única institución que amenaza a la libertad. Afirmar algo así sería hacer caso omiso de una larga e intensa historia de esclavitud, propiedad de las mujeres, guerras y servidumbre anterior al estado. Una cosa es estar en completo desacuerdo con Hobbes sobre la naturaleza de la sociedad antes de la existencia del estado (cruel, brutal y breve) y otra creer que «el estado de la naturaleza» era un paisaje ininterrumpido de propiedad comunal, cooperación y paz.

El último aspecto del pensamiento anarquista del que definitivamente deseo distanciarme es el tipo de libertarismo que tolera (o incluso estimula) las grandes diferencias en riqueza, propiedad y estatus. Libertad y democracia (con «d» minúscula) son, en condiciones de desigualdad flagrante, una farsa cruel, tal como bien entendió Bakunin. No existe libertad auténtica allí donde las grandes diferencias convierten los acuerdos o intercambios voluntarios en poco más que saqueo legalizado. Considere el lector, por ejemplo, el caso de la China de entreguerras, cuando la hambruna y la guerra hicieron de la muerte por inanición algo habitual. Muchas mujeres se enfrentaron a la dura elección de morir de hambre o vender a sus hijos y sobrevivir. Para un fundamentalista del mercado, vender un hijo es, al fin y al cabo, una decisión voluntaria y, por lo tanto, un acto de libertad, cuyos términos son válidos (*pacta sunt servanda*). La

lógica, por supuesto, es monstruosa. En este caso, es la estructura coercitiva y coactiva de la situación la que incita a la persona a elegir este tipo de alternativas catastróficas.

He elegido un ejemplo de gran carga moral, pero que hoy en día no es tan insólito. El comercio internacional de órganos y de niños es uno de los ejemplos que vienen más al caso. Imagínese el lector una serie de imágenes fotográficas secuenciales en el tiempo en las que se sigue el desplazamiento por el mundo de los riñones, córneas, corazones, médula ósea, pulmones y bebés. Todos estos órganos se dirigen de forma inexorable desde las naciones más pobres del globo, y desde las clases más pobres de estas naciones, sobre todo hacia las naciones ricas del Atlántico Norte y hacia sus ciudadanos más privilegiados. Jonathan Swift, en su *Una modesta proposición*, casi da en el clavo. ¿Puede acaso alguien dudar de que este comercio de valiosos bienes sea un dispositivo de un desequilibrio gigantesco y esencialmente coercitivo en las posibilidades de vida en el mundo, lo que algunos llaman, de un modo que en mi opinión no puede ser más apropiado, «violencia estructural»?

La cuestión, en términos sencillos, es que las grandes diferencias en riqueza, propiedad y estatus se burlan de la libertad. La consolidación de la riqueza y del poder a lo largo de los últimos cuarenta años en Estados Unidos, imitada en el pasado reciente por muchos estados del Sur Global que aplican las políticas neoliberales, ha creado una situación que los anarquistas ya habían previsto. Las desigualdades acumuladas en el acceso a la influencia política a través del puro poder económico, de los gigantescos oligopolios (similares a un

estado), del control de los medios, de las contribuciones a las campañas electorales, de la configuración de la legislación (que llega incluso hasta planificar anticipadamente las lagunas legales), de la reasignación de circunscripciones electorales, del acceso al conocimiento legal y similares, han permitido que elecciones y legislación sirvan sobre todo para ampliar las desigualdades ya existentes. Resulta difícil ver una vía plausible por la que estas desigualdades, que se refuerzan a sí mismas, puedan reducirse a través de las instituciones existentes, habida cuenta, en particular, que ni siquiera la reciente y grave crisis capitalista iniciada en el año 2008 ha logrado producir nada similar al New Deal de Roosevelt. Las instituciones democráticas, en una gran medida, se han convertido en productos comerciales que se ofrecen en subasta al mejor postor.

El mercado mide la influencia en dólares, mientras que una democracia, en principio, la mide con los votos. En la práctica, en un nivel determinado de desigualdad, los dólares infectan y aplastan a los votos. Las personas razonables pueden no estar de acuerdo sobre los niveles de desigualdad que una democracia puede llegar a tolerar sin convertirse en una completa farsa. A mi juicio, llevamos ya bastante tiempo en «zona de farsa». Lo que está claro para todo el mundo, salvo para un fundamentalista del mercado (del tipo a quien le parecería ético perdonarle a un ciudadano que se vendiera a sí mismo, voluntariamente, por supuesto, como esclavo propiedad de otra persona), es que la democracia, sin igualdad relativa, es un engaño cruel, lo que, por supuesto, constituye el gran dilema de un anarquista. Si la igualdad relativa es una condición necesaria del mutualismo y de la libertad, ¿cómo

puede garantizarse si no es a través del estado? Frente a este dilema, creo que tanto teórica como prácticamente, la abolición del estado no es una opción. Aunque no por todas las razones que supuso Hobbes, estamos estancados, por desgracia, con Leviatán, y el reto consiste en dominarlo. Es posible que este reto esté mucho más allá de nuestro alcance.

## **LA PARADOJA DE LA ORGANIZACIÓN**

Una gran parte de lo que el anarquismo puede enseñarnos tiene que ver con cómo ocurre en realidad el cambio político, tanto reformista como revolucionario, con cómo deberíamos entender qué es «político», y finalmente con cómo deberíamos abordar el estudio de la política.

En contra de lo que se acostumbra a creer, las organizaciones no suelen iniciar los movimientos de protesta, sino que, de hecho, sería más correcto afirmar que los movimientos de protesta dan lugar al nacimiento de organizaciones que, a su vez, en general, intentan domesticar las protestas y transformarlas en canales institucionales. En la medida en que las protestas amenazan al sistema, las organizaciones formales son más un impedimento que un elemento facilitador. Que estas mismas instituciones diseñadas para evitar los tumultos populares y hacer posible el cambio legislativo ordenado, en general, nunca hayan conseguido estos objetivos constituye la gran paradoja del cambio democrático, aunque visto a través del prisma anarquista, no resulta tan sorprendente. Este fracaso se debe en gran parte a que las instituciones estatales

existentes están paralizadas y al servicio de los intereses dominantes, igual que también lo están la inmensa mayoría de las organizaciones formales que representan a los intereses establecidos. Estos últimos mantienen un férreo control del poder del estado y del acceso institucionalizado a él.

Por consiguiente, los episodios de cambios estructurales tienden a ocurrir solo cuando grandes alteraciones no institucionalizadas, que toman la forma de disturbios, ataques contra la propiedad, manifestaciones descontroladas, robos, incendios provocados y rebeldía manifiesta, amenazan a las instituciones establecidas. Este tipo de alteraciones no suelen ser alentadas casi nunca, y menos aún promovidas, ni siquiera por las organizaciones izquierdistas que suelen estar estructuralmente inclinadas a preferir exigencias, manifestaciones y huelgas ordenadas, que, en general, pueden ser constreñidas en el marco institucional vigente. Las instituciones de la oposición que tienen nombres, personas que ostentan cargos, estatutos, enseñas y sus propias prácticas de gobierno interno prefieren, como es natural, el conflicto institucionalizado en el que son especialistas.<sup>1</sup>

Tal como han demostrado de forma convincente Frances Fox Piven y Richard A. Cloward en los casos de la Gran Depresión en Estados Unidos, de las protestas de los trabajadores en paro durante la década de 1930, del movimiento por los derechos

---

1 Muy de vez en cuando uno encuentra alguna organización que combina un cierto grado de coordinación voluntaria y que respeta al mismo tiempo, e incluso alienta, la iniciativa local. Solidarnosc en Polonia durante la ley marcial y el Student Non-Violent Coordinating Committee durante el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos son raros ejemplos de ello. Ambos nacieron durante el transcurso de las protestas y de la lucha, y no antes.

civiles, del movimiento contra la guerra de Vietnam y del movimiento por el derecho a la asistencia social, cualquier logro de los movimientos fue obtenido en el momento en el que se dieron las mayores alteraciones y en el que dichos movimientos eran más agresivos, estaban menos organizados y eran menos jerárquicos.<sup>2</sup> Las concesiones fueron consecuencia de los intentos de atajar e impedir la expansión de la rebeldía y del desafío no institucionalizados frente al orden existente. No había líderes con los que negociar un acuerdo, nadie que pudiera prometer sacar a la gente de la calle a cambio de concesiones. Es el desafío en masa, precisamente porque amenaza el orden institucional, el que hace surgir organizaciones que intentan canalizar este desafío e incorporarlo al flujo de la política normal, donde puede ser contenido. En estas circunstancias, las élites acuden a las organizaciones a las que en condiciones normales desdeñarían, y un ejemplo de ello lo constituye el acuerdo del primer ministro Georges Pompidou con el Partido Comunista Francés (un «actor» consolidado) en virtud del cual prometió enormes concesiones salariales en 1968 para así separar a los miembros del partido fieles al régimen de los estudiantes y huelguistas incontrolados.

Los desórdenes pueden tomar formas inusitadas, y parece útil distinguirlos según su grado de coherencia y de organización y según si reivindican o no la superioridad moral o ética en la política democrática. Por lo tanto, los desórdenes cuyo objetivo consiste en hacer realidad o en ampliar las libertades democráticas, tales como la abolición (de la

---

<sup>2</sup> Francés Fox Piven y Richard A. Cloward, *Poor People's Movements: Why They Succeed, How They Fail*, Vintage, Nueva York, 1978.

esclavitud), el sufragio femenino o el fin de la segregación, expresan la reivindicación específica a ocupar una posición de superioridad moral con relación a los derechos democráticos. ¿Qué pasa entonces con los formidables alborotos cuyo objetivo consiste en conseguir la jornada laboral de ocho horas, o la retirada de tropas de Vietnam o, algo más vago e impreciso, por ejemplo, la oposición a la globalización neoliberal? En estos casos, el objetivo se sigue expresando de forma bastante razonable, pero la reivindicación a la superioridad moral se disputa con más fuerza. Aunque uno pueda lamentar la estrategia de «bloque negro» aplicada en el año 1999 en las proximidades de la reunión de la Organización Mundial del Comercio, los escaparates destrozados, o los enfrentamientos con la policía durante la «batalla de Seattle», no cabe ninguna duda de que sin la atención que este violento descontrol casi calculado recibió de los medios de comunicación, el movimiento antiglobalización, anti OMC, anti Fondo Monetario Internacional y anti Banco Mundial hubiera pasado bastante desapercibido.

El caso más duro, pero un caso cada vez más habitual entre las comunidades marginalizadas, es el de los disturbios generalizados que suelen ir acompañados de saqueos, un caso que es más un grito de rabia y de enajenación incipiente y todavía sin forma, y sin exigencias ni reivindicaciones coherentes. Precisamente porque no está expresado y porque surge de entre los sectores menos organizados de la sociedad parece más amenazante, no presenta ninguna exigencia particular que abordar, ni tampoco líderes claros con los que negociar. Las élites gobernantes se enfrentan a todo un abanico de opciones. En los disturbios urbanos en Gran

Bretaña a finales del verano de 2011, la primera reacción del gobierno conservador fue la represión y la justicia sumaria. Otra reacción política, instada por los dirigentes laboristas, consistió en una mezcla de reforma social urbana, mejoras económicas y castigo selectivo. Lo que es innegable que hicieron los disturbios, sin embargo, fue atraer la atención de las élites, sin la cual la mayor parte de las cuestiones subyacentes a los disturbios nunca hubieran salido a la conciencia pública, sin importar cómo se hubieran abordado y solucionado.

Una vez más, también este caso plantea un dilema. Las grandes revueltas y la rebeldía pueden, en determinadas condiciones, llevar directamente al autoritarismo o al fascismo en lugar de a las reformas y a la revolución. Siempre existe el peligro, pero es cierto, no obstante, que la protesta ajena a las instituciones parece ser una condición necesaria, aunque no suficiente, para un cambio estructural progresivo, como por ejemplo el New Deal o los derechos civiles.

Del mismo modo que una gran parte de la política que, a lo largo de la historia, ha tenido alguna importancia ha tomado la forma de rebeldía indisciplinada, también es cierto que para las clases subordinadas, durante la mayor parte de su historia, la política ha tomado una forma muy diferente y ajena a las instituciones. En el caso del campesinado y de una gran parte de la primera clase obrera de la historia podemos buscar en vano organizaciones formales y manifestaciones públicas. Existe todo un reino de algo que he denominado «infrapolítica» porque se suele practicar fuera del espectro visible de lo que suele considerarse actividad política.

Históricamente, el estado siempre ha frustrado la organización de las clases más bajas, y más aún la rebeldía pública, un tipo de política peligrosa para los grupos subordinados que, en general, han comprendido, igual que también lo han hecho los grupos guerrilleros, que la divisibilidad, los grupos de pocos miembros y la dispersión les ayudan a evitar las represalias.

Por infrapolítica entiendo acciones diversas: dar largas o inacción, furtivismo, ratería, disimulo, sabotaje, desertión, absentismo, ocupación y huida. ¿Por qué arriesgarse a recibir un tiro a causa de un motín fracasado si la desertión funciona igual de bien? ¿Por qué arriesgarse a invadir un territorio cuando una ocupación ilegal asegurará derechos *de facto* sobre un territorio? ¿Por qué pedir a las claras derechos a la madera, pescado y caza si la recolección, pesca y caza furtivas lograrán el mismo objetivo con más discreción? En muchos casos, estas formas de auto-ayuda *de facto* prosperan y se sostienen gracias a las opiniones colectivas muy arraigadas con relación al servicio militar obligatorio, a las guerras injustas y a los derechos a la tierra o a la naturaleza que no pueden manifestarse segura y claramente. Y sin embargo, la acumulación de miles, incluso millones, de este tipo de pequeñas acciones puede tener enormes repercusiones sobre la guerra, los derechos a la tierra, los impuestos y las relaciones de propiedad.

Las redes de malla ancha que utilizan los científicos de la política y la mayoría de los historiadores para pescar la actividad política no tienen en cuenta el hecho de que la mayor parte de las clases subordinadas, históricamente, han carecido del lujo de la organización política manifiesta, lo que no les ha

impedido trabajar en complicidad y de forma microscópica, cooperativa y multitudinaria en el cambio político desde abajo. Como observó Milovan Djilas hace mucho tiempo:

El trabajo lento e improductivo de millones de trabajadores desinteresados, junto con la prohibición de todo trabajo no considerado «socialista», es el incalculable, invisible y gigantesco derroche que ningún régimen comunista ha sido capaz de evitar.<sup>3</sup>

¿Quién puede afirmar con exactitud qué papel desempeñaron estas expresiones de desafección (tal como quedan de manifiesto en el lema «nosotros fingimos trabajar, y ellos fingen que nos pagan») en la viabilidad a largo plazo de las economías del bloque soviético?

Las formas de cooperación, coordinación y acción informal que encarnan el mutualismo sin jerarquía son la experiencia cotidiana de la mayor parte de la gente. Solo de vez en cuando representan la oposición implícita y explícita a la ley y a las instituciones estatales.

La mayor parte de los pueblos y de los barrios funcionan precisamente gracias a las redes de coordinación informales y transitorias que no exigen organización formal, y menos aún jerarquía. En otras palabras, la experiencia del mutualismo anarquista está muy extendida.

Como observa Colin Ward, «lejos de ser una visión conjetural

---

3 Milovan Djilas, *The New Class*, Praeger, Nueva York, 1957 [hay trad. cast.: *La nueva clase: Análisis del régimen comunista*, Sudamericana, Buenos Aires, 1963].

de una sociedad futura, es una descripción de un modo de experiencia humana en la vida diaria que opera codo con codo con, y a pesar de, las tendencias autoritarias dominantes de nuestra sociedad».<sup>4</sup>

La gran pregunta, y una para la que no tengo una respuesta definitiva, es si la existencia, el poder y el alcance del estado a lo largo de los últimos siglos han debilitado la independencia y la capacidad de organizarse de los individuos y de las pequeñas comunidades. Son muchas las funciones que antes ejercían el mutualismo entre iguales y la coordinación informal que están ahora organizadas y supervisadas por el estado. Se ha hecho famoso el modo de expresarlo de Proudhon, que se adelantó así a Foucault,

Ser gobernado es estar vigilado, ser inspeccionado, espiado, estar dirigido, legislado, regulado, ser encerrado, adoctrinado, sermoneado, controlado, valorado, mandado por seres que carecen de título, de conocimiento y de virtud... Ser gobernado es ser, en cada operación, en cada transacción, en cada movimiento, anotado, registrado, inventariado, tarifado, sellado, mirado de arriba abajo, acotado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, sellado, apostillado, amonestado, impedido, reformado, enderezado y corregido.<sup>5</sup>

¿Hasta qué punto la hegemonía del estado y de las organizaciones jerárquicas formales ha socavado la capacidad

---

4 Colin Ward, *Anarchy in Action*, Freedom Press, Londres, 1988, 14.

5 Pierre-Joseph Proudhon, *General Idea of the Revolution in the Nineteenth Century*, trad. al inglés por John Beverly Robinson, Freedom Press, Londres, 1923, pp. 293-294,

para la práctica del mutualismo y de la cooperación que históricamente han creado orden sin el estado? ¿Hasta qué punto el alcance cada vez mayor del estado y los supuestos tras las acciones en una economía liberal han producido los egoístas sociales que, así lo creía Hobbes, Leviatán estaba diseñado a amansar? Uno podría argumentar que el orden formal del estado liberal depende fundamentalmente de un capital social de costumbres de mutualismo y de cooperación que le son anteriores, que no puede crear y que, de hecho, debilita. Podría sostenerse que el estado destruye la iniciativa natural y la responsabilidad que nacen de la cooperación voluntaria. Es más, que el neoliberalismo glorifique al individuo que se magnifica y no a la sociedad, a la propiedad individual de pleno dominio y no a la propiedad comunitaria, que trate la tierra (naturaleza) y el trabajo (vida trabajadora humana) como mercancías comerciales, y la medición monetaria en, pongamos por caso, el análisis de costes y beneficios (por ejemplo, al asignarle un valor monetario a una puesta de sol o un paisaje amenazado), han alentado prácticas de cálculo social que desprenden un fuerte tufo a darwinismo social.

Lo que estoy insinuando es que dos siglos de un estado fuerte y de economías liberales tal vez nos hayan socializado hasta un punto en el que, en general, hemos perdido la costumbre del mutualismo, y que en la actualidad corremos el peligro de convertirnos precisamente en los peligrosos depredadores que, en opinión de Hobbes, poblaban el estado de la naturaleza. Quizás Leviatán haya hecho nacer su propia justificación.

## **UNA MIRADA ANARQUISTA A LA PRÁCTICA DE LA CIENCIA SOCIAL**

La tendencia populista de pensamiento anarquista, y su creencia en las posibilidades de la autonomía, de la organización propia y de la cooperación, reconocía, entre otras cosas, que los campesinos, artesanos y trabajadores eran pensadores políticos. Tenían sus propios objetivos, valores y prácticas, de los que cualquier sistema político hacía caso omiso a su propio riesgo. Parece que no solo los estados, sino también la práctica de la ciencia social han traicionado el respeto básico por el modo de actuar de quienes no pertenecen a la élite. Es habitual atribuirles a las élites determinados valores, sentido histórico, gustos estéticos, e incluso los rudimentos de la filosofía política. El análisis político de quienes no pertenecen a las élites, por el contrario, suele realizarse, por así decirlo, a sus espaldas. Su «política» se interpreta según su perfil estadístico: a partir de «hechos» tales como sus ingresos, ocupación, años de escolarización, propiedades, residencia, raza, etnia y religión.

Esta es una práctica que la mayoría de los científicos sociales nunca considerarían adecuada, ni por asomo, al estudio de las élites. Resulta curioso que tanto los procedimientos habituales del estado como el autoritarismo izquierdista traten a los ciudadanos que no forman parte de las élites y a las «masas» como meras cifras de sus características socioeconómicas, la

mayoría de cuyas necesidades y visión del mundo pueden ser entendidas como la suma vectorial de las calorías entrantes, dinero, métodos de trabajo, patrones de consumo y comportamiento electoral en el pasado. No es que estos factores no sean pertinentes. Lo que es inadmisibile desde el punto de vista moral y científico por igual es esa arrogancia desmesurada que pretende comprender el comportamiento de los agentes humanos sin, por un momento, proceder a una escucha sistemática de dichos agentes para averiguar cómo comprenden lo que están haciendo y cómo se explican a sí mismos. Insisto, no es que este tipo de explicaciones propias sean transparentes, y tampoco carecen de omisiones estratégicas y de motivos ocultos; no son ni más ni menos transparentes que las explicaciones que hacen de ellas mismas las élites.

El trabajo de las ciencias sociales, tal como lo entiendo yo, es el de proporcionar, provisionalmente, la mejor explicación del comportamiento basándose en todos los datos disponibles, lo que incluye, en especial, las explicaciones de esos agentes con capacidad de reflexión y con algún propósito cuyo comportamiento se observa, estudia y analiza. Es absurda la idea que sostiene que el punto de vista que tiene de la situación el agente no es pertinente a dicha explicación. Sin la visión del agente estudiado, es, sencillamente, inconcebible obtener un conocimiento válido de la situación del agente. Nadie ha defendido mejor el caso de la fenomenología de la acción humana que John Dunn:

Si queremos comprender a otras personas y postular la afirmación de que, de hecho, hemos conseguido

comprenderlas, es imprudente y vulgar no hacer caso de lo que esas otras personas tienen que decir [...] lo que en propiedad no podemos hacer es afirmar que sabemos que lo comprendemos [al agente], o que comprendemos su acción mejor de lo que pueda hacer él mismo si no tenemos acceso a las mejores descripciones que él pueda ofrecer.<sup>6</sup>

Cualquier otra cosa equivale a cometer un crimen de ciencias sociales a espaldas de los protagonistas de la historia.

## **UNA ADVERTENCIA O DOS**

El uso del término «fragmentos» en el interior de los capítulos tiene la intención de alertar al lector sobre lo que no debe esperar. «Fragmentos» aquí tiene un significado más similar a «fragmentario». Estos fragmentos de texto no son como todos los añicos de un jarrón antes intacto que ha sido arrojado al suelo, o como las piezas de un rompecabezas que, una vez ensambladas de nuevo, harán que el objeto o la imagen recupere su condición original de un todo. Por desgracia, no tengo una argumentación bien trabajada en defensa del anarquismo que equivalga a una filosofía política dotada de coherencia interna que parta de unos principios básicos y que pueda ser comparada con, pongamos por caso,

---

6 John Dunn, «Practising History and Social Science on “Realist Assumptions”», en *Action and Interpretation: Studies in the Philosophy of the Social Sciences*, ed. C. Hookway y P. Pettit, Cambridge University Press, Cambridge, 1979, pp. 152,168.

la del príncipe Kropotkin o la de Isaiah Berlín, y menos aún con la de John Locke o Karl Marx. Si el examen que tengo que superar para poderme considerar un pensador anarquista es alcanzar este nivel de rigor ideológico, entonces, lo más seguro es que lo suspenda. Lo que tengo y ofrezco en este libro es una serie de observaciones y reflexiones que equivalen a un respaldo a una gran parte de lo que los anarquistas tienen que decir acerca del estado, de la revolución y de la igualdad.

Tampoco es este libro un estudio sobre los pensadores o los movimientos anarquistas, por muy instructivo que un trabajo así pudiera llegar a ser. Por lo tanto, el lector no encontrará aquí análisis detallados de, por ejemplo, Proudhon, Bakunin, Malatesta, Sismondi, Tolstoy, Rocker, Tocqueville o Landauer, aunque sí he consultado los escritos de la mayor parte de los teóricos del anarquismo. Tampoco, insisto, encontrará el lector una crónica de los movimientos anarquistas o cuasi-anarquistas tales como Solidarnosc en Polonia, los anarquistas de la guerra civil española o los obreros anarquistas de Argentina, Italia o Francia; aunque he leído todo lo que he podido sobre el «anarquismo real existente» y sus principales teóricos.

«Fragmentos» tiene también un segundo sentido. Representa, en mi opinión al menos, algo así como un experimento de estilo y de presentación. Mis dos libros anteriores (*Seeing Like a State* y *The Art of Not Being Governed*) estaban contruidos de una forma más o menos similar a una complicada máquina de asedio en alguna parodia de guerra medieval de Monty Python. Trabajé a partir de esbozos y diagramas en muchos rollos de papel de cinco

metros con miles de minúsculas anotaciones a las referencias. Cuando le comenté a Alan MacFarlane lo descontento que estaba con mis plúmbeos hábitos de escritura, Alan me hizo conocer las técnicas del ensayista Lafcadio Hearn y una forma más intuitiva y libre de composición que empieza como una conversación, arrancando a partir de un núcleo argumental llamativo y apasionante alrededor del cual se desarrolla la argumentación. He intentado, con muchas menos concesiones rituales a las fórmulas de las ciencias sociales de lo que suele ser la costumbre, incluso para mi propio e idiosincrásico estilo, seguir el consejo de MacFarlane con la esperanza de que el texto le resulte accesible al lector, sin duda, el objetivo a alcanzar en un libro con un sesgo anarquista.

## I. LOS USOS DEL DESORDEN Y DEL «CARISMA»

### FRAGMENTO I.

#### LEY DE SCOTT DE LA GIMNASIA ANARQUISTA

Inventé esta ley a finales del verano de 1990 en Neubrandenburg, Alemania.

En un intento de mejorar mi casi nula capacidad de hablar el alemán, antes de pasar un año en Berlín como invitado en el Wissenschaftskolleg,<sup>7</sup> se me ocurrió la idea de buscar trabajo en una granja, en lugar de asistir a clases diarias junto a adolescentes con la cara llena de granos en algún centro del Goethe Institute. El muro había caído un año antes, de modo que pensé que a lo mejor podría encontrar un trabajo de verano, seis semanas, en alguna granja colectiva (*landwirtschaftliche Produktionsgenossenschaft*, o LPG), a las que hacía muy poco tiempo acababan de rebautizar con el nombre de «cooperativa», en Alemania oriental. Resultó que

---

7 Institución similar al Institute for Advanced Study (instituto de estudios avanzados) de Princeton. (N. de la T.)

un amigo del Wissenschaftskolleg tenía un pariente cercano cuyo cuñado era el director de una granja colectiva en el pequeño pueblo de Pletz. Aunque algo receloso, el cuñado estuvo dispuesto a darme alojamiento y comida a cambio de trabajo y de un cuantioso alquiler semanal.

Como plan para mejorar mi alemán por el método «o nadas o te ahogas», era perfecto; como plan para realizar una agradable y edificante visita a una granja, acabó siendo una pesadilla. Los residentes del pueblo, y sobre todo mi anfitrión, recelaban de mis intenciones. ¿Tendría yo la intención de examinar las cuentas de la granja colectiva y descubrir «irregularidades»? ¿O tal vez yo era una avanzadilla de los granjeros holandeses que estaban explorando la zona en busca de tierras que alquilar tras la caída del bloque socialista?

La granja colectiva de Pletz era un espectacular ejemplo de esta caída. Se había especializado en el cultivo de «patatas de almidón», un tipo de patatas que no servían para freír, aunque los cerdos se las tragaban en un santiamén; su proyectada utilidad era la de proporcionar el almidón necesario que se utilizaba como base de los productos cosméticos de Europa oriental. Nunca un mercado ha caído a la velocidad que lo hizo el mercado de cosméticos producidos en el bloque socialista después de la caída del muro, y montón tras montón de patatas se pudrían al sol del verano junto a las cercas de la granja.

Aparte de preguntarse si lo que les esperaba era la miseria más absoluta, y qué papel podría yo desempeñar en ella, a mis anfitriones les preocupaba una cuestión mucho más

inmediata, la de mi escasa comprensión del alemán y la amenaza que eso le suponía a su pequeña granja. ¿Dejaría yo salir a los cerdos por la puerta equivocada que daba acceso a los campos de su vecino? ¿Les daría a las ocas el pienso destinado a los toros? ¿Me acordaría de tener siempre la puerta cerrada cuando estuviera trabajando en el granero, por si venían los gitanos? Es cierto que durante la primera semana les había dado motivos de alarma más que justificados, y habían tomado la costumbre de hablarme a voz en grito con esa vana esperanza que todos parecemos albergar de que las barreras lingüísticas se superan a grito pelado. Consiguieron mantener un símil de cortesía, pero las miradas que se intercambiaban a la hora de la cena me dejaban claro que su paciencia estaba llegando a su límite. La aureola de sospecha bajo la que yo trabajaba, por no hablar de mi incompetencia e incompreensión manifiestas, estaban empezando, a su vez, a ponerme nervioso a mí también.

Decidí, por el bien de mi propia salud mental, además de la suya, pasar un día a la semana en la cercana ciudad de Neubrandenburg. Llegar hasta allí no era sencillo. El tren no hacía parada en Pletz a menos que se izara una bandera junto a las vías, la señal que indicaba que había un pasajero esperando; al regreso, era necesario advertir al revisor que ibas a Pletz, en cuyo caso el tren se detenía en medio del campo para dejar que te apearas. Una vez en la ciudad, me dedicaba a pasear por sus calles, visitaba sus cafés y bares, fingía leer los periódicos alemanes (consultando a hurtadillas mi pequeño diccionario) e intentaba no llamar la atención.

El único tren diario que, previa petición, podía hacer parada

en Pletz salía de Neubrandenburg a las diez de la noche. A fin de no perderlo y de no tener que pasar la noche vagando por las calles de esta extraña ciudad, me aseguraba de estar en la estación al menos con media hora de antelación. Una vez por semana a lo largo de seis o siete semanas, la misma escena se desarrollaba frente a la estación del ferrocarril, dándome tiempo de sobras para reflexionar sobre ella, como observador y participante al mismo tiempo. La idea de «gimnasia anarquista» fue concebida en el curso de lo que un antropólogo denominaría mi participación observadora.

En el exterior de la estación había una importante intersección, o, en cualquier caso lo era en Neubrandenburg. Un tráfico bastante animado de peatones, coches y camiones controlado por un juego de semáforos circulaba durante el día. A finales de la tarde, sin embargo, el tráfico de vehículos prácticamente desaparecía, mientras que el tráfico de peatones que salían a disfrutar la brisa nocturna más fresca, si acaso, se intensificaba. Entre las nueve y las diez de la noche, cincuenta o sesenta peatones, algunos de ellos algo un poco tocados por el alcohol, solían cruzar la calle en esta intersección. Los temporizadores de los semáforos estaban programados, supongo, para el tráfico de vehículos del mediodía, y no estaban ajustados al intenso tráfico peatonal vespertino. Una y otra vez, cincuenta o sesenta personas esperaban pacientemente en la esquina de la calle a que el semáforo cambiara a su favor: cuatro minutos, cinco, tal vez incluso más tiempo. Parecía una eternidad. El paisaje de Neubrandenburg, situada en la llanura de Mecklenburg, es plano como una hoja de papel, y fuera cual fuera la dirección en que se mirara desde la intersección uno podía ver un

kilómetro y medio más o menos de carretera vacía por la que no circulaba ningún vehículo. Muy de vez en cuando, un único y pequeño Trabant se acercaba despacio y echando humo hasta la intersección.

Dos veces, quizá, en el curso de las cinco horas, aproximadamente, que pasé observando esta escena, un peatón cruzó con el semáforo en rojo, siempre acompañado de un coro de silbidos y siseos de desaprobación y de dedos alzados en señal de reprimenda. También yo me convertí en parte de esta escena. Si mi último intento de conversación en alemán había resultado un fracaso y minado mi confianza, entonces permanecía a la espera junto al resto de peatones todo el tiempo necesario hasta que el semáforo cambiara de color, temeroso de enfrentarme a las miradas feroces y desaprobadoras que me esperaban si se me ocurría cruzar la calle en rojo. Si, por el contrario, y eso era algo que ocurría en pocas ocasiones, mi último intercambio verbal había ido bien y me sentía rebosante de confianza, entonces cruzaba con el semáforo en rojo, pensando, para darme valor, que era una estupidez obedecer una ley menor que, en este caso particular, era tan contraria a la razón.

Me sorprendió ver lo que me costaba reunir el valor necesario para el sencillo acto de cruzar una calle ante la desaprobación general, y lo poco que parecían pesar mis convicciones racionales frente a la presión de las reprimendas de los otros. Cruzar la calle a grandes y audaces zancadas fingiendo convicción causaba una mayor impresión, quizá, pero exigía más valor del que yo, en general, podía reunir.

Corno un medio de justificar mi conducta ante mí mismo, empecé a ensayar un breve discurso que imaginaba pronunciado en un alemán perfecto, y que decía algo parecido a esto: «saben, a ustedes, y en especial a sus abuelos, les hubiera venido bien tener un espíritu algo más transgresor. Algún día se les pedirá que, en nombre de la justicia y de la razón, infrinjan una ley más importante, y todo dependerá de que lo hagan. Tienen que estar preparados. ¿Cómo se van a preparar para ese día en el que la transgresión importe de verdad? Tiene ustedes que estar “en forma” y a punto cuando llegue ese gran día. Lo que ustedes necesitan es un poco de “gimnasia anarquista”. Infrinjan cada día alguna ley trivial que no tiene sentido, aunque solo sea cruzar la calle en rojo. Utilicen su propia mente y decidan si la ley es justa o razonable. De este modo, se mantendrán en forma, y cuando llegue el gran día, estarán preparados.

Ahora bien, antes de decidir cuándo es sensato transgredir una ley es necesaria una cuidadosa reflexión, incluso en el relativamente inocente caso de cruzar una calle con el semáforo en rojo. Un investigador holandés retirado al que visité y cuyo trabajo yo admiraba desde hacía mucho tiempo me lo recordó. Cuando fui a verle, era un maoísta declarado y defensor de la Revolución Cultural, y un personaje algo incendiario en la política académica holandesa. Me invitó a almorzar en un restaurante chino cerca de su casa en la pequeña localidad de Wageningen. Llegamos a un cruce de calles y el semáforo estaba en rojo. Wageningen, igual que Neubrandenburg, es una población completamente llana, y uno puede ver hasta una distancia de kilómetros en cualquier dirección. No se veía venir ningún vehículo. Sin pensarlo, bajé a

la calzada y, en ese momento, el doctor Wertheim me llamó la atención:

—James, tienes que esperar. —Protesté sin demasiada convicción mientras retrocedía hasta la acera.

—Pero, doctor Wertheim, si no viene nadie.

—James —contestó de inmediato—, sería darles un mal ejemplo a los niños.

Me corrigió e instruyó al mismo tiempo. Hete aquí a un maoísta incendiario con un sentido muy afinado, me atrevería a decir, muy holandés, de la responsabilidad cívica, mientras que yo era el vaquero yanqui a quien no le preocupaban las consecuencias de sus acciones sobre mis conciudadanos. Ahora, cuando cruzo la calle en rojo miro antes a mi alrededor para asegurarme de que no haya niños a quienes mi mala conducta pueda poner en peligro.

Hacia el final de mi estancia en la granja de Neubrandenburg, tuvo lugar un acontecimiento de mayor alcance público que suscitó de un modo más llamativo la cuestión de infringir la ley. Una breve noticia en un periódico local informaba de que unos anarquistas de Alemania occidental (faltaba un mes apenas para la *Einheit*, la reunificación formal del país) habían estado paseando de plaza en plaza por toda Alemania oriental una gigantesca estatua de cartón-piedra cargada sobre el volquete de un camión. La estatua representaba a un hombre tallando un bloque de granito, y la obra se titulaba *Monumento a los desertores desconocidos de las dos guerras mundiales* (*Denkmal an die unbekanntenen Deserteure der beiden*

*Weltkriege*), y llevaba la siguiente inscripción: «Dedicada al hombre que se negó a matar a su prójimo».

Me pareció que se trataba de un magnífico gesto anarquista, este juego de contradicciones que se enfrentaba al opuesto y casi universal tema del Soldado Desconocido: ese impreciso «todos los soldados de infantería» que cayeron con honor en los campos de batalla luchando por alcanzar los objetivos de su nación. Este gesto fue, no obstante, muy mal recibido en Alemania, incluso en la muy reciente Alemania exoriental (glorificada como «el primer estado socialista en suelo alemán»), puesto que, por mucho que los alemanes más progresistas hubieran repudiado los ideales de la Alemania nazi, seguían mostrando una gran admiración por la lealtad y el sacrificio de sus abnegados soldados. Por mucho que para Bertolt Brecht el buen soldado Svejik, el antihéroe checo que prefería permanecer junto a la chimenea bebiendo cerveza y comiendo salchichas en lugar de salir a combatir por su país, fuera un modelo de resistencia popular, lo cierto es que a los dirigentes urbanos del año del ocaso de Alemania oriental, esta burla de cartón piedra no les hacía ninguna gracia. La estatua descansó en las plazas de las ciudades el tiempo apenas necesario para que las autoridades se reunieran y decidieran prohibirla, y así empezó una alegre persecución: de Magdeburgo a Potsdam, a Berlín oriental, a Bitterfeld, a Halle, a Leipzig, a Weimar, a Karl-Marx-Stadt (Chemnitz), a Neubrandenburg y a Kostock, para acabar su recorrido en la entonces capital federal, Bonn. Quizá esta romería de ciudad en ciudad y la inevitable publicidad que provocó fuera ni más ni menos lo que tenían en mente los promotores de la idea.

Esta acción, a la que contribuyó la excitante atmósfera de los dos años que siguieron a la caída del muro de Berlín, fue contagiosa. Al cabo de poco tiempo, progresistas y anarquistas de toda Alemania habían creado docenas de sus propios monumentos municipales a la deserción. Que una acción tradicionalmente asociada a cobardes y a traidores se considerara de repente honorable y tal vez merecedora de ser imitada era algo que tenía una gran importancia. A nadie debe extrañar que Alemania, que sin duda pagó un alto precio por el patriotismo al servicio de unos objetivos inhumanos, fuera el primer país en cuestionar públicamente el valor de la obediencia y en instalar monumentos a los desertores en las plazas públicas dedicadas a Martín Lutero, Federico el Grande, Bismarck, Goethe y Schiller.

Un monumento a la deserción plantea algo que podría considerarse un desafío conceptual y estético. Algunos, pocos, de los monumentos erigidos a los desertores por toda Alemania tuvieron un valor artístico duradero, y uno de ellos, obra de Hannah Stuetz Menzel, en Ulm, consiguió al menos sugerir que este tipo de arriesgados actos de desobediencia podían llegar a ser contagiosos.

## FRAGMENTO 2.

### DE LA IMPORTANCIA DE LA INSUBORDINACIÓN

Los actos de desobediencia nos resultan interesantes cuando son ejemplares, y especialmente cuando, como ejemplos, inician una reacción en cadena que incita a otros a imitarlos.

Estamos entonces en presencia, más que de un acto individual de cobardía o de conciencia, tal vez de ambos, de un fenómeno social que puede llegar a tener inmensas consecuencias políticas. Multiplicados por muchos miles, estos pequeños actos de rechazo pueden llegar a desbaratar por completo los planes soñados por los generales o por los jefes de estado. Estos pequeños actos de insubordinación no suelen aparecer en los titulares de los medios, pero del mismo modo que millones de pólipos antozoos crean un caprichoso arrecife de coral, de igual modo miles y miles de actos de insubordinación y de evasión crean su propia barrera económica o política. Una doble conspiración de silencio cubre de anonimato estas acciones. Sus autores no suelen atraer la atención sobre sí mismos puesto que es su invisibilidad la que garantiza su seguridad. Los funcionarios, por su parte, se muestran reacios a llamar la atención sobre el creciente nivel de desobediencia, ya que hacerlo significaría correr el riesgo de alentar a otros y poner en evidencia su frágil equilibrio moral. El resultado es un silencio extrañamente cómplice que erradica casi por completo este tipo de formas de insubordinación de los archivos históricos.

Y sin embargo, estas acciones, que en otros lugares he llamado «formas cotidianas de resistencia», han tenido un enorme impacto, a menudo decisivo, sobre los regímenes, los estados y los ejércitos contra los que están implícitamente dirigidos. La derrota de los estados confederados durante la guerra civil estadounidense puede ser atribuida casi con toda seguridad a la suma de una enorme cantidad de actos de deserción y de insubordinación. En el otoño de 1862, poco más de un año después del inicio de la guerra, en el sur del país se

perdieron la mayor parte de las cosechas. Los soldados, en especial los originarios de los territorios mucho menos poblados del interior en los que nadie tenía esclavos, recibieron cartas de sus hambrientas familias apremiándoles a regresar a su hogar. Miles lo hicieron, a menudo unidades militares enteras, y se llevaron consigo sus armas, y tras su regreso a las montañas, muchos de ellos se resistieron activamente al alistamiento obligatorio durante el resto de la guerra.

Más tarde, tras la decisiva victoria de la Unión en Missionary Ridge en el invierno de 1863, la derrota confederada ya era previsible y el ejército sureño sufrió una auténtica hemorragia de deserciones, una vez más y en especial, de los reclutas procedentes de los territorios del interior y de familias de pequeños terratenientes que no tenían interés directo en el mantenimiento de la esclavitud, en especial si parecía que, con toda probabilidad, les iba a costar su propia vida. Esta actitud quedó resumida en una consigna muy popular de la época de la Confederación, que decía que la guerra civil era «una guerra de ricos y una lucha de pobres», una frase hecha que se veía reforzada por el hecho de que los ricos propietarios de plantaciones con más de veinte esclavos podían conservar a uno de sus hijos varones en casa, se supone que para garantizar la disciplina del trabajo. En suma, algo así como un cuarto de millón de hombres en edad de combatir desertaron o eludieron la incorporación a filas. A este golpe, recibido por una Confederación que ya estaba en inferioridad numérica, debe añadirse el gran número de esclavos, en especial de los estados fronterizos, que huyeron a refugiarse en el frente de la Unión, y muchos de los cuales se alistaron en el ejército del

norte. Por último, parece que la población esclava restante, alentada por los avances de la Unión y muy reacia a agotar sus fuerzas para incrementar la producción en tiempos de guerra, ralentizó su trabajo siempre que fue posible, y fueron muchos los esclavos que huyeron y se refugiaron en sitios como el Great Dismal Swamp, a lo largo de la frontera entre Virginia y Carolina del Norte, donde resultaba difícil seguirles la pista. Miles y miles de estos pequeños actos de deserción, negligencia deliberada y huida, voluntariamente discretos para eludir la detección, amplificaron la superioridad numérica de los ejércitos de la Unión, y es muy posible que fueran decisivos en la derrota final de la Confederación.

Oleadas de desobediencia similares ralentizarían y acabarían por paralizar las guerras de conquista de Napoleón. Si bien se ha afirmado que los soldados invasores de Napoleón llevaron la Revolución Francesa al resto de Europa en sus petates, no es ninguna exageración afirmar que los límites de estas conquistas fueron claramente marcados por la desobediencia de los hombres que se suponía que debían cargar con esos petates. Entre 1794 y 1796, durante el gobierno de la República, y más tarde, a partir de 1812 durante el imperio napoleónico, la dificultad de hacer batidas por las zonas rurales en busca de reclutas entorpeció el avance de la guerra. Las familias, los pueblos, los funcionarios locales y cantones enteros se confabularon para acoger de nuevo a los soldados que habían huido y ocultar a los que habían logrado evitar la incorporación a filas obligatoria, algunos de ellos cortándose uno o varios dedos de su mano derecha. Los índices de rechazo al reclutamiento obligatorio y de deserción constituyeron una especie de referéndum sobre la popularidad del régimen y,

dada la importancia estratégica que estos «votantes con los pies» tenían para las necesidades de los intendentes de Napoleón, el referéndum fue concluyente. Si bien es cierto que los ciudadanos de la Primera República francesa y del imperio de Napoleón dispensaron una calurosa acogida a la promesa de la ciudadanía universal, mostraron mucho menos cariño hacia su contrapartida lógica, el reclutamiento universal.

Echando la vista atrás por un instante, merece la pena observar una característica particular de estas acciones: casi todas son anónimas, no se anuncian a gritos. De hecho, su discreción contribuyó a su eficacia. La deserción es muy diferente a un amotinamiento declarado que desafía directamente a los mandos militares, no hace afirmaciones públicas y no emite manifiestos; más que una voz, es una salida. Y sin embargo, una vez se conoce la extensión de las deserciones, restringe las ambiciones de los mandos, que saben que no podrán contar con sus reclutas. Durante la tan denostada guerra de Vietnam, el *fragging*, lanzar una granada de fragmentación contra los oficiales que exponían a sus hombres enviándolos una y otra vez a realizar patrullas mortales, fue un acto mucho más dramático y violento, aunque anónimo, concebido para reducir los peligros más letales de la guerra a los que tenían que exponerse los reclutas. Uno puede imaginarse muy bien que los informes de los actos de *fragging*, fueran ciertos o no, llevarían a los oficiales a pensárselo dos veces antes de presentarse voluntarios, ellos y los hombres bajo su mando, a realizar misiones peligrosas. Hasta donde yo sé, ningún estudio ha analizado nunca la frecuencia real de los actos de *fragging*, y menos aún los efectos que pudo haber tenido sobre la gestión y el final de la

guerra. La complicidad del silencio es, en este caso también, recíproca.

Es muy posible que las infracciones de la ley y la desobediencia, discretas, anónimas y a menudo en complicidad, hayan sido siempre a lo largo de la historia, el método de acción política preferido por las clases campesinas y subalternas, para quienes la rebeldía manifiesta les resulta demasiado peligrosa. En Inglaterra y el Reino Unido, durante dos siglos, más o menos entre 1650 y 1850, el furtivismo (de recolección de madera y leña, de caza y pesca y de recogida de pienso) en las tierras de la corona o privadas fue el delito más popular y extendido. Por «popular» entiendo el más frecuente y el que contaba con la más entusiasta aprobación de los plebeyos. La población, que nunca había aceptado las reivindicaciones de la corona o de la nobleza a la propiedad de «los regalos libres de la naturaleza» en bosques, arroyos y campos (páramos, brezales y tierras de pastos), infringió en masa una y otra vez estos derechos de propiedad, hasta tal punto que la élite tuvo que reconocer que los derechos de propiedad, en muchas zonas, no eran más que papel mojado. Y sin embargo, este inmenso conflicto sobre los derechos de propiedad fue manejado subrepticamente desde abajo sin declarar en público la guerra en ningún momento. Es como si los rebeldes residentes de las zonas agrarias hubieran conseguido, de hecho, ejercitar su supuesto derecho a estas tierras sin haberlas nunca reivindicado formalmente. Se suele afirmar a menudo que la complicidad local era tal que los guardias forestales casi nunca podían encontrar a nadie que pudiera declarar como testigo de la fiscalía.

En la histórica lucha por los derechos de la propiedad, los antagonistas a ambos lados de las barricadas han utilizado las armas más adecuadas a su situación. Las élites, que controlan la maquinaria legislativa del estado, han desplegado decretos de cercados, títulos de propiedad y la posesión de pleno dominio, sin olvidar a la policía, los guardias forestales, los tribunales y la horca, para implantar y defender sus derechos de propiedad. Los campesinos y los grupos subalternos, al carecer de acceso a todo este arsenal de armas pesadas, han confiado en estrategias tales como el furtivismo, el raterismo y la ocupación ilegal para cuestionar estas reivindicaciones y hacer valer las suyas propias. Discretas y anónimas, igual que la desertión, estas «armas de los pobres» destacan y ofrecen un marcado contraste con la rebeldía pública y manifiesta que apuntan a los mismos objetivos. La desertión es una alternativa menos arriesgada que el amotinamiento, la ocupación ilegal, una alternativa menos arriesgada que la invasión de un territorio, y el furtivismo, una alternativa menos arriesgada que la reivindicación manifiesta a los derechos a la madera, a la caza o a la pesca. En la actualidad, para la mayor parte de la población mundial y casi con toda seguridad para las clases históricamente subalternas, estas técnicas han representado la única política cotidiana que han tenido a su disposición. Cuando no han funcionado, han dado paso a conflictos más visibles y desesperados tales como los disturbios callejeros, las rebeliones y la insurgencia. Estos intentos de conseguir poder irrumpen de repente en los archivos oficiales, y dejan rastros en los archivos muy valorados por los historiadores y los sociólogos, quienes, al tener documentos sobre los que sustentarse, les asignan un lugar de honor muy desproporcionado al papel que hubieran

desempeñado en una crónica más completa de la lucha de clases. La insubordinación discreta, modesta y cotidiana suele volar bajo el nivel de detección del radar de los archivos, no agita banderas, no tiene funcionarios ni cargos directivos, no redacta manifiestos, y no tiene organización, y por eso escapa a la detección. Y eso es precisamente lo que quienes practican este tipo de política subalterna tienen en mente: escapar a la detección. Podría afirmarse que, a lo largo de la historia, el objetivo de los campesinos y de las clases subalternas ha sido siempre el de permanecer fuera de los archivos, y cuando aparecen en ellos, el lector puede estar seguro de que es porque hay algo que ha salido muy, pero que muy mal.

Si examináramos la gran amplitud del ancho de banda de la política subalterna desde el principio, desde los pequeños actos anónimos de rebeldía hasta las multitudinarias sublevaciones populares, encontraríamos que los estallidos de confrontación directa más arriesgada suelen estar precedidos por la aceleración del ritmo de amenazas anónimas y la intensificación de los actos violentos: cartas amenazantes, incendios provocados, mutilación de ganado, sabotaje, avería nocturna de maquinaria y similares. Las élites y los funcionarios locales, históricamente, sabían que estos actos eran los precursores más probables de la rebelión declarada, y así querían que fueran entendidos quienes los llevaban a cabo. Las élites coetáneas comprendieron que tanto la frecuencia de la insubordinación como su «grado de amenaza» (con el permiso del departamento de Homeland Security, Ministerio de Interior y de Defensa, de Estados Unidos) eran los primeros indicadores que alertaban de la existencia de desesperación y de malestar político. Uno de los primeros artículos de opinión

publicado por Karl Marx analizaba en gran detalle la correlación entre, por una parte, el desempleo y la reducción de los sueldos entre los obreros de las fábricas de Renania y, por la otra, la frecuencia de los juicios por robo de leña en fincas privadas.

Este tipo de transgresiones es, en mi opinión, una subespecie especial de la acción colectiva que no suele reconocerse como tal, sobre todo porque no hace las claras reivindicaciones habituales de la acción colectiva, y porque dichas transgresiones, al mismo tiempo, suelen estar casi siempre al servicio de intereses privados. ¿Quién puede decir si el cazador furtivo está más interesado en un fuego que le caliente y en un estofado de conejo que en cuestionar el derecho reivindicado por la aristocracia a la posesión de la leña que ha cogido y de la pieza que acaba de cazar? Es casi indudable que al cazador furtivo no le conviene ayudar al historiador haciendo públicos sus motivos. El éxito de su reivindicación sobre la leña y la caza radica en mantener ocultos sus motivaciones y sus actos. Y sin embargo, el éxito a largo plazo de estas infracciones de la ley depende de la complicidad de los amigos y vecinos del infractor, que pueden creer en su o sus derechos a recolectar los productos del bosque, quienes, tal vez, se dediquen también ellos mismos al furtivismo y que, en cualquier caso, no actuarán en calidad de testigos contra él, ni tampoco le denunciarán ni lo entregarán a las autoridades.

No es necesario ningún complot real para lograr los efectos prácticos de una conspiración. Más regímenes han sido derribados poco a poco por lo que en el pasado se llamó «democracia irlandesa», es decir, la resistencia silenciosa y

tenaz, la retirada y la feroz agresividad de millones de personas corrientes, que por la vanguardia revolucionaria o por las masas sublevadas.

### FRAGMENTO 3.

#### MÁS SOBRE LA INSUBORDINACIÓN

Para ver cómo la coordinación tácita y la infracción de la ley pueden imitar los efectos de la acción colectiva, pero sin los inconvenientes y peligros de esta, podríamos observar la manera de aplicar los límites de velocidad. Imaginemos que la velocidad límite permitida para coches es de 90 kilómetros por hora. Lo más probable es que la policía de tráfico no esté demasiado dispuesta a perseguir a los conductores que circulen a 91, 92, 93, 95 e incluso 100 kilómetros por hora, aun cuando, técnicamente, estén cometiendo una infracción de la ley. Los conductores se apropian de este «espacio de desobediencia cedido», por así decirlo, que se convierte en territorio ocupado, y al cabo de poco tiempo el tráfico circula a unos 100 kilómetros por hora. ¿Qué pasa ahora con los 101, 102, 103 kilómetros por hora? Los conductores que circulan a apenas un par de kilómetros sobre el límite *de facto* creen sentirse relativamente a salvo. Al cabo de poco tiempo, las velocidades de, pongamos por caso, entre 100 y 110 kilómetros por hora son candidatas posibles a convertirse también en territorio ocupado. La relativa inmunidad de todos los conductores que, en este momento, circulan a unos 110

kilómetros por hora depende ahora de que estén rodeados por una auténtica cápsula de automóviles que circulen más o menos a la misma velocidad. Lo que ocurre es algo así como un efecto de contagio que surge de la observación y de la coordinación tácita que está teniendo lugar en la carretera, aunque no exista ningún «comité central de conductores» que se reúna y planee acciones de desobediencia civil multitudinaria. En algún momento, por supuesto, la policía de tráfico interviene para poner multas y realizar detenciones, y el patrón de su intervención marca los parámetros del cálculo que ahora deberán hacer los conductores para decidir a qué velocidad conducir. Los conductores que tienen prisa, no obstante, siempre ponen a prueba la presión ejercida en el límite superior de la velocidad tolerada, y si, por cualquier motivo, la aplicación de la ley falla, la velocidad máxima tolerada se ampliará hasta llenar ese hueco. Igual que ocurre con cualquier otra analogía, esta no debe llevarse demasiado lejos. Sobrepasar los límites de velocidad és, sobre todo, una cuestión de conveniencia, y no una cuestión de derechos y de reivindicaciones, y la amenaza que la policía supone para los conductores es relativamente insignificante. (Si, por el contrario, el límite fuera de 90 kilómetros por hora y, por ejemplo, sólo tres agentes de policía de tráfico controlaran todo el país y ejecutaran sin contemplaciones a cinco o seis infractores, y los colgaran a lo largo de las carreteras nacionales, ¡la dinámica que acabamos de describir frenaría en seco!)

He observado un patrón similar en cómo lo que empiezan siendo «atajos» en las vías peatonales acaban convirtiéndose en caminos pavimentados. Imagine el lector un recorrido diario

a pie que, si se tuviera que limitar a las aceras pavimentadas, obligara a la gente a negociar los dos lados de un triángulo rectángulo en lugar de lanzarse sin más por la hipotenusa (no pavimentada). Lo más probable es que unos pocos se aventuraran a atajar por ella y, si nadie se lo impidiera, a crear una ruta que otros se sentirían tentados de tomar solo para ganar tiempo. Si por este atajo circula un tráfico peatonal intenso y los guardas de la zona muestran una cierta tolerancia, con el tiempo, el atajo se pavimentará. Coordinación tácita otra vez. Por supuesto, casi todos los callejones de las ciudades antiguas que surgieron a partir de asentamientos más pequeños fueron creados precisamente así; se trataba de la formalización de las huellas que dejaban los peatones y los carros que circulaban a diario, entre el pozo y el mercado, o desde la iglesia o la escuela y hasta el barrio de los artesanos, un buen ejemplo del principio atribuido a Chuang Tzu, «hacemos el camino al andar».

El movimiento que va de la práctica, pasando por la costumbre, hasta los derechos inscritos en la ley es un patrón aceptado tanto en el derecho consuetudinario anglosajón como en el derecho positivo. En la tradición angloestadounidense, está representado por la ley de posesión adversa, según la cual el allanamiento y apropiación de propiedad repetidos de forma constante durante un cierto número de años puede utilizarse para reivindicar un derecho que puede quedar entonces protegido por la ley. En Francia, una práctica de allanamiento cuya gran antigüedad pudiera ser demostrada cumple los requisitos necesarios para ser considerada costumbre y, una vez demostrada, puede establecer un derecho legal.

Parece claro y evidente que los ciudadanos gobernados por un régimen autoritario que no tienen representantes elegidos que defiendan su causa y a quienes se les niegan los medios habituales de protesta pública (manifestaciones, huelgas, movimientos sociales organizados, prensa disidente) no tendrían más remedio que recurrir a la lentitud en el trabajo, al sabotaje, al furtivismo, al robo y, al final, a la revuelta. Sin duda, la instauración de la democracia representativa y de las libertades de expresión y de reunión tendría que haber dejado obsoletas estas formas de disidencia ciudadana. Al fin y al cabo, el principal propósito de la democracia representativa es, precisamente, el de permitir que las mayorías democráticas hagan realidad sus reivindicaciones, por muy ambiciosas que sean, de una forma plenamente institucionalizada.

No deja de ser una cruel ironía que esta gran promesa de la democracia en muy raras ocasiones sea llevada a la práctica. La mayor parte de las grandes reformas políticas de los siglos XIX y XX fueron acompañadas de importantes episodios de desobediencia civil multitudinaria, disturbios, infracciones de la ley, alteración del orden público, y, en algunos casos extremos, de guerra civil. Estos tumultos no solo acompañaron cambios políticos espectaculares, sino que, con gran frecuencia, fueron absolutamente decisivos a la hora de hacerlos realidad. Es lamentable que las instituciones representativas y las elecciones, por sí mismas, en muy raras ocasiones parezcan poder lograr cambios importantes si no existe una fuerza mayor, por ejemplo, una depresión económica o una guerra internacional, que se lo permita. Debido a la concentración de propiedades y de fortuna en las democracias liberales, y al acceso privilegiado del estrato de

los más ricos, situados en posición ventajosa, a los medios, a la cultura y a la influencia política, no es de extrañar que, como observó Gramsci, darle el derecho al voto a la clase obrera no se tradujera en cambios políticos radicales.<sup>8</sup> La política parlamentaria común destaca más por su inmovilismo que por facilitar las reformas importantes.

Si esta valoración a grandes rasgos es cierta, nos vemos obligados a enfrentarnos a la paradoja que supone la contribución de la transgresión y de la alteración al cambio político democrático. Si tomamos a Estados Unidos en el siglo XX como un ejemplo de este caso, podemos identificar dos períodos de importantes reformas políticas, la Gran Depresión de la década de 1930 y el movimiento por los derechos civiles de la década de 1960. Lo que más llama la atención sobre cada uno de ellos, visto desde esta perspectiva, es el papel fundamental que desempeñaron los grandes y multitudinarios disturbios y las amenazas al orden público en el proceso de reforma.

Los grandes cambios políticos que supusieron la instauración de la compensación por desempleo, los gigantescos proyectos de obras públicas, la ayuda de la seguridad social y la ley de ajuste agrario (Agricultural Adjustment Act) fueron instigados sin duda alguna por una situación de emergencia, la depresión mundial. Sin embargo, el modo en el que esta crisis económica hizo sentir su peso político no fue a través de las estadísticas

---

8 Gramsci desarrolla el concepto de «hegemonía» para explicar por qué el sufragio universal no consiguió instaurar el gobierno de la clase obrera. Véase Antonio Gramsci, *The Frisan Notebooks of Antonio Gramsci*, ed. y trad. al inglés de Quentin Hoare y Geoffrey Nowell Smith, Lawrence and Wishart, Londres, 1971 [hay trad. cast.: *Cartas desde la cárcel*, trad.: E. Benítez, Veintisiete Letras, Madrid, 2010].

sobre ingresos y desempleo, sino por medio de las huelgas descontroladas, el saqueo, los boicots a los alquileres, los asedios casi violentos a las oficinas que dispensaban ayuda y los disturbios callejeros que les infundieron a las élites empresariales y políticas lo que mi madre hubiera llamado «el temor a Dios». Les invadió la alarma más absoluta ante lo que en aquel momento parecía que podría llegar a convertirse en un fermento revolucionario. El fermento en cuestión, al principio, no estaba institucionalizado, lo que equivale a decir que, en los primeros momentos de las revueltas, los partidos políticos, sindicatos y otros movimientos sociales reconocibles no le habían dado forma a este fermento; no representaba un programa político coherente, sino que estaba realmente desestructurado, era caótico, y representaba una auténtica amenaza al orden establecido. Por esta precisa razón, no había nadie con quien negociar, nadie con credibilidad a quien hacerle una propuesta de paz a cambio de cambios políticos. El grado de amenaza era directamente proporcional a su falta de institucionalización. Uno podía negociar con un sindicato o con un movimiento reformista progresista, instituciones muy bien integradas en el engranaje institucional. Una huelga era una cosa, una huelga salvaje era otra, ni siquiera los dirigentes sindicales podían detener una huelga salvaje. Una manifestación, por multitudinaria que fuera, con líderes que la encabezaran era una cosa, una masa revuelta y encolerizada era otra. Nadie hacía peticiones coherentes, no había nadie con quien negociar.

La principal fuente de la militancia y de los disturbios multitudinarios y espontáneos que amenazaban el orden establecido se encontraba en el brutal aumento del paro y en

el desplome de los salarios, en el caso de aquellos que tuvieron la suerte de no perder su puesto de trabajo. Las condiciones normales que sostenían la política rutinaria y habitual se evaporaron de repente. Ni las prácticas de gobierno habituales, ni las prácticas de la oposición institucionalizada ni las de representación tenían ya demasiado sentido. En el nivel individual, la pérdida de la rutina tomó la forma de vagabundeo, delincuencia y vandalismo. En su aspecto colectivo, tomó la forma de rebelión espontánea: disturbios, revueltas callejeras, ocupaciones de fábricas, huelgas violentas y manifestaciones turbulentas. Lo que precipitó la oleada de reformas y las posibilitó fueron las fuerzas desatadas por la Depresión, que parecían sobrepasar la capacidad de control de las élites políticas, de los terratenientes y, un dato que merece ser destacado, también de los sindicatos y de los partidos de izquierdas. Las élites fueron forzadas a actuar.

Un astuto colega mío observó en una ocasión que las democracias liberales de Occidente, en general, están gestionadas y gobernadas para el beneficio de quienes poseen, digamos, el 20 por 100 de la distribución de riqueza e ingresos, y añadió que el truco para mantener este sistema funcionando sin fallos había sido el de convencer, en especial en período electoral, al grupo inmediatamente inferior, el de los que poseen el 30 o 35 por 100 de la distribución de ingresos, de que debían temer a la mitad más pobre más de lo que envidiaban al 20 por 100 más rico. Puede juzgarse el éxito relativo de este sistema observando la persistencia durante más de medio siglo de la desigualdad de ingresos, y el reciente aumento de dicha desigualdad. Este sistema se viene abajo en situaciones de crisis, cuando la furia popular, desborda sus

canales normales y amenaza esos mismos parámetros en cuyo marco opera la práctica política habitual. El brutal hecho de la política democrática liberal rutinaria es que, en general, se hace muy poco caso de las necesidades de los pobres hasta que, y a menos que, una crisis terrible y repentina lance a los pobres a la calle. Como observaría Martin Luther King, Jr., «las revueltas son el lenguaje de aquellos a quienes nadie escucha». Los disturbios a gran escala, los tumultos y la rebeldía espontánea han sido siempre el recurso más poderoso que han tenido los pobres. Este tipo de actividad no carece de estructura. Está estructurada por redes transitorias e informales de barrios, trabajo y familia, redes que se organizan a sí mismas y ajenas a las instituciones formales de la política. Es una estructura, no podemos negarlo, pero no el tipo de estructura dispuesta a integrarse en la política institucionalizada.

Tal vez el mayor fracaso de las democracias liberales sea su incapacidad histórica de lograr proteger con eficacia, a través de sus instituciones, los intereses económicos y de seguridad fundamentales de sus ciudadanos más desfavorecidos. Que el avance democrático y la renovación parezcan, en cambio, depender fundamentalmente de importantes episodios de desorden no institucional refleja su inmensa contradicción con la promesa de la democracia como la institucionalización del cambio democrático. Y es igual de indudable que el hecho de que no haya sabido enfrentarse al papel fundamental de las crisis y de los fracasos institucionales en aquellos episodios más importantes de reforma social y política cuando se legitima de nuevo el sistema político constituye también otro fracaso de la teoría política democrática.

Sería un error y, de hecho, incluso peligroso, afirmar que este tipo de provocaciones a gran escala siempre, o incluso en general, desembocan en importantes reformas estructurales. Es posible que, por el contrario, lleven a la intensificación de la represión, a la restricción de los derechos civiles y, en casos extremos, al derrocamiento de la democracia representativa. No obstante, es innegable que la mayor parte de los episodios de importantes reformas sociales han sido precedidos de grandes disturbios, y que las élites se precipitaron para contenerlos y normalizarlos. Uno puede legítimamente preferir formas más «decorosas» de concentraciones y manifestaciones que estén comprometidas con la no violencia y que busquen la superioridad moral apelando a la ley y a los derechos democráticos. Dejando de lado este tipo de preferencias, lo cierto es que las ocasiones en las que las reformas estructurales han sido iniciadas por reivindicaciones decorosas y pacíficas han sido muy escasas.

La tarea de los sindicatos, de los partidos e incluso de los movimientos sociales radicales es, precisamente, la de institucionalizar la rabia y las protestas rebeldes y descontroladas. Podría decirse que su función consiste en intentar transformar la rabia, la frustración y el dolor en un programa político coherente que constituya una base sobre la que tomar decisiones políticas y legislar. Sindicatos, partidos y movimientos sociales son la correa de transmisión entre la multitud rebelde y las élites que marcan las reglas. La presunción implícita es que si estas organizaciones hacen bien su trabajo, no solo serán capaces de modelar las exigencias políticas para que, en principio, puedan ser digeridas por las instituciones legislativas, sino que, en el transcurso de dicho

proceso, al representar convincentemente los intereses, o al menos la mayor parte de ellos, de la multitud rebelde ante los políticos gobernantes, disciplinarán a las masas tumultuosas y recuperarán su control, Los políticos negocian con este tipo de «instituciones traductoras» basándose en la premisa de que dichas instituciones cuentan con la lealtad de las circunscripciones que pretenden representar y de que, por lo tanto, pueden controlarlas. A este respecto, no es ninguna exageración afirmar que las organizaciones de este tipo son parásitos de la rebeldía espontánea de aquellos cuyos intereses se supone que representan. Es esta rebeldía la que, en esos momentos, constituye la fuente de cualquier influencia que puedan tener dichas organizaciones mientras las élites gobernantes se esfuerzan por contener y canalizar a las masas insurgentes haciéndolas regresar al camino de la política normal.

Otra paradoja: en momentos así, las organizaciones progresistas consiguen alcanzar un nivel de visibilidad y de influencia que se sustenta sobre una rebeldía que ni han incitado ni han controlado, y consiguen esta influencia sobre la presunción de que serán capaces de disciplinar lo suficiente a esta masa insurgente para integrarla en la política cotidiana. Si lo consiguen, por supuesto, la paradoja se acentúa, puesto que a medida que remiten los disturbios que alzaron a estas organizaciones a una posición de influencia, se reduce también su capacidad de afectar el curso de la política.

El movimiento por los derechos civiles en la década de 1960, y la velocidad a la que se impusieron en el sur segregado los censos federales de votantes, y a la que se aprobó y promulgó

la ley del derecho al voto encajan, a grandes rasgos, en el mismo molde. Las muy extendidas campañas de registro en el censo de votantes, los Freedom Rides (campañas por la libertad durante las cuales los activistas recorrían Estados Unidos), y las sentadas fueron el producto de una gran cantidad de centros de iniciativa y de imitación. Esta oleada de rebeldía esquivó los intentos de coordinarla, por no decir organizarla, de muchos de los grupos *ad hoc* creados para este propósito, tales como el Student Non-Violent Coordinating Committee (comité de coordinación de estudiantes no violentos), por no hablar de las principales y antiguas organizaciones de derechos civiles tales como la National Association for the Advancement of Colored People, el Congress on Racial Equality, y la Southern Christian Leadership Conference. El entusiasmo, la espontaneidad y la creatividad del aluvión de movimientos sociales iban muy por delante de las organizaciones que deseaban representarlos, coordinarlos y canalizarlos.

Una vez más, fueron la extensión y la amplitud de los disturbios, desencadenados sobre todo por la violenta reacción de los vigilantes segregacionistas y de las autoridades públicas, las que crearon una crisis de orden público que abarcó una gran parte del sur de Estados Unidos. La legislación que languidecía a la espera desde hacía años fue de repente enviada a toda prisa al Congreso mientras John y Robert Kennedy, cuya resolución se había fortalecido en el contexto de la guerra de propaganda de la guerra fría, en cuyo marco podía afirmarse que la violencia en el sur caracterizaba a un estado racista, se esforzaban por contener el aumento de los disturbios y las manifestaciones cada vez más numerosas. Los

multitudinarios disturbios y la violencia lograron, en muy poco tiempo, lo que décadas de organización pacífica y manipulación de los grupos de presión no habían conseguido.

He empezado este ensayo con el ejemplo bastante banal de cruzar la calle a pie con el semáforo en rojo en Neubrandenburg. El propósito no era el de instar a infringir la ley porque sí, y menos aún por la bastante banal razón de ganar unos pocos minutos. Mi propósito era, por el contrario, el de ilustrar cómo los hábitos de obediencia automática muy arraigados pueden llevar a una situación que, bien pensado, casi todo el mundo estaría de acuerdo en que es absurda. Prácticamente todos los movimientos de emancipación de los últimos tres siglos se han enfrentado, en un primer momento, a un orden legal, por no hablar también del poder de la policía alineada en su contra. Apenas podrían haber subsistido si un puñado de almas valientes no hubieran estado dispuestas a infringir las leyes y costumbres de dicho orden (por ejemplo mediante sentadas, manifestaciones e infracciones generalizadas y en masa de las leyes vigentes). Sus acciones de desacato, alimentadas por la indignación, la frustración y la rabia, no pudieron dejar más claro que ni el marco institucional vigente ni los parámetros legales vigentes podrían satisfacer sus reivindicaciones. Por lo tanto, inherente a su voluntad de infringir la ley estaba, no tanto el deseo de propagar el caos, sino la firme determinación de conseguir la instauración de un nuevo orden legal más justo. En la medida en que nuestro imperio de la ley tiene más cabida y es más emancipador que sus antecesores, les debemos una gran parte de estos avances a los infractores.

#### FRAGMENTO 4.

ANUNCIO: «LÍDER QUE BUSCA SEGUIDORES; DISPUESTO A SEGUIR VUESTRO LIDERAZGO»

Los disturbios y el desorden no son el único modo de que aquellos a quienes nadie escucha hagan oír su voz. En determinadas condiciones, las élites y los líderes prestan una especial atención a lo que tienen que decir aquellos a quienes nadie escucha, a lo que les gusta y lo que no les gusta. Consideremos el concepto de carisma. Es habitual hablar de alguien que tiene carisma del mismo modo en el que se diría que tiene cien euros en el bolsillo o un BMW en su garaje. De hecho, por supuesto, el carisma es una relación, y esta relación depende por completo del público y de la cultura. Es muy posible que una actuación carismática en España o en Afganistán no lo sea ni remotamente en Laos o en Tíbet. En otras palabras, depende de una reacción, del efecto que produce en aquellos que asisten a la representación, y en determinadas circunstancias, las élites ponen un gran empeño en provocar este tipo de respuesta, para encontrar la nota adecuada y armonizar su mensaje con los deseos y los gustos de sus oyentes y espectadores. En muy escasos momentos uno puede ver este proceso funcionando en tiempo real. Considere el lector por ejemplo el caso de Martin Luther King, Jr., en opinión de un cierto público, tal vez el personaje público y político más carismático del siglo XX. Gracias a la detallista y biografía de King y de su movimiento escrita por Taylor Branch con una gran sensibilidad, podemos realmente ver en

funcionamiento y en tiempo real esta búsqueda de la nota correcta, que sigue la tradición de llamada-respuesta de la iglesia afroamericana. Presento a continuación algunos largos extractos de la crónica de Branch del discurso pronunciado por King en la sede de la YMCA de Holt Street en diciembre de 1955, tras el juicio y la condena de Rosa Parks y en vísperas del boicot al autobús de Montgomery:

«Estamos aquí esta noche por un asunto muy serio», dijo, a un ritmo regular, elevando el tono antes de dejarlo caer. Cuando hizo una pausa, el público reaccionó con solo uno o dos muy débiles «síes». Lo que [King] podía ver era una multitud de gente que quería gritar, pero que estaba esperando a ver adonde les iba a llevar. [Habla de Rosa Parks como una ciudadana modélica.]

«Y creo que hablo con... con autoridad legal, no porque la tenga, una autoridad legal... ya que la ley nunca ha sido clarificada por completo.» Esta frase marcaba a King como un orador que se preocupaba de las diferencias, pero era una frase que no llevaba a la multitud a ninguna parte. «Nadie puede dudar de la altura de su carácter, nadie puede dudar de la profundidad de su compromiso cristiano.»

«Es cierto», respondió un apagado coro.

«Y solo porque se negó a levantarse fue detenida», repitió King. La multitud empezaba a agitarse ahora, siguiendo a King a la velocidad de una media marcha.

Hizo una pausa algo más larga.

«Y vosotros sabéis, amigos míos, que llegará el momento», gritó, «en el que la gente se canse de ser pisoteada por la bota de hierro de la opresión»

La multitud le estaba devolviendo un torrente de «síes» cuando, de repente, las reacciones individuales se fundieron en una aclamación que iba en aumento, y bajo esta aclamación estallaron los aplausos, todo ello en el espacio de un segundo. El inesperado estruendo avanzó ondulante, igual que una ola que se niega a romper, y justo cuando parecía que el rugido empezaba por fin a debilitarse, una muralla de sonido llegó desde la inmensa multitud congregada en el exterior y elevó el volumen todavía más. Parecía que un trueno se había sumado al registro más bajo, el sonido de pies pateando el suelo de madera, hasta que el volumen subió tanto que el ruido ya no se oía, sino que se sentía en forma de vibraciones en los pulmones. La gigantesca nube de ruido estremeció el edificio y se negó a salir de él. De algún modo, una frase lo había liberado, llevando la interacción llamada-respuesta entre el predicador y los fieles de la Iglesia negra más allá del clamor de una concentración política y hasta algo más que King nunca había visto antes. En estos matorrales se ocultaba un conejo de gigantescas proporciones. Cuando el ruido remitió por fin, la voz de King se alzó incendiaria otra vez. «Llegará el día, amigos míos, en el que la gente se canse de ser empujada al abismo de la humillación, en el que experimenten el infortunio de la desesperación constante», declaró. «Llegará el día en el que la gente se canse de ser expulsada de la brillante luz de julio que da la vida, de que la dejen en pie en medio del cortante frío de

un noviembre alpino. Llegará...», King empezaba de nuevo, pero la multitud abogó su voz. Nadie podía decir si el rugido llegaba en reacción al nervio que había tocado o simplemente porque se sentían orgullosos del orador de cuya lengua salía con tanta facilidad este tipo de retórica. «Estamos aquí... estamos aquí porque ya estamos cansados», repitió King.<sup>9</sup>

El patrón que Branch describe con tanta claridad aquí se repite en el resto de este discurso en particular y en la mayor parte de los discursos de King. Carisma es una especie de tono perfecto. King desarrolla un cierto número de temas y un repertorio de metáforas para expresarlos, y cuando siente que ha logrado un efecto poderoso, repite el tema de un modo algo diferente para sostener y elevar el entusiasmo. Por impresionante que sea su creatividad retórica, depende por completo de encontrar el tono adecuado que despierte las emociones y los deseos más profundos de sus oyentes. Si adoptamos una perspectiva a largo plazo de King como el portavoz de la comunidad cristiana negra, del movimiento por los derechos civiles y de la resistencia no violenta (cada uno de estos grupos es un público en cierto modo diferente), podemos ver cómo, a lo largo del tiempo, los oyentes aparentemente pasivos de su vehemente oratoria contribuyeron a redactar sus discursos. Ellos, con sus reacciones, seleccionaron los temas que establecían la conexión emocional vital, temas que King ampliaría y adornaría de ese modo tan exclusivo suyo. Los temas que suscitaban reacción entre el público se ampliaron, los que suscitaban poca

---

9 Taylor Branch, *Farting the Waters: America in the King Years, 1954-63*, Simon and Schuster, Nueva York, 1988,

respuesta desaparecieron del repertorio de King. Igual que todos los actos carismáticos, se trataba de una armonía a dos voces.

La condición fundamental del carisma consiste en escuchar con gran atención y reaccionar. La condición para escuchar con gran atención implica una cierta dependencia del público, equivale a una cierta relación de poder. Una de las características del gran poder es no tener que escuchar. Los que están en la parte baja del montón, en general, suelen saber escuchar mejor que los que se encuentran en la parte superior. La calidad del mundo cotidiano en el que viven un esclavo, un siervo, un aparcerero, un obrero o un empleado doméstico depende en gran medida de que hagan una lectura precisa del humor y de los deseos de los poderosos, mientras que los propietarios de esclavos, los terratenientes y los jefes pueden a menudo hacer caso omiso de los deseos de sus subordinados. Las condiciones estructurales que impulsan a prestar esta atención son por lo tanto la clave de esta relación. En el caso de King, la petición que le habían hecho, liderar el boicot al autobús de Montgomery, y su dependencia de la participación entusiasta de la comunidad negra llevaban incluidas el hecho de prestar atención.

Veamos cómo este tipo de «redacción de discursos» contraintuitiva funciona en otros contextos; imaginemos a un bardo medieval en la plaza de un mercado que recita, canta y toca música para ganarse la vida. Supongamos además, a efectos de ilustrar el ejemplo, que el bardo en cuestión actúa solo ante los sectores más populares en los barrios pobres de la ciudad y que depende para su sustento diario de la calderilla

que le puedan dar muchos de sus oyentes. Por último, imaginemos también que el bardo tiene un repertorio de miles de canciones y que acaba de llegar a la ciudad.

Yo imagino que el bardo empezará con una selección aleatoria de canciones, o quizá con las preferidas en las ciudades que ha visitado antes. Día tras día observa la reacción de sus oyentes y la cantidad de calderilla que aterriza en su gorra al final del día. Quizá le hagan peticiones. Con el tiempo, seguramente, el bardo, a condición de que su propio interés le incite a prestar atención, reducirá su actuación a las canciones y temas favoritos de su público; algunas canciones desaparecerán de su repertorio y otras las repetirá. El público, una vez más, con el tiempo, habrá configurado el repertorio del bardo de acuerdo con sus gustos y deseos de un modo muy parecido a como el público de King, insisto, con el tiempo, configuró sus discursos. Esta historia bastante esquemática no deja espacio para la creatividad del bardo o del orador, ni para que este intente constantemente introducir nuevos temas y desarrollarlos, ni tampoco para que el gusto del público evolucione, pero ilustra la reciprocidad esencial del liderazgo carismático.

La ilustrativa historia del «bardo» no es demasiado diferente de la historia de un estudiante chino que durante la Revolución Cultural fue enviado al campo. Al ser de constitución poco fuerte y carecer de habilidades evidentes y útiles para el trabajo en el campo, al principio, a los habitantes del pueblo les molestó su presencia, y tuvieron la sensación de que era otra boca más que alimentar que no contribuía a la producción. Los vecinos, ya de por sí escasos de comida,

apenas le daban nada para comer, cuando se la daban, y el estudiante poco a poco se fue consumiendo. Descubrió, no obstante, que al final del día, a los campesinos les gustaba escucharle recitar leyendas tradicionales, de las que el estudiante sabía cientos. Para mantenerle recitando por las noches le daban pequeños bocados que complementaban su régimen de hambre. Sus historias, literalmente, le mantuvieron vivo. Es más, su repertorio, igual que ocurría con nuestro mítico bardo, con el tiempo, se fue adaptando a los gustos de los campesinos que formaban su público. Algunas de sus historias les dejaban fríos, y a él en ayunas, y otras gustaban mucho y querían que se las explicara una y otra vez. Sus recitados eran su sustento, pero eran los habitantes del pueblo los que en realidad llevaban la voz cantante. Cuando más tarde el gobierno autorizó el comercio y los mercados privados, el estudiante narraba sus historias en el mercado local ante un público diferente y más numeroso. Aquí también, su repertorio se adaptó a su nuevo público.<sup>10</sup>

Los políticos ansiosos por conseguir votos en tiempos revueltos, cuando los temas ya muy manidos parecen no ejercer ningún efecto, tienden a prestar atención, igual que el bardo o que Martin Luther, Jr., y a mantener la oreja pegada al público, a fin de valorar qué es lo que mueve a sus posibles votantes cuyo apoyo y entusiasmo necesitan. La primera campaña de Franklin Delano Roosevelt por la presidencia de Estados Unidos, al principio de la Gran Depresión, es un destacado ejemplo. Al inicio de la campaña, Roosevelt era un demócrata bastante conservador, no demasiado dispuesto a

hacer promesas o afirmaciones radicales. En el curso de la campaña, no obstante, un breve recorrido electoral en tren con discursos y mítines realizados en estaciones y apeaderos debido a la parálisis del candidato, el modelo de discurso de Roosevelt fue evolucionando, radicalizándose y haciéndose más expansivo. Roosevelt y sus redactores de discursos trabajaron febrilmente, intentando nuevos temas, nuevos fraseados, y nuevas afirmaciones parada tras parada del ferrocarril, ajustando poco a poco el discurso según la reacción de los oyentes y dependiendo del tipo de público. En una época en la que la pobreza y el desempleo habían alcanzado un grado sin precedentes, Roosevelt se enfrentaba a un público que veía en él la esperanza y la promesa de ayuda, y su discurso de campaña, poco a poco, llegó a encarnar estas esperanzas. Al final de la campaña, su «plataforma» oral era mucho más radical de lo que había sido al principio. Se tenía la sensación real de que el público que le escuchaba en cada estación de tren había redactado (o tal vez sería mejor decir «seleccionado») colectivamente los discursos de Roosevelt. No fue solo el discurso lo que se transformó, sino el propio Roosevelt, que ahora se vio a sí mismo como la encarnación de las aspiraciones de millones de sus desesperados conciudadanos.

Esta especial forma de influencia desde abajo solo funciona en determinadas condiciones. Si el señor feudal local contrata al bardo para que le recite loas a cambio de cama y comida, el repertorio tendría un aspecto muy diferente. Si un político vive o muere sobre todo gracias a grandes donaciones cuyo objetivo es tanto el de darle forma a la opinión pública como el de ajustarse a ella, dicho político les prestará menos atención a

sus seguidores de base. Es muy probable que un movimiento social o revolucionario que todavía no ha llegado al poder tenga el oído más fino que uno que sí ha llegado. Los más poderosos no necesitan aprender a cantar afinado. O, como afirma Kenneth Boulding, cuanto mayor y más autoritaria sea una organización (o estado), tanto mayores serán las posibilidades de que los gobernantes situados en la cúpula funcionen en mundos totalmente imaginarios». <sup>11</sup>

---

11 Kenneth Boulding, «The Economics of Knowledge and the Knowledge of Economics»; American Economic Review 58, n.05 1/2, marzo 1966: S.

## II. ORDEN LOCAL, ORDEN OFICIAL

### FRAGMENTO 5.

#### LOS MODOS DE «CONOCER» LOCALES Y OFICIALES

Vivo en una pequeña población del interior de Connecticut llamada Durham que le debe su nombre a su homónima de Inglaterra, mucho más grande y más conocida. Sea por nostalgia de los paisajes dejados atrás o sea por falta de imaginación, apenas hay ninguna ciudad en Connecticut que no se haya apropiado de un topónimo inglés. Los nombres indígenas norteamericanos que designan al paisaje solo han sobrevivido en los nombres de lagos y ríos, o en el del propio estado. Se trata de una intervención colonial insólita que no intenta rebautizar el paisaje como el medio de proclamar su propiedad y de hacer que el paisaje les resulte familiar y legible a los colonizadores. En entornos tan diferentes como Irlanda, Australia o la Cisjordania palestina, el paisaje ha sido rebautizado por completo en un intento de hacer desaparecer los antiguos nombres locales.

Consideremos, a modo de ilustración, los nombres locales y oficiales de los caminos y carreteras. Entre Durham, mi ciudad,

y la población costera de Guilford, a unos veinticinco kilómetros hacia el sur, circula una carretera que los que vivimos en Durham llamamos (entre nosotros) «carretera de Guilford», porque nos dice el punto exacto al que nos llevará si la tomamos. La misma carretera, en su extremo de Guilford, recibe, naturalmente, el nombre de «carretera de Durham», porque les dice a los habitantes de Guilford adonde les llevará si la toman. Uno imagina que quienes viven en las poblaciones a lo largo de esta carretera la llamarán «carretera de Durham» o «carretera de Guilford» según hacia dónde se dirijan. Que la misma carretera tenga dos nombres según el punto en el que uno esté situado demuestra la naturaleza situacional y contingente de las prácticas denominativas locales; cada nombre codifica un valioso conocimiento local: tal vez lo más importante que uno quiere saber de una carretera es adonde lleva. Las prácticas locales no solo dan como resultado una carretera con dos nombres, sino también muchas carreteras con el mismo nombre. Así, las ciudades cercanas de Killingworth, Haddam, Madison y Meriden tienen cada una de ellas carreteras que llevan a Durham y cuyos habitantes llaman «carretera de Durham».

Ahora imagine el lector los insuperables problemas que este eficaz sistema local tradicional le plantearía a un forastero que necesitara un nombre único y definitivo para cada carretera. Una cuadrilla de peones camineros estatales que llegara con la misión de reparar los baches de la «carretera de Durham» tendría que preguntar «¿cuál carretera de Durham?». Por lo tanto, no es ninguna sorpresa que la carretera entre Durham y Guilford se reencarne en todos los mapas y en todas las designaciones oficiales como la carretera estatal «Route 77».

Las prácticas denominativas del estado exigen una visión sinóptica, un sistema estandarizado de identificación que genera designaciones absolutas y mutuamente exclusivas. Con la denominación Route 77, la carretera ya no transmite la idea inmediata de adonde lleva, puesto que el significado del nombre Route 77 no salta a la vista hasta que extendemos un mapa de carreteras en el que aparecen enumeradas todas las carreteras estatales. Y sin embargo, el nombre oficial puede ser de vital importancia. Si sufrimos un grave accidente en la carretera que lleva de Durham a Guilford y quedamos heridos de gravedad, queremos poder decirle sin ambigüedad alguna al operador del servicio de emergencias que la carretera en la que corremos el peligro de desangrarnos hasta la muerte es la Route 77.

Los sistemas de nomenclatura locales y oficiales rivalizan entre ellos en muchos contextos. Los nombres locales de calles y carreteras contienen información local codificada. Algunos ejemplos son Maiden Lane (el sendero de las doncellas, que en el pasado llevaba al lugar donde vivían cinco hermanas solteras que cada domingo caminaban por él en fila india hasta la iglesia), Cider Hill Road (el camino que lleva a una colina donde en el pasado hubo un huerto de manzanos y una bodega que producía sidra), y Cream Pot Road (el camino que llevaba al lugar donde en el pasado hubo una lechería en la que los vecinos del lugar compraban leche, nata y mantequilla). En la época en la que el nombre quedó fijado, probablemente fuera el nombre más significativo y útil para los residentes locales, aunque a los forasteros y recién llegados les pudiera resultar desconcertante. Otros nombres de caminos y carreteras locales pueden hacer referencia a características

geográficas: Mica Ridge Road (camino cresta de mica), Bare Rock Road (camino de la roca desnuda), Ball Brook Road (camino del arroyo de la bola). La suma de los nombres de caminos y de los topónimos en un municipio pequeño, de hecho, equivale a algo parecido a una geografía e historia locales, si uno conoce las historias, características, episodios e iniciativas familiares que dichos nombres codifican. Para los residentes locales, estos nombres contienen mucha información y son muy significativos, aunque a los forasteros les suelen resultar con frecuencia ilegibles. Los planificadores, recaudadores de impuestos, gestores de transporte, telefonistas de servicios de emergencias, oficiales de policía, y bomberos, sin embargo, tienden en general a considerar que es mucho más preferible un orden superior de legibilidad sinóptica. Habida cuenta su modo de hacer, suelen preferir los sistemas de cuadrículas de calles numeradas en orden consecutivo (Calle Uno, Calle Dos) y las indicaciones de puntos cardinales (Calle Uno Noroeste, Segunda Avenida Nordeste). Washington D.C. es un ejemplo especialmente llamativo de este tipo de planificación racional, mientras que Nueva York, en cambio, es un híbrido. Por debajo de Wall Street (que señala la muralla exterior del primer asentamiento holandés), la ciudad es «local» en su maraña de trazados y nombres de calles, muchas de las cuales fueron en origen caminos y senderos; por encima de Wall Street aparece una ciudad en cuadrícula de simplicidad cartesiana y fácilmente legible, con avenidas y calles perpendiculares que se cruzan en ángulo recto y, salvo raras excepciones, numeradas en un orden consecutivo. Algunas ciudades del Medio Oeste, para aliviar la monotonía de las calles numeradas, les han dado nombres de presidentes en orden cronológico. Como un intento de darles

legibilidad, es muy posible que atraiga solo a los entusiastas de los programas-concurso de preguntas, que saben cuándo esperar que aparezcan las calles «Polk», «van Burén», «Taylor» y «Cleveland», aunque también tiene su valor como herramienta pedagógica.

Las unidades de medida locales solo son precisas en cuanto son necesarias para los propósitos inmediatos. Están simbolizadas en expresiones tales como «una pizca de sal», «a tiro de piedra», «hasta donde alcanza la vista». Y, para muchos propósitos, las unidades de medida locales pueden ser más precisas que otros sistemas en apariencia más exactos. Un ejemplo es el consejo que el indio americano Squanto les dio a los primeros colonos blancos que llegaron a las costas de Nueva Inglaterra con relación a cuándo plantar un nuevo cultivo desconocido para los colonos, el maíz. Al parecer les aconsejó «plantar el maíz cuando las hojas del roble tuvieran el tamaño de la oreja de una ardilla». Un almanaque del siglo XVIII, en cambio, aconsejaba plantar, por ejemplo, «después de la primera luna llena de mayo», o bien especificaba una fecha determinada. Uno imagina que el editor del almanaque temía, por encima de todo, una helada fatal, y que pecaba de cauteloso.<sup>12</sup> Ahora bien, el consejo del almanaque es, a su propio modo, rígido: ¿qué pasaba con las granjas cerca de la costa, en oposición a las que estaban en el interior? ¿Y con los campos situados en la ladera norte de una colina, menos soleados, o con las granjas a mayor altura? La receta «talla única» del almanaque viaja bastante mal. La fórmula de Squanto, por el contrario, soporta muy bien el viaje. Allí donde

---

12 El maíz no soporta el frío y, en las regiones templadas, debe plantarse en primavera. (N. de la T.)

hayan ardillas y robles que se observen con regularidad, funciona puesto que la observación local tiene una estrecha correlación con la temperatura del suelo, que rige el desarrollo de la hoja de roble, y se basa en la observación de la secuencia de los acontecimientos de primavera, siempre secuenciales pero que pueden adelantarse o retrasarse, alargarse o precipitarse, mientras que el almanaque confía en un sistema de calendario lunar y universal.

## FRAGMENTO 6.

### CONOCIMIENTO OFICIAL Y PAISAJES DE CONTROL

El orden, la racionalidad, la abstracción y la legibilidad sinóptica de determinados sistemas de nomenclatura, paisajes, arquitectura y trabajo se prestan al poder jerárquico. Yo los veo como «paisajes de control y de apropiación». Por poner un ejemplo sencillo, el sistema casi universal de nomenclatura patronímica no existió en ningún lugar del mundo hasta que los estados descubrieron que les resultaba útil para la identificación, y se extendió, junto con los impuestos, los tribunales, la propiedad de tierras, el servicio militar obligatorio y el trabajo policial, es decir, en paralelo al desarrollo del estado. En la actualidad ha sido superado por los números de identificación, la fotografía, las huellas dactilares y las pruebas de ADN, pero fue inventado como un medio de supervisión y de control. Las técnicas resultantes representan una capacidad general que puede aplicarse con la misma

facilidad tanto a la entrega de vacunas como a la organización de una redada para detener a los enemigos del régimen, y centralizan el conocimiento y el poder, pero son completamente neutrales con relación a los propósitos a los que se aplican.

Visto desde esta perspectiva, la línea de montaje industrial es la sustitución de la producción local artesanal por una división del trabajo en la que el ingeniero que ha diseñado el sistema es el único que controla todo el proceso de fabricación y en la que los trabajadores de la planta se convierten en «mano de obra» sustituible. En determinados productos, puede ser más eficaz que la producción artesanal, pero no hay ninguna duda de que siempre concentra el poder sobre el proceso de producción en aquellos que controlan la línea de montaje. El sueño utópico de los gestores, el control mecánico perfecto, fue, no obstante, inalcanzable, no solo porque intervinieron los sindicatos sino también porque cada máquina tenía sus propias particularidades, y un trabajador que tenía un conocimiento local, el conocimiento de esta particular fresadora o estampadora, era valioso precisamente por este motivo. Incluso en la cadena de montaje, el conocimiento local era esencial para que la producción funcionara.

Allí donde la uniformidad del producto constituye una preocupación de máxima importancia y donde gran parte del trabajo puede ser realizado en un entorno construido específicamente para este propósito, como por ejemplo en la fabricación del automóvil Tipo T de Henry Ford, o también en la construcción de un Big Mac en una franquicia de McDonald's, el grado de control puede llegar a ser

impresionante. En una franquicia de McDonald's, la distribución del local está calculada hasta el más mínimo de los detalles a fin de maximizar el control desde el centro sobre la materia prima y el proceso de trabajo. Es decir, el supervisor de distrito que llega para realizar una inspección, armado de su práctica carpeta y de su correspondiente formulario, puede evaluar la franquicia según un protocolo que está incorporado en el propio diseño. Las neveras son uniformes y su ubicación está predeterminada, igual que las freidoras, las parrillas, el protocolo de limpieza y mantenimiento, los envoltorios de papel, etc., etc. La forma platónica de la perfecta franquicia de McDonald's y del perfecto Big Mac han sido soñados en la sede central y, gracias a la ingeniería, han sido integrados en la arquitectura, distribución y formación del personal de tal modo que la puntuación que se refleja en el formulario de la carpeta del inspector puede utilizarse para determinar hasta qué punto dicha franquicia se ha acercado al ideal. En su lógica inherente, la producción a la manera de Ford y del módulo McDonald's es, como observó E. F. Schumacher en 1973, «una ofensiva conrra la impredecibilidad, la impuntualidad, la arbitrariedad y la terquedad de la naturaleza viva, y también del hombre».<sup>13</sup>

No es ninguna exageración, creo, ver en los últimos tres siglos el triunfo de los paisajes de control oficiales estandarizados y de la apropiación del orden local. Es del todo lógico, pues, que este triunfo haya llegado en tándem con el ascenso de las grandes organizaciones jerarquizadas, de las

---

13 E. F. Schumacher, *Small is Beautiful Economics As If People Mattered*, Harper, Nueva York, 1989, p. 117 [hay trad. cast.: *Lo pequeño es hermoso*, Akal, Barcelona, 2001].

que el propio estado es solo el ejemplo más llamativo. La lista de los órdenes locales que se han perdido es impresionante. Me aventuro aquí a presentarles a los lectores solo el principio de esta lista, y les invito, si es que tienen apetito para ello, a añadirle lo que consideren oportuno. Los idiomas nacionales estándar han sustituido a las hablas locales. Las propiedades agrarias de pleno derecho y mercantilizadas han sustituido a las complejas prácticas de uso común de tierras locales, las comunidades y los barrios planificados han sustituido a los antiguos barrios y comunidades sin planificar, y las grandes factorías y granjas industriales han sustituido a la producción artesanal y a la producción agraria mixta y familiar. La nomenclatura estándar y las prácticas de identificación han sustituido a las innumerables costumbres denominativas locales. La legislación nacional ha sustituido al derecho consuetudinario y a la tradición. Los grandes proyectos de irrigación y de distribución eléctrica han sustituido a los sistemas de irrigación adaptados a las condiciones locales y a la acumulación de combustible. Los paisajes relativamente resistentes al control y a la apropiación han sido sustituidos por paisajes que facilitan la coordinación jerárquica.

## FRAGMENTO 7.

### LA RESISTENCIA DE LO LOCAL

Está muy claro que los grandes planes modernos de coordinación imperativa pueden, para determinados

propósitos, ser la solución más eficaz, igualitaria y satisfactoria. La exploración del espacio, la planificación de inmensas redes de transporte, la fabricación de aviones y otras empresas de gran envergadura exigen gigantescas organizaciones minuciosamente coordinadas por unos pocos expertos. El control de las epidemias o de la contaminación exige un centro en el que trabajen expertos que reciben y elaboran información estandarizada de cientos de unidades informadoras.

Donde estos sistemas encuentran problemas, en ocasiones catastróficos, es cuando se encuentran con una naturaleza recalcitrante cuya complejidad tampoco consiguen comprender.

Los problemas que han plagado la silvicultura «científica», inventada en tierras alemanas a finales del siglo XVIII, y algunas formas de agricultura industrial intensiva tipifican ese encuentro. Los fundadores de la silvicultura científica, impulsados por el deseo de maximizar los ingresos por la venta de leña y de madera, llegaron a la conclusión de que, dependiendo del tipo de suelo, el abeto noruego o bien el pino escocés eran los árboles que proporcionarían la máxima cantidad de metros cúbicos de madera por hectárea. Con este fin, talaron a ras bosques mixtos y plantaron una única especie, simultáneamente y en hileras rectas (igual que en los cultivos únicos intensivos). Su objetivo era obtener un bosque fácil de inspeccionar, que podía ser talado en un momento programado, y que produjera un tronco uniforme a partir de un árbol estandarizado (el *Normalbaum*). Durante un tiempo, casi un siglo entero, funcionó de forma brillante. Después,

empezó a fallar. Al parecer, la primera rotación había utilizado al máximo todo el capital de nutrientes acumulado en la tierra del bosque mixto al que había sustituido sin reponer lo que había absorbido. El bosque de especie única era, sobre todo, un auténtico festín para las plagas, hongos parásitos, cocoideos y otras pestes varias especializadas en atacar al pino escocés o al abeto noruego. Además, un bosque de árboles todos de la misma edad era mucho más susceptible a los daños provocados por una tormenta catastrófica o por el viento. En un esfuerzo por simplificar el bosque como si se tratara de una máquina de fabricación de un producto único, la silvicultura científica había reducido su diversidad de forma radical, y esa falta de diversidad en las especies de árboles se había replicado en todos los niveles de este bosque desnudo: en la escasez de especies de insectos, pájaros, mamíferos, líquenes, musgos, hongos y flora en general. Los planificadores habían creado un gran desierto y la naturaleza se había defendido contraatacando. En poco más de un siglo, los sucesores de aquellos que habían hecho famosa la silvicultura científica hicieron famosos, por su parte, los términos «muerte forestal» (*Waldsterben* y «silvicultura de recuperación»).

Henry Ford, alentado por el éxito del Tipo T y por una fortuna inimaginable, se topó con casi el mismo problema cuando intentó trasladar el éxito de la fabricación de automóviles en factorías al cultivo de árboles de caucho en los trópicos. Compró un terreno de un tamaño casi igual al del estado de Connecticut en la cuenca de uno de los afluentes del Amazonas y emprendió la tarea de crear Fordlandia. Si el proyecto tenía éxito, su plantación debería aprovisionar en el futuro previsible el látex suficiente para equipar todos sus automóviles con

neumáticos. Fue un auténtico y absoluto desastre. En su hábitat natural en la cuenca del Amazonas, los árboles de caucho se encuentran esparcidos aquí y allá entre grupos de plantas muy diversas, y crecen muy bien en medio de esta diversidad, en parte porque están lo bastante alejados los unos de los otros, minimizando así el impacto de las enfermedades y de las plagas que suelen atacar a estos árboles en este ecosistema que es el suyo natural. Los árboles de caucho que los holandeses y los británicos trasplantaron al sudeste asiático reaccionaron relativamente bien en grupos de plantaciones precisamente porque no llevaron consigo todo su complemento de plagas y enemigos. Sin embargo, concentrados en hileras únicas en el Amazonas, sucumbieron al cabo de pocos años a toda una variedad de plagas y parásitos que ni siquiera los heroicos y costosos intentos de triples injertos (fragmento de la cubierta de hojas de la planta madre injertado en un patrón del tronco que se injerta a un patrón de raíz diferente) pudieron superar.

En la sintética y artificial planta de montaje automatizada de automóviles de River Rouge, construida para un único propósito, el entorno, aunque con dificultades, podía ser controlado. En los trópicos brasileños, no. Tras una inversión de millones de dólares, innumerables cambios en el equipo de gestión y modificaciones en los planes, y después de disturbios y huelgas de los trabajadores, la aventura brasileña de Henry Ford fue abandonada.

Henry Ford había empezado con lo que los expertos consideraron ser la mejor calidad de árbol de caucho, y después intentó modificar el entorno natural para adaptarlo a

su plan. Compárese esta lógica con la imagen opuesta: empezar con un entorno dado y a continuación seleccionar la variedad a cultivar que mejor se ajusta a un entorno dado. Las prácticas tradicionales del cultivo de la patata en los Andes constituyen un excelente ejemplo de cultivo tradicional local. Un agricultor andino que cultiva patatas a gran altitud puede cultivar quizá hasta una quincena de pequeñas parcelas, aplicando en algunas de ellas algún tipo de sistema rotatorio. Cada parcela es diferente en cuanto a calidad de suelo, altitud, orientación al sol y al viento, humedad, inclinación e historial de cultivo. El agricultor no tiene ningún «campo estándar», y al elegir determinadas razas locales, cada una de ellas con características diferentes y bien conocidas, hace una serie de apuestas prudentes, y planta entre una y una docena de variedades diferentes en una única parcela.

Cada temporada ofrece una nueva ocasión de llevar a cabo otra ronda de ensayos, tras sopesar cuidadosamente la producción, enfermedades, precios, y respuesta al cambio de condiciones de la parcela del año anterior. Estas granjas son centros experimentales integrados en la economía de mercado que producen buenas cosechas y gozan de gran adaptabilidad y fiabilidad. Igual de importante al menos, no son meros cultivadores, sino que son agricultores reproductores, comunidades con conocimientos de cría y reproducción de plantas, que aplican estrategias flexibles, tienen conocimientos ecológicos, autonomía y una gran confianza en sí mismos.

La lógica de la extensión agraria científica en los Andes es análoga a la de las plantaciones amazónicas de Henry Ford, Empieza con la idea de una patata «ideal», definida sobre

todo, aunque no solo, por su rendimiento. Los botánicos entonces emprenden la tarea de criar un genotipo que se acerque lo más posible a las características deseadas. Este genotipo se cultiva en parcelas experimentales para determinar las mejores condiciones de crecimiento.

El objetivo principal del trabajo de extensión es, entonces, el de actualizar el diseño del genotipo a fin de adaptarlo a todo el entorno de la parcela del agricultor y que así este se dé cuenta de todo el potencial del nuevo genotipo. Esta operación posiblemente necesite la aplicación de fertilizantes a base de nitratos, herbicidas, y pesticidas, y exija preparaciones especiales de la tierra, irrigación y un calendario de cultivo (plantado, regado, limpieza de hierbas y cosechado).

Como es previsible, cada nueva variedad «ideal» suele fallar al cabo de tres o cuatro años, cuando las plagas y las enfermedades que se abaten sobre ella ya no pueden ser controladas; se suele sustituir entonces con otra nueva patata ideal y el ciclo empieza de nuevo. En el grado en el que funcione, convierte el campo en un campo estándar, y al agricultor, en un agricultor estándar, del mismo modo en el que Henry Ford estandarizó el entorno de trabajo y a los obreros en River Rouge.

La línea de montaje y las plantaciones de monocultivo exigen, como condición de su existencia, la subyugación del artesano local y del paisaje local y diverso.

## FRAGMENTO 8.

### LOS ATRACTIVOS DE LA CIUDAD DESORDENADA

Pues resulta que no son solo las plantas las que parecen prosperar mejor en entornos de diversidad, sino que también la naturaleza humana parece rechazar la rigidez de la uniformidad en favor de la variedad y la diversidad.

El punto culminante del urbanismo se extiende a lo largo de la primera mitad del siglo XX, cuando los grandes avances de la ingeniería civil, la revolución en las técnicas y materiales de construcción y las ambiciones políticas de reconstruir la vida urbana se combinaron para transformar las ciudades a lo largo y ancho de Occidente. En lo concerniente a sus ambiciones, el urbanismo moderno guarda un gran parecido con la silvicultura científica y la agricultura de plantación, los tres están cortados por el mismo patrón. La planificación urbanística moderna puso el énfasis en el orden visual y en la segregación de funciones. Visualmente, un tema al que regresaré más adelante, los planificadores utópicos preferían «la sublime línea recta», los ángulos rectos y la regularidad escultural. En cuanto a la distribución espacial, todos los urbanistas casi sin excepción preferían la separación estricta de las diferentes esferas de actividad urbana: zona residencial, espacios comerciales de minoristas, espacios de oficinas, zonas de ocio, de oficinas gubernamentales y de espacio ceremonial. Uno puede imaginar muy bien por qué esta segregación les resultaba tan conveniente a los planificadores. Tantas tiendas

minoristas al servicio de tantos clientes podían ser reducidas a algo parecido a un algoritmo según el cual se exigían tantos metros cuadrados por tienda, tantos metros cuadrados de espacio de almacenaje, conexiones de transporte planificadas, etc.; las viviendas necesitaban tantos metros cuadrados por familia (estandarizada), tanta cantidad de LUZ, tanta agua, tanto espacio de cocina, tantos enchufes eléctricos, y tanto espacio de ocio adyacente. La estricta segregación de funciones minimizaba las variables del algoritmo: era más fácil planificar, más fácil construir, más fácil mantener, más fácil de vigilar, y, así lo creían ellos, más fácil para la vista. Planificar espacios de uso único facilitaba la estandarización, mientras que, en comparación, planificar una ciudad compleja y muftisus según estos mismos parámetros hubiera sido una pesadilla.

Ahora bien, había un problema. Las personas solían detestar estas ciudades, y las rechazaron siempre que pudieron, y cuando no podían, encontraron otros modos de expresar su desesperación y su desprecio. Se dice que la era posmoderna empezó precisamente el 16 de marzo de 1972 a las tres de la tarde, cuando el complejo de edificios de pisos Pruitt-Igoe, un proyecto de viviendas sociales en Saint-Louis, fue final y oficialmente dinamitado y reducido a un montón de cascotes. Sus habitantes ya lo habían reducido a todos los efectos a una estructura casi desierta. El complejo Pruitt-Igoe no era más que el buque insignia de toda una flota de bloques de apartamentos aislados y de un solo uso, bloques de viviendas sociales que a la mayor parte de sus residentes les parecían tinglados degradantes y que en la actualidad han sido derruidos casi todos.

Estos proyectos residenciales, que navegaban bajo la enseña de «limpieza de barrios de chabolas» y de la eliminación de «plagas urbanas», ya durante su construcción estuvieron sometidos a las intensas críticas, que acabarían dando sus frutos, de urbanistas, como Jane Jacobs, que estaban más interesados en la ciudad tradicional, es decir, en la vida urbana cotidiana, y en cómo la ciudad funciona en realidad, que en el aspecto que tenía. La planificación urbanística, igual que la mayor parte de los sistemas oficiales, se caracterizaba por una incómoda visión estrecha de miras, una «visión túnel». Es decir, se centraba implacable en un único objetivo y diseño con el propósito de maximizar dicho objetivo. Si se trataba de cultivar maíz, el objetivo era el de conseguir el mayor número de toneladas por hectárea; si se trataba de producir el Tipo T, el objetivo era construir el mayor número posible de unidades del Tipo T por obrero y coste de producción; si se trataba de dar servicios de salud, se diseñaba un hospital con el único objetivo de la eficacia en dar tratamiento; si se trataba de la producción de madera, se rediseñaba el bosque para convertirlo en una máquina de producción de producto único.

Jacobs comprendió tres cosas a las que estos urbanistas modernos estaban ciegos por completo. Primero, identificó una presunción mortífera según la cual, en cualquiera de este tipo de actividades solo se hacía una cosa, y el objetivo de la planificación es maximizar la eficacia de la realización de la actividad. A diferencia de los planificadores, cuyos algoritmos dependían de eficacias estipuladas, por ejemplo el tiempo que se tardaba en llegar al trabajo desde casa, o el grado de eficacia en la distribución de productos alimenticios en la ciudad, Jacobs comprendió que en cualquier actividad humana

se hallaban contenidos muchos propósitos humanos. Las madres o padres que empujan los cochecitos de sus bebés pueden estar al mismo tiempo charlando con amigos, haciendo sus recados o la compra, y buscando un libro. Un oficinista puede creer que almorzar o tomarse una cerveza con sus compañeros de trabajo es la parte más satisfactoria del día. Segundo, Jacobs comprendió que era por esta razón, y también por el puro placer de deambular en un entorno animado, estimulante y diverso, que los distritos urbanos de usos mixtos solían ser las zonas más deseables de una ciudad. Los barrios urbanos populares, es decir, los que eran seguros y agradables, en los que se desarrollaban gran cantidad de actividades y que eran económicamente viables, tendían a ser zonas densas, de uso mixto, en los que las funciones urbanas se concentraban y mezclaban sin orden ni concierto. Es más, con el tiempo, también eran dinámicos. Jacobs calificó el intento de especificar y congelar funciones por mandato de la planificación de «taxidermia social».

Por último, Jacobs explicó que si uno partía de la ciudad tradicional «vivida», quedaba claro que en el intento de los planificadores urbanos de convertir las ciudades en disciplinadas obras de arte geométricas, el orden visual no era solo un planteamiento fundamentalmente erróneo, sino que constituía un ataque contra el orden tradicional de un barrio urbano que funcionaba bien.

Visto desde este ángulo, la práctica normalizada de la planificación y de la arquitectura urbanas de repente parece, desde luego, muy extraña. El método de trabajo de urbanistas y arquitectos consiste en concebir primero una visión general

del edificio o del conjunto de edificios que proponen, cuya forma física se suele representar en bocetos y, en general, con una maqueta de los edificios propuestos. Uno suele ver en la prensa fotografías de sonrientes funcionarios municipales y arquitectos mirando hacia abajo el eficaz modelo, como si estuvieran a bordo de un helicóptero, o como si fueran dioses. Lo que es asombroso, desde una perspectiva tradicional, es que nadie nunca experimenta una ciudad desde esta altura o desde este ángulo. La experiencia a nivel del suelo que se supone que tienen los peatones reales, paseantes que miran escaparates, gente que hace sus recados, enamorados que deambulan sin rumbo fijo, queda totalmente fuera de la ecuación urbanística. Los planos se ven como esculturas en miniatura, y no es de extrañar entonces que se los valore por su atractivo visual, como si se tratara de sugerentes obras de arte: obras de arte que nadie, a partir de aquel momento, verá nunca más desde este punto de vista divino y panorámico, salvo Superman.

Esta lógica de maquetar y de miniaturizar característica de las formas del orden oficial es, en mi opinión, significativa. El mundo real es desordenado e incluso peligroso. La humanidad tiene una larga historia en la que se miniaturizan cosas como una forma de juego, de control y de manipulación. Esta tendencia puede observarse en juguetes de todo tipo: soldaditos de plomo, tanques, camiones, coches, barcos y aviones de guerra, casas de muñecas, trenes eléctricos y similares. Este tipo de juguetes se prestan perfectamente al admirable propósito de dejarnos jugar con representaciones cuando el objeto real es inaccesible, o peligroso, o ambas cosas. Sin embargo, la miniaturización es sobre todo un juego

de mayores, también de presidentes y de generales. Cuando sus intentos de transformar un mundo recalcitrante e intratable quedan frustrados, las élites suelen sentir la tentación de retirarse a las miniaturas, algunas de ellas bastante ostentosas. El efecto que tiene esta retirada es el de crear pequeños espacios utópicos y autosuficientes donde, tal vez, se pueda hacer casi realidad la deseada perfección. Las reproducciones a tamaño reducido de pueblos y ciudades, las colonias militares, los proyectos de exhibición y las granjas experimentales les ofrecen a los políticos, administradores y especialistas la oportunidad de crear un terreno experimental definido con exactitud donde se ha minimizado el número de incógnitas y de variables anómalas o impredecibles. El caso que más limita, donde se maximiza el control pero donde el impacto sobre el mundo exterior queda minimizado, es el del museo o el del parque temático. Las granjas experimentales y las ciudades modelo desempeñan, por supuesto, un papel legítimo, al tratarse de experimentos donde las ideas sobre producción, diseño y organización social pueden ser puestas a prueba con escaso riesgo, y pueden ser ampliadas o abandonadas según los resultados obtenidos. No obstante, y con la misma frecuencia que ha ocurrido en muchas de las capitales de estado «de diseño» (por ejemplo, Washington D.C., San Petersburgo, Dodoma, Brasilia, Islamabad, Nueva Delhi o Abuja), este tipo de proyectos se suele convertir en agregados arquitectónicos y políticos, construcciones autónomas y aisladas que desentonan, a menudo a propósito, con el entorno que les rodea. La insistencia en una rígida estética visual en el núcleo central de la capital del estado tiende a producir una zona de sombras en la que aparecen asentamientos ilegales y barrios de chabolas densamente

poblados por personas que, con frecuencia, barren los suelos, cocinan las comidas, y atienden a los hijos de las élites que trabajan en el centro planificado y decoroso. En este sentido, el orden en el centro es engañoso, puesto que se sustenta en prácticas no conformes y no reconocidas de la periferia.

## FRAGMENTO 9.

### EL CAOS TRAS EL ORDEN

Gobernar un gran estado es como cocinar  
un pequeño pescado.

TAO TE CHING

Cuanto más planificado, regulado y formal sea un orden económico o social, mayores posibilidades tiene de ser un parásito de los procesos informales no reconocidos por el sistema formal, y sin los cuales no podría seguir existiendo, procesos informales que el orden formal por sí solo no puede crear y mantener. En este caso, la adquisición del lenguaje es una metáfora instructiva. Los niños no empiezan a hablar aprendiendo las reglas de gramática y utilizando dichas reglas para producir una frase bien construida, sino que, por el

contrario, aprenden a hablar del mismo modo que aprenden a andar: por imitación, prueba y error y práctica infinita. Las reglas de gramática son las regularidades que pueden observarse en el lenguaje bien construido, y no su causa.

Los trabajadores han aprovechado la falta de adecuación de las reglas para explicar cómo funcionan realmente las cosas, y han sabido aprovecharla a su favor. Así, los taxistas de París, cuando se sintieron frustrados con las autoridades municipales debido a las nuevas tarifas y normas, recurrieron a lo que se conoce en francés como *gréve du zéle*, huelga de celo. Todos ellos, de común acuerdo y en el momento prefijado, se pusieron de repente a seguir al pie de la letra todas y cada una de las normas del código de circulación, y consiguieron su intención, detener en seco el tráfico de París. Sabiendo que en París el tráfico circulaba con fluidez solo gracias a que todos los conductores hacían un juicioso y experto caso omiso de muchas de las normas, por el mero hecho de seguir las normas al pie de la letra, los taxistas lograron paralizarlo. La versión inglesa de este procedimiento se conoce como *work-to-rule* (trabajar según las normas). En una prolongada huelga de celo de los trabajadores de la empresa Caterpillar Corporation, los trabajadores empezaron a aplicar de nuevo y a seguir escrupulosamente los ineficaces procedimientos especificados por los ingenieros, a sabiendas de que hacerlo le costaría a la compañía un tiempo y calidad muy valiosos, en lugar de seguir con las prácticas más expeditivas que hacía mucho tiempo que aplicaban en la realización de su tarea. Por muy detalladas que sean las reglas que rigen en cualquier oficina, o en cualquier obra, o en cualquier planta de producción no pueden explicar de forma adecuada el proceso de trabajo real; el trabajo se

hace solo gracias a eficaces entendimientos informales y a la improvisación ajenos a estas normas.

Las economías planificadas del bloque socialista antes de la caída del muro de Berlín en 1989 eran un destacado ejemplo de cómo las rígidas normas de producción se sostenían solo gracias a arreglos informales totalmente ajenos al sistema oficial. En una factoría típica de Alemania oriental, los dos empleados más importantes ni siquiera formaban parte del organigrama oficial. Uno de ellos era un «manitas» capaz de dar soluciones inmediatas e improvisadas para mantener las máquinas funcionando, reparar fallos del proceso de producción y fabricar piezas de repuesto. El segundo empleado indispensable de la factoría utilizaba los fondos de la empresa para comprar y hacer acopio de artículos deseables y no perecederos (por ejemplo, detergente, papel de calidad, vino bueno, cordel, hilo de coser, medicinas o ropa de moda) cuando estaban disponibles. Entonces, cuando para satisfacer las cuotas y ganarse sus bonificaciones, la factoría tenía la necesidad perentoria de una máquina, piezas de repuesto o materia prima no disponible según los planes, este empleado embarcaba los artículos almacenados en un Trabant<sup>14</sup> y salía a intentar trocarlos por los suministros que necesitaba la factoría. De no ser por estos arreglos informales, la producción formal se habría paralizado.

Igual que el funcionario que mira hacia abajo la maqueta de un nuevo proyecto de desarrollo, todos somos propensos a

---

14 Modelo de automóvil, familiarmente conocido como «Trabbi», fabricado en la República Democrática de Alemania. Era el coche más barato y más común de Alemania oriental. Tenía cuatro plazas y un motor de dos cilindros. (N. de la t.)

cometer el error de equiparar orden visual a orden funcional y complejidad visual a desorden. Es un error natural y, en mi opinión, grave, un error estrechamente asociado a la modernidad. Hasta qué punto esta asociación es dudosa exige algo de reflexión. ¿Se sigue de una clase donde los alumnos están uniformados y sentados en hileras regulares de pupitres que los niños aprenden más que los alumnos no uniformados sentados en el suelo o alrededor de una mesa redonda? La gran crítica de la planificación urbana moderna, Jane Jacobs, advirtió que la intrincada complejidad de un barrio de usos mixtos que funcionaba bien no era, como daba por sentado la estética de muchos urbanistas, una representación del caos y del desorden. Aunque no fuera un orden planificado, era una forma de orden muy compleja y flexible. El desorden aparente de las hojas caídas en otoño, de las entrañas de un conejo, del interior de un motor a reacción, o del departamento de noticias locales de un gran periódico no es de ningún modo desorden, sino más bien un intrincado orden funcional. Una vez se han captado su lógica y su propósito, se ve de forma diferente y refleja el orden de su función.

Observemos la distribución de los campos de cultivo y de los huertos. La tendencia de la agricultura «científica» moderna ha sido la preferencia de grandes campos de cultivo de utilización intensiva, con gran inversión de capital, en los que se planta una única variedad, a menudo un híbrido o un clon, a fin de obtener la máxima uniformidad, y que se cultiva en hileras rectilíneas para facilitar la labranza y el cosechado automático. El uso de fertilizantes, irrigación, pesticidas y herbicidas sirve para hacer que las condiciones del campo sean las adecuadas a una única variedad y lo más uniformes posible. Se trata de un

módulo genérico de agricultura que viaja bien y que funciona medianamente bien para lo que yo denomino cultivos de producción «proletaria», tales como trigo, maíz, algodón y soja, que toleran un trato poco delicado. Por decirlo de alguna manera, el intento de este tipo de agricultura de situarse por encima de la tierra cultivable local, los paisajes locales, la mano de obra local, las herramientas locales y el tiempo local la convierte en la auténtica antítesis de la agricultura local tradicional. El huerto occidental tiene algunas, no todas, de estas características. Aunque contiene muchas variedades, estas se suelen plantar en general en hileras rectilíneas, una variedad por hilera, que le dan el aspecto de un regimiento militar en formación de revista antes de un desfile.

Compárese esto, por ejemplo, con los huertos indígenas del África occidental tropical, tal como los encontraron los horrorizados agentes de extensión agrícola británicos en el siglo XIX. Visualmente, los huertos parecían un caos: dos o tres variedades, a veces incluso cuatro, apiladas a la vez en la misma parcela, otras variedades plantadas en grupos, pequeñas barreras de estacas dispersas aquí y allá, pequeños montículos que parecían distribuidos en la parcela de forma aleatoria. Puesto que a ojos de los occidentales los huertos eran a todas luces un desorden, dieron por sentado que los cultivadores eran negligentes y descuidados. Los agentes de extensión agraria se pusieron manos a la obra para enseñarles las técnicas agrícolas correctas y «modernas». Tuvieron que pasar unos treinta años de frustración y de fracasos hasta que a un occidental se le ocurriera la idea de examinar científicamente los méritos relativos de los dos tipos de cultivo en las condiciones africanas, y descubrió que el «desorden» de

los campos de cultivo africanos era un sistema agrícola ajustado hasta el último detalle a las condiciones locales.

El policultivo y la alternancia de cultivos garantizaban la suficiente cobertura del suelo para prevenir la erosión y capturar el agua de lluvia todo el año; una variedad proporcionaba los nutrientes a otra, o bien le daba sombra; las barreras de estacas impedían la erosión de los surcos, y las variedades estaban dispersas de tal forma que minimizaban los daños causados por las plagas y las enfermedades.

No solo los métodos eran sostenibles, sino que la producción superaba a la de los huertos cultivados según las técnicas occidentales preferidas por los agentes de extensión agraria.

El error de dichos agentes había sido asociar el orden visual al orden funcional, y el desorden visual a la ineficacia. Los occidentales estaban presos de una fe casi religiosa en la geometría agrícola, mientras que los africanos habían desarrollado un sistema de cultivo muy eficaz prescindiendo por completo de la geometría.

Edgar Anderson, un botánico interesado en la historia del maíz en América central, dio con un huerto de un campesino en Guatemala que demostraba que lo que parecía desorden visual podía ser la clave de un sistema funcional muy preciso.

Anderson, en su recorrido a pie hacia los campos de maíz, pasaba a diario junto a este huerto; al principio pensó que se trataba de un vertedero de plantas lleno de hierbas, y no cayó en la cuenta de que era un huerto hasta que vio a alguien trabajando en la parcela, y no se trataba solo de un simple

huerto, sino de un huerto concebido con brillantez pese a, o más bien gracias a, su desorden visual desde un punto de vista occidental.

Lo mejor que puedo hacer es citar extensamente a Anderson en su análisis de la lógica que subyace en este huerto y reproducir los diagramas que dibujó de la distribución del mismo.

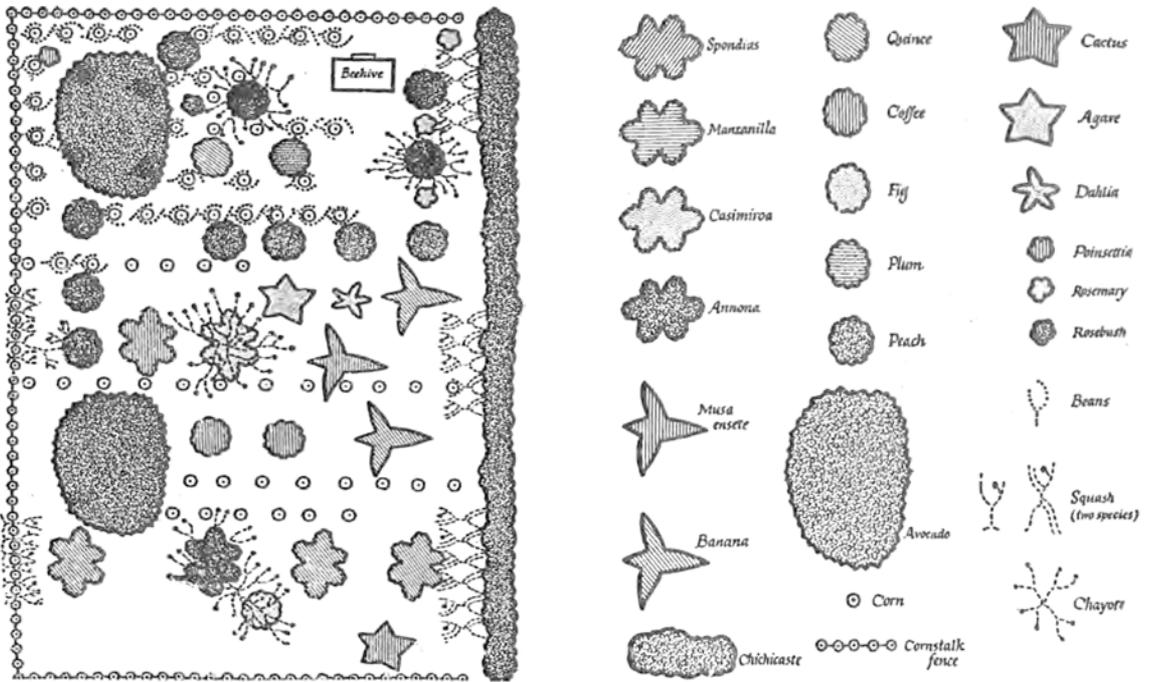
Aunque a primera vista apenas parece haber ningún orden, a partir del momento en el que empezamos a trazar el mapa del huerto, nos dimos cuenta de que estaba plantado en hileras entrecruzadas bastante definidas.

Había una gran variedad de árboles frutales, indígenas y europeos: guanábanos, chirimoyos, aguacates, melocotoneros, membrillos, ciruelos, una higuera y algunos arbustos de café.

Había cactus gigantes cultivados por su fruto. Había una gran planta de romero, otra de ruda, algunas poinsetias, y un rosal de té semitrepador.

Había una fila entera de espino nativo domesticado, de cuyo fruto, muy parecido a una pequeña manzana amarilla, se obtenía una deliciosa confitura.

Había dos plantas de maíz de dos variedades diferentes, una de ellas ya vieja y que servía ahora de espaldar para unas judías verdes trepadoras cuya temporada apenas acababa de empezar, y la segunda, mucho más baja, empezaba a florecer.



*Bocetos de Edgar Anderson del huerto tradicional, Guatemala, (a) Izda.: Un huerto de árboles frutales, (b) Derecha: Glifos detallados que identifican las plantas y sus categorías en el huerto. En Planes, Man, and Life, de Edgar Anderson, publicado por University of California Press; reimpresso con permiso de University of California Press.*

Había especímenes de un pequeño plátano cuyas grandes hojas lisas son el sustituto local del papel de envolver, y que también se utilizan en lugar de las hojas de la mazorca de maíz para preparar la variante local de los ramales picantes. Sobre todo ello trepaban las exuberantes plantas de diversas cucurbitáceas. El chayóte, cuando por fin madura, tiene una nutritiva raíz que pesa varios kilos. En un punto de la parcela había un hoyo del tamaño de una pequeña bañera donde se había excavado hacía poco una raíz de chayóte, y que servía de vertedero de las basuras de la casa y de compost. En un extremo del huerto había una pequeña colmena construida con cajas y latas. Según nuestros equivalentes

estadounidenses y europeos, esta parcela era un huerto, un jardín medicinal, un basurero, un compost y un colmenar. No tenía problemas de erosión aunque estuviera situado en la cima de una empinada pendiente; la superficie del suelo estaba cubierta casi por completo y así permanecería con toda probabilidad la mayor parte del año. La humedad se mantenía durante la temporada seca, y las plantas del mismo tipo estaban aisladas las unas de las otras de tal modo por otra vegetación intermedia que impedía la fácil propagación de las plagas y de las enfermedades entre planta y planta. La fertilidad se conservaba y, además de los desechos de la casa, las plantas maduras se enterraban entre las hileras cuando ya no tenían utilidad.

Los europeos y los americanos de origen europeo suelen afirmar que el tiempo no significa nada para los indios. A mí, este huerto me parecía un buen ejemplo de cómo el indio administra su tiempo mucho mejor que nosotros, si observamos con algo más de profundidad las actividades de los indios. La producción del huerto era continua, y en cualquier momento dado solo necesitaba un pequeño esfuerzo: unas pocas hierbas que arrancar cuando uno iba a recoger las calabazas, enterrar las plantas de maíz y de judías entre las hileras después de cosechar la última judía, y plantar alguna cosa nueva sobre ellas unas pocas semanas más tarde.<sup>15</sup>

---

15 Edgar Anderson, *Plants, Man, and Life*, Little Brown, Boston, 1952, pp. 140-141.

## FRAGMENTO 10.

### EL ENEMIGO JURADO DEL ANARQUISTA

A lo largo de los últimos dos siglos, las prácticas locales y tradicionales se han extinguido a tal ritmo que uno puede pensar en este proceso, sin temor a exagerar, como en un proceso de extinción total similar al de la desaparición acelerada de las especies. Y la razón es también análoga: la pérdida de su hábitat. Muchas prácticas tradicionales locales han desaparecido ya de la escena, y muchas otras están amenazadas.

El principal agente tras su extinción no es otro que el enemigo jurado del anarquista, el estado, y en particular, el moderno estado-nación. El auge del moderno módulo político del estado-nación, ahora hegemónico, desplazó y aplastó después a toda una serie de formas políticas locales tradicionales: bandas sin estado, tribus, ciudades libres, confederaciones poco rígidas de ciudades, comunidades de fugitivos e imperios, en cuyo lugar se alza por todas partes un único modelo local, el estado-nación noratlántico, codificado en el siglo XVIII y que se hace pasar por universal. Si retrocedemos unos cientos de metros y abrimos nuestros ojos dispuestos a maravillarnos, no deja de ser asombroso que uno pueda viajar a cualquier lugar del mundo y encontrarse con el mismo orden institucional: una bandera nacional, un himno nacional, teatros nacionales, orquestas nacionales, jefes de estado, un Parlamento (real o ficticio), un banco central y un aparato de seguridad, entre otras instituciones. Los imperios coloniales y la imitación «modernizadora» desempeñaron su

papel en la propagación de dicho módulo, pero su capacidad de permanencia depende del hecho de que este tipo de instituciones son los engranajes universales que integran una unidad política en los sistemas internacionales establecidos. Hasta 1989, los polos de imitación eran dos. En el bloque socialista, uno podía ir desde Checoslovaquia a Mozambique, a Cuba, a Vietnam, a Laos y a Mongolia y encontrar el mismo sistema, o casi, de planificación centralizada, granjas colectivas y planes quinquenales. Desde entonces, y salvo escasas excepciones, ha prevalecido un único modelo estándar.

Una vez instaurado, el moderno estado (-nación) emprendió la tarea de homogeneizar su población y las prácticas tradicionales locales que se desviaban de la norma. En casi todas partes el estado pasó entonces a fabricar una nación: Francia se puso a crear franceses, Italia se puso a crear italianos.

Esta tarea implicaba un gran proyecto de homogeneización. Una inmensa variedad de lenguas y de dialectos, a menudo ininteligibles entre sí, quedaron subordinados, sobre todo gracias a la escolarización, a un idioma nacional estandarizado, en general el dialecto de la región dominante, un proceso que condujo a la desaparición de idiomas, literaturas orales y escritas, música, leyendas y epopeyas locales, y de mundos enteros de significado. Una inmensa variedad de leyes locales y de prácticas consuetudinarias fueron sustituidas por un sistema nacional de leyes que era, en principio al menos, el mismo en todas partes. Una inmensa variedad de prácticas de uso de la tierra fueron sustituidas por un sistema de propiedad, registro y transferencia, los mejores para facilitar la

aplicación y recaudación de los impuestos. Una inmensa cantidad de sistemas pedagógicos locales (aprendizajes, maestros y tutores itinerantes, sanación, instrucción religiosa, clases informales) fueron sustituidos en general por un sistema educativo nacional tal, que un ministro de Educación francés pudo alardear de que, puesto que eran exactamente las diez y veinte de la mañana, sabía qué pasaje exacto de Cicerón estaban estudiando en aquel momento todos los escolares de un nivel determinado en toda Francia. Esta imagen utópica de uniformidad se alcanzó en muy pocas ocasiones, pero lo que sí lograron estos proyectos fue la destrucción de las tradiciones locales.

En la actualidad, y más allá del estado-nación en sí mismo, las fuerzas de la estandarización están representadas por las organizaciones internacionales. El principal objetivo de instituciones tales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial del Comercio, la UNESCO, e incluso la UNICEE y el Tribunal Internacional de Justicia, consiste en propagar a lo largo y ancho del globo los estándares normativos («buenas prácticas»), derivados, una vez más, de las naciones del Atlántico Norte. El poder económico de estas agencias es tal que el hecho de no ajustarse a sus recomendaciones conlleva importantes penalizaciones en cuanto a créditos y la retirada de la ayuda. El proceso de alineación institucional lleva ahora como nombre el encantador eufemismo de «armonización». Las corporaciones globales son fundamentales asimismo en este proyecto de estandarización, puesto que también ellas prosperan en un entorno cosmopolita, familiar y homogeneizado donde el orden legal, las normativas comerciales, el sistema monetario y

similares son uniformes. Las corporaciones, además, a través de la venta de sus productos y servicios y de la publicidad, trabajan constantemente en la fabricación de consumidores cuyas necesidades y gustos son los que ellas necesitan.

La desaparición de algunas tradiciones locales apenas requiere que mostremos duelo por ellas. Si el modelo estandarizado del ciudadano francés que nos legó la revolución sustituyó formas de servidumbre feudal en las provincias francesas, se trata entonces sin duda de un avance emancipador. Si los avances técnicos tales como las cerillas o las lavadoras automáticas sustituyeron al pedernal y la yesca y al lavadero y la piedra, es indudable que se tradujeron en la disminución del trabajo pesado. Uno no querría saltar en defensa de todas las tradiciones locales y en contra de todos los universales.

Las poderosas agencias de homogeneización, no obstante, no tienen tanta sensibilidad. Su tendencia ha sido la de sustituir prácticamente todas las tradiciones locales con lo que ellas representan como universales, pero recordemos una vez más que, en la mayoría de los casos, se trata de tradiciones noratlánticas travestidas que se hacen pasar por universales. El resultado es una abrumadora reducción de la diversidad cultural, política y económica, una inmensa homogeneización de las lenguas, culturas, sistemas de propiedad, formas políticas y, por encima de todo, de todas las sensibilidades y de los *Lebenswelten* (mundos de la vida) que sustenta todo lo anterior. Uno puede esperar con ansiedad un tiempo futuro, no tan lejano, en el que los empresarios del Atlántico Norte puedan bajar del avión en cualquier lugar del mundo y

encontrar un orden institucional (leyes, códigos comerciales, ministerios, sistemas de tráfico, formas de propiedad y tenencia de tierras de pleno dominio) que les sea muy conocido. ¿Y por qué no? Las formas, en esencia, son las suyas. Solo la cocina, la música, los bailes y los trajes típicos de los indígenas seguirán siendo exóticos y folclóricos... y también totalmente comercializables como producto de consumo.

### III. LA PRODUCCIÓN DE SERES HUMANOS

*El gran camino es largo y tranquilo, pero la gente prefiere los senderos tortuosos.*

TAO TE CHING

#### FRAGMENTO 11.

#### JUEGOS Y LIBERTAD DE ACCIÓN

En el poco prometedor año de 1943 en Copenhague, el arquitecto de una cooperativa residencial de trabajadores danesa en Emdrup tuvo una nueva idea para una zona de juegos infantil. El arquitecto, un paisajista experto que ya había construido muchas zonas de juegos convencionales, observó que la mayor parte de los niños sentían la tentación de renunciar a las limitadas posibilidades de los columpios, balancines, carruseles y toboganes, y preferían ir a buscar emoción en las calles, o se colaban en las obras o en los edificios vacíos donde utilizaban los materiales que encontraban allí para propósitos que inventaban sobre la

marcha. La idea del arquitecto consistía en diseñar una zona de obras sin mobiliario, con arena limpia, gravilla, madera, palas, clavos y herramientas, y dejar que los niños hicieran lo que quisieran. La zona de juegos se hizo inmensamente popular, y pese a que el lugar estaba abarrotado día tras día, las posibilidades eran tan inacabables y absorbentes que había muchas menos peleas y griterío que en la zona de juegos clásica.

El arrollador éxito de la «zona de juegos de aventuras» de Emdrup llevó a intentos de imitarla en otros lugares: «Freetown» en Estocolmo, «The Yard» en Minneapolis, otras «zonas de obras de juguete» en la propia Dinamarca, y espacios de juegos «Robinson Crusoe» en Suiza, donde se les proporcionaba a los niños las herramientas con las que crear sus propias esculturas y jardines.

Poco después de que «The Yard» iniciara su andadura, aparecieron problemas. Una gran parte de la madera y muchas de las herramientas desaparecieron cuando, en la carrera por construir las barracas más grandes con la mayor rapidez posible, hubo quien las acaparó y escondió. Las peleas estallaron y se organizaron asaltos para hacerse con las herramientas y el material. La zona de juegos quedó paralizada, y parecía que los empleados adultos del parque tendrían que hacerse cargo y gestionar la zona de juegos, Pero después de apenas unos pocos días, muchos de los jóvenes, que sabían dónde se encontraba oculto el material acaparado, organizaron una «expedición de rescate» para recuperar los materiales, tras lo cual, organizaron un sistema para compartir las herramientas y la madera. No solo habían resuelto el

problema práctico de asegurarse poder disponer del material que necesitaban, sino que, al hacerlo, crearon algo parecido a una nueva comunidad. Debemos añadir que esta zona de juegos tremendamente popular satisfacía las necesidades creativas de la mayor parte de los niños, aunque no satisficiera en modo alguno los estándares de orden visual y de decoro que los custodios de este tipo de espacios urbanos esperaban. Se trataba de una victoria del orden funcional sobre el orden visual. Y, por supuesto, la forma de la zona de juegos cambiaba a diario, puesto que se destruía y reconstruía continuamente: La zona de juegos de aventuras, escribe Colín Ward:

Es una especie de parábola de la anarquía, una sociedad libre en miniatura, con las mismas tensiones y armonías siempre cambiantes, la misma diversidad y espontaneidad, el mismo aumento no obligado de la cooperación y de la liberación de las cualidades individuales y del sentido comunitario, que yacen latentes.<sup>16</sup>

Recuerdo una visita que hice al proyecto residencial de una ONG en un barrio de chabolas de Bangkok que, esencialmente, utilizaba la misma visión para construir no solo viviendas destinadas a los habitantes de las chabolas sino también un movimiento político a su alrededor. La ONG empezó por convencer a las autoridades municipales de que les donaran una pequeña parcela de tierra en una de las zonas chabolistas. Los organizadores identificaron entonces a no más de cinco o seis familias que quisieran unirse para construir un pequeño

---

16 Colin Ward, *Anarchy in Action*, Freedom Press, Londres, 1988, p. 92. Los ejemplos de las zonas de juegos están extraídos de la introducción al capítulo 10 de la obra de Ward, pp. 89-93.

asentamiento. Los participantes en el proyecto eligieron los materiales, seleccionaron la distribución básica, diseñaron las estructuras y se pusieron de acuerdo en un plan de trabajo común. Todas las familias eran responsables de la misma cantidad de trabajo (que realizaban durante su tiempo libre) a lo largo del período de dos o tres años que duró la construcción. Ninguna de las familias sabía qué sección de las estructuras adosadas ocuparía cuando la obra estuviera acabada, y, por lo tanto, al tener todos el mismo interés en cuidar la calidad, pusieron un gran esmero en todas las fases de la construcción. Los chabolistas también diseñaron una minúscula zona común que quedó integrada en el complejo. Para cuando el edificio fue levantado, ya se había creado y consolidado una estructura de trabajo y de cooperación (aunque, desde luego, no sin tensiones). Ahora las familias tenían una propiedad que defender y que habían construido con sus propias manos y, mientras lo hacían, habían adquirido la práctica de trabajar unidos. Ellos, y otros grupos como ellos, se convirtieron en los nodos institucionales de un movimiento de ocupación que había logrado algo,

El magnetismo de la zona de juegos de Emdrup, que visto en retrospectiva era evidente, emanaba tal vez del hecho de estar abierta a cualquier objetivo, de la creatividad y del entusiasmo de los niños que allí jugaban. La zona de juegos estaba deliberadamente incompleta y su libertad era premeditada. Estaba concebida para ser completada por los impredecibles y cambiantes diseños de sus usuarios. Podría afirmarse que quienes concibieron esta zona de juegos hicieron gala de una radical modestia con relación a lo que ellos sabían sobre lo que pensaban los niños, qué inventarían, cómo trabajarían y cómo

evolucionarían sus esperanzas y sus sueños. Más allá de la premisa de que los niños querían construir, basada en la observación de lo que de verdad interesaba a los niños, y de que necesitaban la materia prima para hacerlo, la zona de juegos era libre y autónoma. La supervisión de los adultos era mínima.

Casi cualquier institución humana puede ser evaluada según este mismo punto de vista. ¿Cuán abierta está a los propósitos y talentos de aquellos que la habitan? Solo hay un cierto número de cosas que se pueden hacer con un columpio o con un balancín, ¡y los niños ya las han explorado todas! En comparación, una obra sin objetivos preconcebidos ofrece un auténtico abanico de posibilidades. Los dormitorios de distribución estándar y pintados todos del mismo color, con literas y pupitres fijados a la pared o al suelo, son estructuras cerradas que se resisten a que los escolares puedan dejar la huella de su imaginación y creatividad. Las habitaciones o apartamentos con particiones movibles, los muebles convertibles y los diferentes sistemas de colores y espacios que pueden ser utilizados para propósitos diversos están, en comparación, más abiertos a la inspiración de sus usuarios. En algunos casos es posible diseñar con la idea de adaptarse a las elecciones de los usuarios. En una importante universidad, se dejó deliberadamente una gran zona cubierta de hierba sin senderos que la cruzaran. Con el tiempo, los movimientos reales de miles de peatones trazaron los senderos, que reflejaban lo que parecía ser necesario, y después fueron pavimentados. Este procedimiento es otra ilustración del adagio de Chuang Tzu, «hacemos el camino al andar».

La prueba de la flexibilidad la constituye el grado hasta el cual la actividad o la institución, su forma, sus propósitos y sus normas, puede ser modificada por los deseos de las personas que se dedican a ella o que la habitan.

Un breve ejemplo que compara monumentos a los caídos en la guerra puede resultarnos útil. El Vietnam Memorial en Washington D.C. es seguramente el monumento más visto de todos los monumentos a los soldados muertos jamás construidos, a juzgar por el número y la intensidad de las visitas que recibe. Creado por Maya Lin, el monumento consiste en una sencilla y ondulante parcela alargada marcada (pero no dominada) por un largo muro bajo de mármol negro en el que están inscritos los nombres de los caídos. De forma intencionada, los nombres no aparecen en orden alfabético, ni tampoco según la unidad militar o el grado, sino más bien cronológico, por el orden en el que cayeron, agrupando así a todos aquellos que cayeron en el mismo día, y con frecuencia en el mismo combate. El monumento no hace ninguna otra importante afirmación sobre la guerra, ni en forma de prosa ni en forma de escultura, un silencio de ningún modo sorprendente, habida cuenta de las profundas divisiones políticas que la guerra de Vietnam todavía suscita. Lo más extraordinario, no obstante, es cómo afecta el Vietnam Memorial a quienes lo visitan, en especial a los que acuden a honrar a un camarada o a un ser querido. Primero, tienen que encontrar el nombre que buscan; después, casi todos suelen acariciar con los dedos el nombre grabado en el muro, hacer calcos en papel o dejar sus propios objetos y recordatorios, cualquier cosa, desde un poema, un zapato de mujer de tacón alto o una copa de champán, hasta una mano de *full* de ases de

una partida de póquer. Tantos homenajes de este tipo se han dejado, que se ha creado un museo independiente para alojarlos. La escena de mucha gente reunida junto al muro, tocando los nombres de sus seres queridos que cayeron en la misma guerra, ha emocionado a los observadores, prescindiendo de cuál pueda ser su postura con respecto a la propia guerra.

En mi opinión, una gran parte del poder simbólico de este monumento radica en su capacidad de honrar a los muertos con una libertad que permite que todos los visitantes dejen en él sus propios y únicos significados, sus propias historias y sus propios recuerdos. Podría decirse que, para completar su significado, el monumento casi exige participación. Aunque a nadie se le ocurriría compararlo con el test de Rorschach, lo cierto es que el monumento, no obstante, alcanza su significado más por lo que le aportan los ciudadanos que por lo que impone el propio monumento. (Un monumento a la guerra auténticamente cosmopolita, por supuesto, incluiría en la lista, junto a los caídos estadounidenses, a todos los civiles y militares muertos en esta guerra, y en el orden en el que cayeron. Este tipo de monumento exigiría un muro que fuera muchas veces más largo que el muro existente.)

Podríamos comparar el Vietnam Memorial a un monumento a la guerra estadounidense muy diferente: la escultura que representa el momento en el que se izó la bandera estadounidense en la cima del monte Suribachi en Iwo Jima durante la segunda guerra mundial. Emotiva por derecho propio, puesto que se refiere al momento final de una victoria lograda a costa de la pérdida de una inmensa cantidad de

vidas, la estatua de Iwo Jima es manifiestamente heroica. Su patriotismo, simbolizado por la bandera, por el tema de la conquista, por su imponente tamaño y por su tema implícito, la unidad en la victoria, deja poco espacio para que el observador añada algo. Dada la práctica unanimidad con la que se ve la segunda guerra mundial en Estados Unidos, no sorprende en absoluto que la estatua en honor de los soldados de Iwo Jima sea monumental y explícita. Aunque no exactamente «falta de originalidad», el monumento a Iwo Jima, en el aspecto simbólico, es más autosuficiente, igual que la mayor parte de los monumentos bélicos. Los visitantes pueden contemplar con reverencia el monumento, mientras admiran una imagen que, gracias a las fotografías y a la escultura, se ha convertido en un icono de la guerra en el Pacífico; ahora bien, los visitantes reciben un mensaje, en lugar de completarlo.

Comparado con la guerra y la muerte, el ejemplo del juego al que hemos recurrido antes puede parecer trivial. Al fin y al cabo, el juego no tiene ningún propósito más allá del placer y del disfrute del propio juego. Solo funciona bien, y es incluso eficaz, mientras quienes están jugando crean que es más divertido que cualquier otra cosa que pudieran estar haciendo. Y sin embargo, el juego es muy instructivo, puesto que, a grandes rasgos, los juegos de este tipo, sin normas ni estructuras preestablecidas, son un asunto sin duda muy serio.

Todos los mamíferos, y más en particular el *Homo sapiens*, parecen pasar una gran cantidad de tiempo dedicados a juegos que aparentemente no tienen ningún propósito. Entre otras cosas, el aparente caos del juego, que incluye inocentes

peleas, contribuye al desarrollo de la coordinación y capacidad física, regulación emocional, capacidad de socializar y de adaptarse, sentido de pertenencia y de señalización social, confianza y capacidad de experimentar. La importancia del juego se manifiesta sobre todo en los catastróficos efectos que tiene eliminar el juego del repertorio de los mamíferos, incluido el *Homo sapiens sapiens*. Si se les niega el juego, los mamíferos no pueden convertirse en adultos felices. Entre los humanos, las personas a quienes se priva del juego son mucho más propensas a desarrollar un comportamiento antisocial violento, a sufrir depresión y a sentir una profunda desconfianza. El fundador del National Institute for the Study of Play, Stuart Brown, empezó a sospechar que el juego tenía una gran importancia cuando se dio cuenta por primera vez de que las personas que mostraban el comportamiento antisocial más violento tenían en común una larga historia de privación del juego. El juego, junto a las otras dos principales actividades que parecen no tener ningún propósito, dormir y soñar, resulta ser fundamental, tanto social como físicamente.

## FRAGMENTO 12.

¡ES IGNORANCIA, ESTÚPIDO!

## INCERTIDUMBRE Y ADAPTABILIDAD

Parece que el concepto de eficacia se opone a la libertad que caracteriza al juego. Una vez ha quedado perfectamente

definido el propósito de una actividad, fabricar automóviles, vasos de papel, madera laminada o bombillas, a menudo suele parecer que solo hay un modo eficaz de llevarla a cabo, al menos en las condiciones vigentes. Si el entorno de trabajo de una institución o factoría se mantiene repetitivo, estable y predecible, un conjunto de procedimientos rutinarios preestablecidos podría llegar a demostrar ser de una eficacia excepcional y, por fuerza, cerrado.

Esta visión de «eficacia» es deficiente en, al menos, dos aspectos.

El primero, y el más evidente, es que en la mayoría de las economías y de los asuntos humanos en general, este tipo de condiciones estáticas son la excepción más que la regla y, cuando las condiciones cambian de forma apreciable, lo más probable es que se demuestre que estos procedimientos repetitivos carecen de capacidad de adaptación. Cuanto mayor sea el repertorio de aptitudes que tenga el trabajador, y cuanto mayor sea su capacidad de ampliar dicho repertorio, tanto mayor será su capacidad de adaptación a un entorno de trabajo impredecible, y, por extensión, tanto mayor será sin duda también la capacidad de adaptación de una institución compuesta por este tipo de individuos capaces de adaptarse. La adaptabilidad y la amplitud ejercen la función de póliza de seguro personal e institucional frente a un entorno incierto. Podría sostenerse que esta era, en un sentido más amplio, la única y la mayor ventaja que tuvo el *Homo erectus* sobre sus competidores primates: su impresionante capacidad de adaptarse a un entorno caprichoso y, al final, de actuar sobre dicho entorno.

Un breve artículo sobre nutrición publicado en la sección de salud del periódico de mi universidad me hizo comprender de un modo práctico la importancia de la adaptabilidad y de la amplitud. El artículo observaba, de forma bastante razonada, que, en los últimos quince años, la investigación científica había descubierto una gran cantidad de nutrientes que ahora se consideraban esenciales para gozar de buena salud. Hasta aquí, muy bien. Después, hacía una observación que creí original (y que parafraseo aquí): «esperamos», continuaba el artículo, «que en los próximos quince años descubriremos muchos elementos nuevos y esenciales para la dicha cuya existencia todavía no conocemos». «A la luz de esto», seguía, «el mejor consejo que podemos darle al lector es que incluya en su dieta la mayor variedad de alimentos posible, con la esperanza de que así queden incluidos en ella.» He aquí, por lo tanto, un consejo que se fundamenta en el postulado de nuestra ignorancia del futuro.

La segunda deficiencia incrustada en el concepto estático de la eficacia es que prescinde por completo del hecho de que la eficacia de cualquier proceso que involucre el trabajo humano depende de lo que tolerarán los trabajadores. La planta de montaje de la General Motors en Lordsville, Ohio, cuando fue construida, era una obra maestra en materia de cadenas de montaje. Las operaciones de la cadena de montaje habían sido divididas en miles de procedimientos diferentes, y todo el proceso era un modelo de la eficacia fordista. Las naves estaban bien iluminadas y ventiladas, el suelo se mantenía escrupulosamente limpio, había hilo musical para contrarrestar el ruido mecánico, y las pausas en el trabajo estaban programadas. También, en el nombre de la eficacia, era la línea

de montaje más rápida jamás concebida, y exigía un ritmo de trabajo sin precedentes. Los trabajadores se resistieron a la cadena de montaje y encontraron modos de detenerla, pequeños e indetectables actos de sabotaje. Impulsados por la frustración y el enfado, averiaron muchas piezas, hasta que el porcentaje de piezas defectuosas que necesitaban ser sustituidas se incrementó de forma vertiginosa. Al final, fue necesario diseñar de nuevo la cadena de montaje y disminuir la velocidad a un ritmo humano. En lo que concierne a nuestro propósito, lo fundamental aquí es que la resistencia de los trabajadores a la velocidad inhumana de la cadena de montaje es lo que hizo ineficaz el diseño. En la economía neoclásica no existe un concepto de eficacia laboral que no presuponga implícitamente unas condiciones de trabajo que la mano de obra acepte y tolere. Si los trabajadores se niegan a conformarse a la disciplina del plan de trabajo, pueden, con sus acciones, invalidar dicha eficacia.

## FRAGMENTO 13.

### PHB: EL PRODUCTO HUMANO BRUTO

¿Y qué pasaría si planteáramos otro tipo de pregunta sobre las instituciones y actividades, una que no fuera la clásica y rígida pregunta neoclásica de cuán eficientes son dichas instituciones y actividades con relación al coste (es decir, recursos, mano de obra, y capital) por unidad de un producto dado y específico? ¿Y qué pasaría si preguntáramos qué tipo

de personas engendraría una determinada actividad o institución? Quiérase o no, cualquier actividad o institución que podamos imaginar, sin importar cuál sea su propósito manifiesto y declarado, también transforma a las personas.

¿Qué pasaría si decidiéramos dejar en un segundo plano el propósito manifiesto de una institución y la eficacia con la que se consigue dicho propósito y preguntáramos cuál es su producto humano? Hay muchas formas de evaluar los resultados humanos de las instituciones y de las actividades económicas, y es poco probable que pudiéramos concebir un instrumento de medida completo y convincente de, pongamos por caso, el PHB, producto humano bruto, que fuera comparable al PIB, producto interior bruto que los economistas miden en unidades monetarias.

Si, sin arredrarnos ante estas dificultades, decidiéramos intentarlo, podríamos, creo, identificar dos posibles enfoques: uno que pudiera calibrar en qué medida el proceso de trabajo amplía la capacidad y la competencia humanas, y un segundo que fundamentara la evaluación en la valoración de los propios trabajadores de su propia satisfacción. El primero puede medirse, al menos en principio, en términos ordinales de «más o menos».

¿Qué pasaría si le aplicáramos a la cadena de montaje industrial los criterios para medir la capacidad y la competencia humanas? Después de pasar cinco o diez años en la cadena de montaje de Lordsville, en River Rouge, ¿cuáles son las probabilidades de que la capacidad y la competencia técnica de un trabajador se hubieran incrementado de forma

significativa? Apenas ninguna. De hecho, el objetivo final del análisis del proceso de fabricación (tiempo y movimiento) tras la división del trabajo en la cadena de montaje era el de dividir el proceso de trabajo en miles de minúsculos procedimientos que pudieran ser aprendidos con facilidad. Estaba deliberadamente concebido para eliminar el conocimiento y la destreza artesanal, y el poder que dicho conocimiento y destreza les confería a los obreros y que había caracterizado a la época de la construcción de carruajes. La cadena de montaje se basaba en la premisa de una plantilla estandarizada y sin formación en la que una «mano» podía ser sustituida por cualquier otra sin ningún problema. En otras palabras, dependía de lo que uno podría legítimamente describir como la «estupidización» de la mano de obra. Si por un casual un obrero ampliaba su capacidad y sus conocimientos técnicos, o bien lo hacía durante su tiempo libre o bien, algo que no deja de ser perverso, lo hacía ingeniando astutas estrategias para frustrar las intenciones de la dirección, y eso es lo que ocurrió en Lordsville. No obstante, si estuviéramos puntuando el trabajo de la cadena de montaje según el grado en el que sirviera para incrementar la capacidad, las aptitudes y el conocimiento humanos, recibiría un suspenso, sin importar su grado de eficacia en la producción de automóviles. Hace más de un siglo y medio, Alexis de Tocqueville, comentando el ya clásico ejemplo de Adam Smith con respecto a la división del trabajo, se hizo la pregunta esencial: «¿Qué podemos esperar de un hombre que ha pasado veinte años de su vida fabricando cabezas de alfiler?».<sup>17</sup>

---

17 Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, trad. al inglés de George Lawrence, Harper-Collins, Nueva York, 1988, p. 555 [hay trad. cast.: *La democracia en América*,

En economía existe un concepto denominado «renta de Hicks», que lleva el nombre del economista británico John Hicks. Dicho concepto representaba una primera versión de la economía del bienestar, en la que la renta de Hicks se incrementaba solo si los factores de producción, tierra y mano de obra en particular, no se degradaban durante el proceso. Si se degradaban, significaba que el siguiente ciclo de producción empezaría con factores de producción de calidad inferior. Por lo tanto, si una técnica de producción agrícola agotaba los nutrientes del suelo (en ocasiones denominado en inglés *soil mining*), dicha pérdida se reflejaría en la disminución de la renta de Hicks. De igual modo, se le podrían achacar, hasta este punto, las pérdidas en la renta de Hicks a cualquier forma de producción, por ejemplo la cadena de montaje, que degrade el talento y la capacidad de la mano de obra. Lo contrario también es aplicable. Las prácticas de cultivo que incrementaran sistemáticamente los nutrientes del suelo y mejoraran la condición de la tierra cultivable, o las prácticas de producción que ampliaran las aptitudes e incrementaran los conocimientos de los trabajadores, se reflejarían en un incremento de la renta de Hicks del agricultor o de la empresa. Los cálculos de Hicks incorporaban un factor que los economistas del bienestar denominan externalidades positiva o negativa, aunque, por supuesto, en muy escasas ocasiones aparecen en los beneficios netos de una empresa.

El término «capacidad» tal como lo hemos utilizado aquí puede ser comprendido de forma restringida o amplia. Considerado de forma restringida con relación a, por ejemplo,

los obreros de una planta de producción de automóviles, podría referirse a cuántas «posiciones» en la cadena de montaje han ocupado los trabajadores, si han aprendido a fijar remaches, a soldar, a realizar ajustes de tolerancia y procedimientos similares. En su sentido amplio, puede referirse a si han recibido formación y si han obtenido las cualificaciones necesarias para ocupar un puesto de trabajo que exija más conocimientos técnicos o de gestión, si han adquirido experiencia cooperativa en la organización del propio proceso de trabajo, si se ha fomentado su creatividad, si han aprendido las técnicas de negociación y de representación en el trabajo. Si sometiéramos la cadena de montaje al examen que evalúa la capacidad ampliada de la ciudadanía democrática, quedaría patente que la cadena de montaje es un entorno intensamente autoritario donde las decisiones las toman los ingenieros y donde se espera que las unidades sustituíbles de la plantilla hagan el trabajo que tienen asignado de forma más o menos mecánica. Nunca funciona exactamente así, pero esta es la lógica inherente a la cadena de montaje. La cadena de montaje como proceso de trabajo arrojaría un «producto democrático neto» negativo.

¿Qué pasaría si hiciéramos las mismas preguntas sobre la escuela, la institución pública de socialización más importante para los jóvenes en la mayor parte del mundo? La pregunta es aún más pertinente a la luz del hecho de que la escuela pública fue inventada más o menos al mismo tiempo que la gran factoría bajo un único techo, y que las dos instituciones guardan un extraordinario parecido. La escuela era, en cierto sentido, una factoría en la que se impartía la formación básica en los conocimientos mínimos necesarios de cálculo y lectura

en una sociedad en vías de industrialización. El personaje de Gradgrind (cuyo nombre significa «triturador de notas»), la caricatura de un director de escuela calculador y amenazante que hace Charles Dickens en *Tiempos difíciles*, tiene el propósito de recordarnos la factoría: sus métodos de trabajo, su disciplinada rigidez en el empleo del tiempo, su autoritarismo, su reglamentado orden visual, y, sobre todo, la desmoralización y la resistencia de sus diminutos y jóvenes obreros.

La educación pública universal está, por supuesto, concebida para hacer mucho más que limitarse a producir la mano de obra que necesita la industria. Es una institución igual de política que económica. Está concebida para producir un ciudadano patriótico cuya lealtad a la nación triunfe sobre las identidades regionales y locales, el idioma, la etnia y la religión. La ciudadanía universal de la Francia revolucionaria tuvo su contrapartida en el servicio militar obligatorio universal. La fabricación de este tipo de ciudadanos patrióticos a través del sistema educativo se consiguió menos a través del programa de estudios manifiesto que a través del idioma vehicular de instrucción, de la estandarización, y de las lecciones implícitas en materia de reglamentación, autoridad y orden contenidas en dicho sistema.

El sistema moderno de enseñanza primaria y secundaria ha sido muy modificado por las cambiantes teorías pedagógicas y, más especialmente, por la abundancia y por la propia «cultura juvenil», pero es indudable que tiene sus orígenes en la factoría, si no incluso en la prisión. La educación universal obligatoria, por muy democratizadora que pueda ser en cierto

sentido, también ha significado que, salvo escasas excepciones, la presencia de los alumnos es obligatoria. El que la asistencia a clase no sea una elección, que no sea un acto autónomo, significa que el sistema parte de un error fundamental como institución obligatoria, con toda la alienación que conlleva esta coacción, en especial en la época de crecimiento de los niños.

La gran tragedia del sistema de educación pública, no obstante, radica en que es, sobre todo, una factoría que produce un único producto. Lo único que han conseguido los esfuerzos de las últimas décadas por estandarizar, medir, examinar y exigir responsabilidades ha sido exacerbar esta tendencia. En el caso de los alumnos, profesores, directores de escuela y distritos escolares enteros, los incentivos resultantes han tenido el efecto de desviar todos los esfuerzos a la producción y modelado de un producto estándar que satisfaga los criterios establecidos por los auditores.

¿Cuál es este producto? Es una cierta forma de inteligencia analítica, de concepción muy estrecha y que, se supone, puede ser medida mediante exámenes. Sabemos, por supuesto, que los seres humanos tenemos muchas competencias que son valiosas e importantes para el buen funcionamiento de una sociedad y que no están relacionadas ni de lejos con la inteligencia analítica, como pueden ser entre otras el talento artístico, la inteligencia imaginativa, la inteligencia mecánica (el tipo de inteligencia que los primeros trabajadores de Ford llevaron consigo desde sus granjas), las aptitudes musicales y para la danza, la inteligencia creativa, la inteligencia emocional, las habilidades sociales y la inteligencia ética.

Algunas de estas aptitudes encuentran un lugar en las actividades extraescolares, en especial los deportes, pero no en las actividades que se miden y califican con notas y de las que ahora tanto dependen los alumnos, los profesores y las escuelas. Esta nivelación monocromática de la educación alcanza algo parecido a una apoteosis en sistemas educativos como los que se aplican en Francia, Japón, China o Corea, donde el ejercicio culmina en un único examen del que dependen fundamentalmente la futura movilidad y las oportunidades en la vida de una persona. Aquí, la lucha por conseguir ingresar en las escuelas que tienen mejor reputación, por conseguir horas extras de enseñanza particular y por asistir a cursos especiales acelerados que preparan dicho examen se pone al rojo vivo.

No deja de ser una gran ironía que yo, que escribo esto, y cualquier persona que esté leyéndolo, seamos los beneficiarios, los vencedores, de esta feroz y competitiva lucha. Me recuerda una pintada que vi en una ocasión en un baño de Yale. Alguien había escrito: «Recuerda que aunque ganes esta carrera de ratas ¡sigues siendo una rata!». Debajo, una mano diferente había garabateado una réplica: «Sí, pero eres un ganador».

Los que hemos «ganado» esta carrera somos los beneficiarios de por vida de oportunidades y privilegios que de otro modo no se nos habrían presentado. También es posible que de esta victoria se deriven durante toda nuestra vida la sensación de pertenencia, de superioridad, de haber conseguido algo, y de autoestima. Pongamos entre paréntesis, de momento, la cuestión de si este dividendo está justificado y

de lo que realmente significa con relación al valor que nos damos a nosotros mismos y que nos dan los otros, y limitémonos a observar que representa un fondo de capital social que ajusta radicalmente a nuestro favor las posibilidades de movilidad económica y social. Se trata de un privilegio vitalicio que se extiende, como mucho, a tal vez la quinta parte de todos los ciudadanos que produce nuestro sistema.

¿Y qué pasa con el resto? ¿Qué pasa con, digamos, el 80 por 100 de los que a todos los efectos pierden esta carrera? Llevan consigo un capital social menor, y las probabilidades se ajustan en su contra. Tal vez el hecho de que tienen probabilidades de cargar el resto de su vida con la sensación de haber sido derrotados, de ser menos valorados, y de pensar que son inferiores y torpes sea igual de importante. Este sistema ajusta todavía más las probabilidades en su contra. Y sin embargo, ¿tenemos motivos racionales para darle crédito a los juicios de un sistema que valora solo una parte tan restringida de los talentos humanos y que mide el éxito, entre los estrechos límites de este ancho de banda, solo por la capacidad de aprobar un examen?

Las personas que obtienen bajas calificaciones en los exámenes que evalúan la inteligencia analítica pueden estar dotadas de un increíble talento en una o más de las muchas formas de inteligencia que el sistema educativo no enseña ni valora. ¿Qué tipo de sistema es este que desperdicia estos talentos, que hace que las cuatro quintas partes de sus estudiantes salgan de él con un estigma permanente a ojos de los guardianes de la sociedad, y tal vez también a los suyos propios? ¿Se merecen tanto daño y despilfarro social los

dudosos beneficios de los privilegios y oportunidades que esta visión pedagógica tan estrecha de miras concede a una supuesta «élite de la inteligencia analítica»?

## FRAGMENTO 14.

### UN CENTRO DE ATENCIÓN A LA TERCERA EDAD

Un escalofriante encuentro con un centro de «atención» a la tercera edad hace veinte años me dejó sobrecogido. Dos de mis tías, ambas viudas y sin hijos vivos, estaban viviendo en una residencia de la tercera edad en West Virginia, no lejos de la escuela en la que habían enseñado. Era una residencia pequeña para unas veinte mujeres, de las que se esperaba que fueran capaces de vestirse solas y de caminar sin ayuda hasta el comedor común. Mis tías tenían alrededor de ochenta y cinco años, y una de ellas, tras sufrir una caída poco tiempo antes, había ingresado en un hospital, una estancia que se prolongó porque antes de regresar a la residencia tenía que demostrar que era capaz de caminar sin ayuda.

Se dieron cuenta de que, al estar cada vez más frágiles, tendrían que dejar esa residencia e ingresar en un centro de convalecencia que ofreciera cuidados más intensivos, y por eso, mis tías me pidieron a mí, su pariente más cercano de la siguiente generación, que visitara y examinara residencias

geriátricas a fin de ayudarles a escoger la mejor asistencia que podían permitirse.

Llegué un viernes, y cuando me senté a cenar con ellas en su residencia el sábado, había visitado dos centros que parecían adecuados, aunque uno de ellos parecía más agradable y más limpio, al ser menos intenso ese olor que impregna incluso las mejores residencias. Deseoso de saber lo que los propios residentes opinaban del lugar, había llevado a cabo una especie de encuesta informal yendo de habitación en habitación, presentándome, explicando la situación de mis tías y escuchando lo que los residentes tenían que decir. Las evaluaciones habían sido muy positivas; los ancianos habían alabado los cuidados que recibían, la atención del personal y las actividades semanales y pequeñas salidas que se les permitían.

Me puse en marcha el domingo para añadir otras dos residencias cercanas al paquete, esperando poder haber visitado un total de seis antes de tomar el avión de regreso. Aquella mañana empecé, igual que había hecho el sábado, hablando primero con el personal y después con los residentes. En la planta más cercana a la zona de recepción parecía haber solo una enfermera, que me acompañó a visitar las instalaciones y que me iba explicando sobre la marcha lo que veíamos. Una vez finalizada la visita, le dije que me gustaría hablar con algunos de los residentes, y ella, sabiendo que estaba buscando una plaza para mis tías, me llevó en primer lugar a una habitación compartida por dos hermanas que habían llegado juntas el año anterior.

Tras presentarme y explicarles por qué quería conocer su experiencia, escuché cómo alababan el cuidado que recibían con animación y un cierto entusiasmo. «Otro lugar adecuado», empecé a pensar. En ese preciso momento, pudo oírse el timbre del teléfono en la distancia que sonaba en el despacho de las enfermeras. La enfermera se excusó y, explicando que los domingos siempre estaban un poco escasos de personal, corrió hacia el vestíbulo para contestar el teléfono. En el mismo momento en que se encontró fuera del alcance del oído, una de las hermanas se puso el dedo sobre los labios y, con gran amargura, me dijo «haga lo que haga, ¡no envíe aquí a sus tías!», «nos tratan fatal». «Si nos quejamos de algo o pedimos más ayuda, nos gritan y nos hacen callar.» Me explicaron que algunos miembros del personal retrasaban sus baños o tardaban en llevarles la comida o sus efectos personales si las ancianas hacían algo que les molestaba de un modo u otro. En ese momento, se oyeron los pasos de la enfermera que se acercaba a la habitación, una de las hermanas puso el dedo sobre los labios otra vez y cuando la enfermera entró, habíamos retomado una conversación inocua.

Tras salir y subirme al coche para ir a inspeccionar una cuarta residencia, caí en la cuenta de que acababa de presenciar el funcionamiento de un régimen de terror de bajo nivel. A juzgar por esa experiencia, los residentes, siempre dependientes del personal para sus necesidades más básicas, tenían miedo de decir cualquier cosa que no fuera lo que el personal esperaba de ellos, de lo contrario podían ser castigados. Mis tías, en especial la profesora de inglés y de debate con complejo de Napoleón, no llevarían demasiado bien este régimen. También

me di cuenta de que, hasta ese último incidente, en todas las ocasiones había hablado con los residentes en presencia de un miembro del personal que estaba siempre conmigo. A partir de aquel momento, cuando visité las cuatro residencias que todavía tenía en mi lista, insistí en que me dejaran visitar a solas la mayor parte de las instalaciones y hablar con los residentes que encontrara. Si se negaban a ello, como ocurrió en tres de las cuatro residencias, me marchaba de inmediato.

Al final, encontré otras razones sobre las que basar la elección de residencia. En uno de los centros, cuando explique que mis tías eran profesoras, la jefa de enfermeras me preguntó quiénes eran y entonces exclamó: «¡Oh! ¡La señorita Hutchinson! Me acuerdo de ella, fue mi profesora de inglés en el instituto. Era estricta, pero recuerdo que solía invitarnos a todos a su granja en Sandyville». Me pareció que mientras mi tía siguiera siendo la «señorita Hutchinson, nuestra profesora de inglés» y no solo una frágil anciana anónima, tenía motivos para esperar que recibiera un cuidado más atento y más personal que, en condiciones ideales, se extendiera también a su compañera de habitación y hermana. Solo esperaba que el complejo de Napoleón de mi tía Elinore no fuera tan memorable como para que su antigua alumna quisiera convertir su estancia en la residencia en una Santa Helena.

Lo que me pareció tan desmoralizante fue imaginar que mis dos tías, que durante mucho tiempo habían sido destacadas figuras de poder y autoridad, pudieran quedar reducidas en la última etapa de su vida a este tipo de servilismo, temor y silencio. Tampoco podía hacer caso omiso del tono tan infantil que utilizaba el sobrecargado personal de los centros para

dirigirse a los ancianos a los que cuidaban: «Venga, cariño. Es hora de que te tomes las pildoritas como una niña buena».

No resulta difícil imaginar lo rápida y completamente que las condiciones de esta absoluta y abyecta dependencia para las necesidades corporales más básicas de un personal mal pagado y agobiado por el exceso de trabajo pueden inducir una «personalidad institucional», y cómo la infantilización puede llegar a producir niños ancianos. La residencia de ancianos, no demasiado diferente de la prisión, el claustro, o los barracones, es algo así como una institución «total» de un poder tan aplastante que las presiones para adaptarse a sus normas institucionales son casi irresistibles.

## FRAGMENTO 15.

### ENFERMEDADES DE LA VIDA INSTITUCIONAL

La mayor parte de nuestra vida transcurre en instituciones: de la familia a la escuela, al ejército y a la empresa. Estas instituciones les dan forma a nuestras expectativas, a nuestra personalidad y a nuestra rutina diaria en un grado bastante considerable. Una vez reconocido que estas instituciones son variadas y que no son estáticas, ¿podemos, aun así, decir algo sobre los efectos acumulados de este tipo de instituciones al darnos forma?

Yo creo que sí podemos, aunque sea de forma sencilla e

improvisada. Lo primero que debemos observar es que, desde la revolución industrial y la urbanización precipitada, una gran parte de la población, y el número sigue creciendo a pasos agigantados, se ha quedado sin propiedades y dependiente para su supervivencia de grandes organizaciones jerárquicas. Y aunque es muy posible también que la economía doméstica del pequeño granjero, agricultor o comerciante se haya visto igual de afectada por la pobreza y sufra la misma inseguridad que la de los proletarios, lo cierto es que estaba mucho menos sometida a la disciplina cotidiana y directa de gestores, jefes y capataces. Incluso el aparcerero, sometido a los caprichos del propietario de su parcela, o el minifundista, muy endeudado con el banco o con los prestamistas, podía controlar su día de trabajo: cuándo sembrar, cómo cultivar, y cuándo cosechar y vender. Compárese con el obrero de la fábrica ligado al reloj desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, atado al ritmo de la máquina y bajo el estrecho control de personas o mecanismos electrónicos. Incluso en las industrias de servicios, el ritmo, la regulación y el control del trabajo sobrepasan con mucho lo que experimentaba el pequeño comerciante independiente en materia de supervisión minuciosa.

Lo segundo que debemos observar es que estas instituciones, salvo muy escasas excepciones, están intensamente jerarquizadas y que, en general, suelen ser autoritarias. Podría decirse que la formación en los hábitos jerárquicos empieza, tanto en las sociedades agrarias como en las industriales, en la familia patriarcal. Si bien el autoritarismo de las estructuras familiares en las que se trata a niños, mujeres y sirvientes como si fueran propiedad personal del cabeza de familia ha disminuido, la familia patriarcal se mantiene boyante, y no

podría describirse precisamente como un centro de formación en autonomía e independencia, excepto, tal vez, en el caso del cabeza de familia. A lo largo de la historia, la familia patriarcal fue siempre más bien una formación en servidumbre para la mayoría de sus miembros y un campo de formación en el autoritarismo para los cabezas de familia varones e hijos varones que se formaban en la jefatura familiar. Cuando la experiencia de la servidumbre en el seno de la familia se ve reforzada por una vida laboral adulta que transcurre en su mayor parte en entornos autoritarios que merman todavía más la autonomía e independencia del trabajador, las consecuencias para el PHB son deprimentes.

En una democracia, los efectos sobre la calidad de la ciudadanía de una vida vivida en su mayor parte en condiciones de sumisión son lamentables y no auguran nada bueno. ¿Es razonable imaginar que alguien que vive sometido la práctica totalidad del tiempo y que ha adquirido los hábitos de supervivencia y de autodefensa en este tipo de entorno pueda convertirse de repente, en una asamblea local, en un modelo de soberanía individual, de pensamiento independiente y dispuesto a correr riesgos? ¿Cómo puede uno pasar directamente de lo que suele ser una dictadura en el trabajo a la práctica de la ciudadanía democrática en la esfera cívica? Es indudable que los entornos autoritarios configuran la personalidad de formas muy penetrantes. En un experimento que se hizo famoso, Stanley Milgram descubrió que la mayoría de los sujetos, si las autoridades en bata blanca les ordenaban hacerlo, administraban lo que ellos creían que eran intensas descargas eléctricas que podían incluso poner en peligro la vida de los otros participantes en el experimento. Y Philip

Zimbardo, en un experimento psicológico, descubrió que los sujetos a quienes se les había asignado el papel de carceleros tardaban tan poco en abusar de su poder que el experimento tuvo que ser cancelado antes de hacer más daño.<sup>18</sup>

Más en general, filósofos políticos tan diversos como Étienne de la Boétie o Jean-Jacques Rousseau sintieron una gran preocupación por las consecuencias políticas de la jerarquía y de la autocracia. Creían que este tipo de entornos creaban personalidades de súbditos más que de ciudadanos. Los súbditos aprendían los hábitos de la deferencia, eran aptos para darles coba a sus superiores y adoptar un tono de servilismo, disimulando cuando era necesario, y en muy raras ocasiones aventurándose a formular una opinión independiente, y menos aún, controvertida. Su comportamiento, en general, era cauto, y si tal vez tenían opiniones propias, o incluso subversivas, se las guardaban para sí, evitando los actos públicos que dejaran patente que tenían criterio propio o que se marcaban su propio rumbo moral.

Bajo las formas más rígidas de «institucionalización» (el término en sí mismo ya es definitorio), tales como prisiones, manicomios, orfanatos, centros de trabajo<sup>19</sup> para pobres,

---

18 Stanley Milgram, *Obedience to Authority: An Experimental View*, Harper-Collins, Nueva York, 1974. Hay trad. cast.: *Obediencia a la autoridad: un punto de vista experimental*, trad.: J. Goitia Gorritxo, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1980]; Philip G. Zimbardo, *The Lucifer Effect: Good People Turn Evil*. Random House, Nueva York, 2008. Hay trad. cast.: *El efecto Lucifer: el porqué de la maldad*, trad.: G. Sánchez Barberán, Paidós Ibérica, Barcelona, 2008.

19 El centro de trabajo para pobres, workhouse en inglés, fue una institución británica aparecida a mediados del siglo XVII. En sus centros se acogía a los pobres y se les daba cama, comida, atención médica y educación a los niños a cambio de trabajos que estaban obligados a realizar. (N. de la t.)

campos de concentración y residencias de ancianos, aparece un trastorno de la personalidad que en ocasiones se ha denominado «neurosis institucional». Se trata de la consecuencia directa de la propia institucionalización a largo plazo. Quienes padecen este trastorno son personas apáticas, carentes de iniciativa, que muestran una pérdida generalizada de interés por su entorno, no hacen planes, y carecen de espontaneidad. Es posible que los que mandan los vean bajo una luz favorable, puesto que estos sujetos institucionales cooperan y no crean problemas, y se adaptan bien a las rutinas institucionales. En los casos más graves, pueden infantilizarse y adoptar una postura y actitud características (en los campos de concentración nazis, este tipo de prisioneros, al borde de la muerte debido a las privaciones, eran llamados por el resto de presos *Musselmanner*), y convertirse en personas aisladas en sí mismas e inaccesibles. Estos son los efectos institucionales que producen la privación del contacto con el mundo exterior, la pérdida de amigos y posesiones, y la naturaleza del poder que tiene el personal de estos centros sobre ellos.

La pregunta que quiero plantear es la siguiente: ¿son las características autoritarias y jerárquicas de la mayor parte de las instituciones contemporáneas del mundo moderno, familia, escuela, factoría, oficina, obra, las que producen una débil forma de neurosis institucional? En un extremo del *continuum* institucional, uno puede situar las instituciones totales que destruyen de forma rutinaria la autonomía y la iniciativa de sus sujetos. En el otro extremo de este *continuum* se halla, quizá, alguna versión ideal de la democracia jeffersoniana, compuesta por granjeros y agricultores minifundistas independientes, autosuficientes, gestores de sus propias

pequeñas empresas, responsables solo ante sí mismos, libres de deuda, y más en general, sin ninguna razón institucional por la que mostrarse serviles o deferentes. Jefferson creyó que este tipo de granjeros, agricultores y pequeños empresarios independientes constituían la base de una esfera pública vigorosa e independiente en la que los ciudadanos podían decir lo que pensaban sin temor ni favor. En algún punto entre estos dos polos se encuentra la situación contemporánea de la mayoría de los ciudadanos de las democracias occidentales: una esfera pública relativamente libre, pero una experiencia institucional cotidiana que se contradice con las presunciones implícitas tras esta esfera pública y que alienta, y a menudo recompensa, la cautela, la deferencia, el servilismo y el conformismo. ¿Engendra esto una forma de neurosis institucional que socava la vitalidad del diálogo cívico? Y, en términos más generales, ¿producen los efectos acumulados de la vida en el seno de la familia patriarcal, del estado y de otras instituciones jerárquicas un sujeto más pasivo que carece de la capacidad espontánea para el mutualismo, tan alabada por los teóricos tanto anarquistas como demócratas liberales?

Si la respuesta a ambas preguntas es afirmativa, entonces una tarea urgente de la política pública es la de fomentar las instituciones que amplíen la independencia, la autonomía y las capacidades de la ciudadanía. ¿Cómo es posible ajustar el mundo institucional en el que viven los ciudadanos de modo que esté en una mayor armonía con la capacidad para ejercer la ciudadanía democrática?

## FRAGMENTO 16.

### UN MODESTO EJEMPLO CONTRAINTUITIVO: ELIMINACIÓN DE LOS SEMÁFOROS

La regulación de la vida diaria es tan omnipresente y está tan incrustada en nuestras expectativas y rutinas que pasa casi desapercibida. Tomemos el ejemplo de los semáforos en las intersecciones. Inventado en Estados Unidos tras la primera guerra mundial, el semáforo sustituyó el buen juicio del técnico de tráfico en el toma y daca mutuo que había predominado desde siempre entre peatones, carros, vehículos de motor y bicicletas. El propósito del semáforo era el de evitar los accidentes mediante la imposición de un plan de coordinación sistematizado. El resultado ha sido muy a menudo la escena de Neubrandenburg descrita al principio de este libro: grandes grupos de gente esperando pacientemente a que el semáforo cambiara de color pese a ser más que evidente que no circulaba ningún tipo de tráfico en absoluto. Todas estas personas habían adquirido el hábito de dejar en suspenso su criterio independiente, o tal vez su comportamiento se debía al temor cívico de las consecuencias últimas que pudiera tener ejercer dicho criterio independiente en contra del orden electrónico legal dominante.

¿Qué ocurriría si no existiera ningún orden electrónico en la intersección, y si los conductores, motoristas y peatones tuvieran que aplicar su propio criterio independiente? Desde 1999, empezando en la ciudad de Drachten, en los Países

Bajos, esta suposición ha sido puesta a prueba con unos resultados asombrosos que han llevado a una oleada de «eliminaciones del semáforo rojo» por toda Europa y Estados Unidos.<sup>20</sup> Tanto el razonamiento tras esta iniciativa política de pequeña envergadura como sus resultados son, en mi opinión, representativos de otros intentos de mayor envergadura de crear instituciones que amplíen el ámbito de aplicación del criterio independiente y que desarrollen las capacidades.

Hans Monderman, el técnico de tráfico que en el año 2003 se enfrentó a la lógica vigente y el primero en sugerir la eliminación de los semáforos en Drachten, se dedicó más tarde a promover el concepto de «espacio compartido» que arraigó rápidamente en Europa. Monderman empezó observando que, cuando un fallo eléctrico inutilizaba los semáforos, el resultado era la mejora del tráfico, y no los atascos. A modo de experimento, sustituyó el semáforo de la intersección de tráfico más intenso de Drachten, por la que circulaban 22.000 coches al día, por una rotonda, la prolongación de un carril-bici y una zona peatonal. En los dos años que siguieron a la retirada del semáforo, el número de accidentes descendió a solo dos, en lugar de los 36 choques en los cuatro años anteriores.

El tráfico circula con mayor fluidez por la intersección cuando todos los conductores saben que deben permanecer atentos y utilizar su sentido común, mientras que los embotellamientos y la agresividad que se les asocia casi han desaparecido. Monderman lo comparó con los patinadores en una pista de hielo abarrotada que consiguen adaptar sus movimientos a los

---

20 Véase por ejemplo, <http://www.telegraph.co.uk/news/uknews/1533248/is-rhIs-the-end-of-the-road-for-traffic-lights.html>.

de los otros patinadores. También creía que un exceso de señalización llevaba a los conductores a apartar la mirada de la carretera, y que, de hecho, contribuía a aumentar la peligrosidad de los cruces.

En mi opinión, la eliminación de los semáforos puede ser vista como un modesto ejercicio de entrenamiento en conducción responsable y cortesía cívica. Monderman no se oponía por principio a los semáforos, simplemente no le parecía que en Drachten fueran útiles de verdad en cuanto a la seguridad, a la mejora de la circulación del tráfico rodado y a la disminución de la contaminación. La rotonda parece peligrosa, y ésta es precisamente la cuestión. Monderman sostenía que cuando «se fuerza a los conductores a ser más precavidos en su manera de conducir, se comportan con más prudencia», y las estadísticas de los accidentes «posteriores a la eliminación del semáforo» confirman su teoría. Al tener que compartir la carrerera con otros usuarios y no contar con la coordinación obligatoria impuesta por los semáforos, el contexto exige que se le preste atención, una atención inducida por la ley que, en caso de accidentes en los que la culpa resulta difícil de determinar, declara presunto culpable al «más fuerte» (es decir, culpa al conductor de un automóvil y no al ciclista, y al ciclista en lugar de al peatón).

El concepto de espacio compartido en la gestión del tráfico depende de la inteligencia, del sentido común y de la observación atenta de los conductores, motoristas, ciclistas y peatones. Al mismo tiempo, podría decirse que, a su modo, desarrolla las aptitudes y la capacidad de conductores, motoristas, ciclistas y peatones de circular entre el tráfico sin

ser tratados como autómatas por montones de imperiosas señales de tráfico (solo en Alemania, existen 648 señales de tráfico reglamentarias, que se van acumulando según uno se acerca a una ciudad). Monderman creía que cuanto más numerosas eran las prescripciones, tanto más se incitaba a los conductores a buscar la máxima ventaja en el marco de las reglas: exceso de velocidad entre señales, acelerar para pasar en ámbar, evitar todas las cortesías no prescritas. Los conductores habían aprendido a circular sorteando la maraña de ordenanzas para sacar el máximo provecho. Sin querer exagerar su importancia respecto a su capacidad de agitar el mundo, lo cierto es que la innovación de Monderman sí realiza una contribución palpable al producto humano bruto.

El efecto de lo que significaba un cambio de paradigma en la gestión del tráfico fue la euforia. Las pequeñas ciudades holandesas colocaron carteles anunciando que estaban «libres de señales de tráfico» (*Verkeersbordvrij*), y un congreso en el que se debatía la nueva filosofía proclamó que «lo inseguro es seguro».

## IV. TRES HURRAS POR LA PEQUEÑA BURGUESÍA

FRAGMENTO 17.

PRESENTAMOS UNA CLASE DIFAMADA

*Ningún aumento de las riquezas materiales les compensará por los arreglos que insultan su respeto propio y menguan su libertad.*

R.H. TAWNEY<sup>21</sup>

Ha llegado el momento de que alguien hable bien de la pequeña burguesía. A diferencia de los obreros y de los capitalistas, a quienes nunca les han faltado portavoces, la pequeña burguesía, en muy raras ocasiones, si es que lo hace

---

21 R. H. Tawney, *Religión and the Rise of Capitalism*, Penguin, Harmondsworth, 1969, p. 28 [hay trad. cast.: *La religión en el orto del capitalismo*, trad.: J. Menéndez, Revista de Derecho Privado, Madrid, 1936]; Tawney, *La Religión*, p. 447.

alguna vez, habla en su propio nombre. Y mientras los capitalistas se reúnen en asociaciones de empresarios y en el Foro Económico Mundial de Davos, y los obreros se concentran en congresos sindicales, la única vez, hasta donde yo sé, que la pequeña burguesía se reunió a título propio, fue en el Primer Congreso Internacional de la Pequeña Burguesía en Bruselas en el año 1901. Nunca se celebró un segundo congreso. ¿Por qué salir en defensa de una clase que permanece en un relativo anonimato y que, sin lugar a dudas, no es, en lenguaje marxista, una clase *für sich* (en sí misma)? Las razones son varias. La primera y la más importante, creo que la pequeña burguesía y los pequeños propietarios en general representan una zona muy valiosa de autonomía y de libertad en sistemas estatales cada vez más dominados por las grandes burocracias públicas y privadas. La autonomía y la libertad, junto con el mutualismo, son el núcleo de la sensibilidad anarquista. La segunda, estoy convencido de que la pequeña burguesía realiza unos servicios sociales y económicos fundamentales en el seno de cualquier sistema político.

Por último, dada cualquier definición generosa de sus límites de clase, la pequeña burguesía representa la mayor clase del mundo. Si incluimos en ella no solo a los icónicos tenderos, sino también a los campesinos mínifundistas, artesanos, vendedores ambulantes, pequeños profesionales independientes y pequeños comerciantes cuya única propiedad sea quizá un carro o un bote de remos y algunas herramientas, la clase se hincha como un globo. Si le añadimos la periferia de esta clase, a saber, agricultores aparceros, labradores por cuenta propia con su propio animal de tiro, traperos, buhoneros y vendedoras a domicilio itinerantes,

profesionales cuya autonomía está más restringida y cuyas propiedades son realmente mínimas, la clase crece todavía más. Lo que todos ellos tienen en común, no obstante, y lo que les distingue de los oficinistas y de los obreros de las factorías es que ellos controlan su trabajo y su horario laboral sin apenas, o ninguna, supervisión. Uno puede legítimamente considerar que esta autonomía es muy dudosa cuando significa, en su aspecto práctico, trabajar dieciocho horas al día a cambio de una remuneración que apenas puede proveer los medios más básicos de subsistencia. Y sin embargo, está claro, como veremos en seguida, que el deseo de autonomía, de controlar su propia jornada laboral, y la sensación de libertad y de respeto de uno mismo que este tipo de control proporciona, son una aspiración social que ha sido muy subestimada por una gran parte de la población mundial.

## FRAGMENTO 18.

### LA ETIOLOGÍA DEL DESPRECIO

Antes de que empecemos a colmar de elogios a la pequeña burguesía, hagamos una pausa para analizar por qué, como dase, tiene tan mala prensa. El desprecio marxista hacia la pequeña burguesía es, en parte, estructural. La industria capitalista creó el proletariado y, por lo tanto, solo con la emancipación del proletariado se podrá trascender el sistema del capitalismo. Curiosa, y también lógicamente, los marxistas, no sin una cierta reticencia, sienten admiración por los

capitalistas que trascendieron el feudalismo y desencadenaron las enormes fuerzas productivas de la industria moderna. Podría decirse que sentaron las bases de la revolución proletaria y del triunfo del comunismo entre la abundancia material. La pequeña burguesía, en contraste, no es ni chicha ni limoná; quienes pertenecen a ella son en su mayoría pobres, pero son capitalistas pobres. Pueden, de vez en cuando, aliarse con la izquierda, pero son amigos de conveniencia, y su lealtad, en esencia, no es fiable puesto que tienen un pie a ambos lados de la línea y desean convertirse en grandes capitalistas.

La traducción literal del francés *petite* al inglés *petty*<sup>22</sup> en lugar de, por ejemplo, *small*, «pequeña», es más perjudicial aún, porque ahora parece significar no solo pequeña, sino además de una trivialidad despreciable, como por ejemplo en *pettifoggery* (quisquillosidad), *petty cash* (calderilla) o simplemente *petty* («insignificante», «nimio», «trivial», «de escasa importancia», «menor»). Y cuando forma el compuesto inglés *petty-bourgeoisie*, se une al desprecio que sienten los marxistas, la intelectualidad y la aristocracia por el gusto hortera y la vulgar preocupación por el dinero y las propiedades que caracterizan a los nuevos ricos. Después de la revolución bolchevique, ser tildado de pequeño burgués podía significar la prisión, el destierro y el exilio, o incluso la muerte. El desprecio por la pequeña burguesía se asoció a la teoría microbiana de la enfermedad en unos términos que presagiaban el antisemitismo nazi. Bujarin, estigmatizando a

---

22 En inglés, «pequeña burguesía» es *petty bourgeoisie*, y *petty* en inglés tiene connotaciones negativas, significa «insignificante», «nimio», «trivial», «de escasa importancia», «menor», y adjetivos despreciativos similares, de ahí todos los comentarios que siguen del autor. (N. de la t.)

los obreros y marineros en huelga en Kronstadt, observó que «la infección de la pequeña burguesía se ha extendido desde el campesinado hasta algunos segmentos de la clase obrera».<sup>23</sup> Los pequeños campesinos que se resistieron a la colectivización fueron castigados en términos similares: «el auténtico peligro de los bacilos del miasma burgués y pequeñoburgués sigue vivo; la desinfección es necesaria».<sup>24</sup> En este último caso, los bacilos en cuestión eran casi todos pequeños granjeros minifundistas con un modesto superávit que podían, tal vez, en época de cosecha, contratar a unos pocos peones. Y, por supuesto, la inmensa mayoría de la pequeña burguesía son personas relativamente pobres, que trabajan duro y que apenas poseen las suficientes propiedades para llegar, con dificultades, a final de mes; la explotación que practican está restringida sobre todo a la familia patriarcal, lo que un autor ha denominado «autoexplotación».<sup>25</sup>

La aversión hacia la pequeña burguesía, en mi opinión, también tiene un origen estructural, un origen que comparten el antiguo bloque socialista y las grandes democracias capitalistas. El hecho es que casi todas las formas de pequeña propiedad tienen los medios de eludir el control del estado: resulta difícil hacer un seguimiento de las pequeñas propiedades, que además son difíciles de fiscalizar y vigilar; se resisten a la regulación debido a su complejidad, variedad y

---

23 Paul Avrich, *Kronstadt, 1921*, Princeton University Press, Princeton NJ, 1970, p. 66.

24 Vaisberg, hablando en 1929, y citado en R.W. Davies, *The Socialist Offensive: The Collectivization of Russian Agriculture, 1929-1930*, Macmillan, Londres, 1980, p. 175.

25 A.V. Chayanov, *The Theory of Peasant Economy*, ed. Daniel Thorner, trad. al inglés de Basile Kerblay y R.E.F. Smith, Richard Irwin para la American Economic Association, Homewood, 11., 1966, publicado originalmente en ruso en 1926.

movilidad de sus actividades. La crisis de 1929 que llevó a la impetuosa campaña de colectivización de Stalin fue debida, precisamente, a que no había conseguido apropiarse de los cereales suficientes producidos por el campesinado minifundista. Como regla general, los estados de cualquier descripción, o casi, siempre han preferido las unidades de producción de cuyos cereales pueden apropiarse con facilidad, y a las que no les resulte difícil extraerles impuestos. Por esta razón, el estado ha sido casi siempre el enemigo implacable de los pueblos nómadas y gentes en movimiento, gitanos, pastores trashumantes, vendedores ambulantes y agricultores itinerantes, emigrantes y temporeros, puesto que sus actividades son opacas y móviles, y vuelan por debajo del radar del estado. Por una razón muy similar, los estados prefieren las grandes empresas agrícolas, granjas colectivas, plantaciones y organismos estatales de comercialización a la agricultura minifundista y al pequeño comercio. Han preferido las grandes corporaciones, bancos y conglomerados industriales al pequeño comercio y a la industria a pequeña escala. Aunque los primeros son menos eficientes que los segundos, a las autoridades fiscales les resulta más fácil controlarlos, regularlos y fiscalizarlos. Cuanto más penetrante sea el control fiscal del estado, mayores serán las posibilidades de que surja una economía «gris» o «negra» informal y no registrada para evadir dicho control. Y resulta innecesario afirmar que el puro tamaño y los profundos bolsillos de las mayores instituciones les garantizan un sillón en los consejos de administración del poder.

## FRAGMENTO 19.

### SUEÑOS PEQUEÑOBURGUESES: EL ATRACTIVO DE LA PROPIEDAD

Para abreviar una larga historia, hace unos veinte mil años que el *Homo sapiens* corre por este mundo. Los estados no fueron «inventados» hasta hace unos cinco mil años más o menos, y hasta hace unos mil, la mayor parte de la humanidad vivía ajena a cualquier cosa que pudiera ser llamada estado. La mayoría de los que vivían en el interior de aquellos estados eran pequeños propietarios (campesinos, artesanos, tenderos y mercaderes), y cuando, a partir del siglo XVII, aparecieron determinados derechos de representación, fueron concedidos en función del rango social y de las propiedades. Es posible que las grandes organizaciones burocráticas características de la era moderna, al principio, hubieran tomado como modelo el monasterio o los cuarteles, pero son esencialmente un producto de los últimos dos siglos y medio. Este es otro modo de decir que existe una larga historia ajena al estado y que la vida en el interior del estado hasta el siglo XVIII establecía una clara diferencia entre una población formalmente no libre (esclavos, siervos y dependientes), por una parte, y, por la otra, una gran población formada por pequeños propietarios que disponía, en teoría, y a menudo en la práctica, de determinados derechos para fundar familias: poseer y heredar tierras, unirse en gremios, elegir a los dirigentes de su pueblo y elevar peticiones a los gobernantes. La relativa autonomía e independencia de las clases subordinadas adoptaba, por lo

tanto, dos formas: la vida en los márgenes, fuera del alcance del estado, o la vida en el interior del estado con los derechos mínimos asociados a la pequeña propiedad.

Sospecho que el gran deseo que puede observarse en muchas sociedades de poseer un trozo de tierra, una casa en propiedad, o un comercio propio, se debe en gran medida no solo al margen real de independencia, autonomía y seguridad que confiere el ser propietario de algo, sino también a la dignidad, rango y honores asociados a la pequeña propiedad a ojos del estado y de los vecinos. En opinión de Thomas Jefferson, la agricultura independiente minifundista fomentaba las virtudes sociales y constituía los cimientos de la ciudadanía democrática:

Los cultivadores de la tierra son los ciudadanos más valiosos, son los más vigorosos, los más independientes y los más virtuosos; están ligados a su país y casados con la libertad de intereses de su país por los vínculos más duraderos.<sup>26</sup>

Durante la época en la que viví en una sociedad campesina, y en el curso de mis lecturas sobre el campesinado, me resultó imposible no prestarle atención a la increíble tenacidad con la que muchos minifundistas marginales se aferraban al pedazo más pequeño de tierra. Cuando la pura lógica económica parecía indicar que les iría mejor si buscaban un arrendamiento o una aparcería rentable, o incluso si se trasladaban a la ciudad, se mantuvieron en la cuerda floja todo

---

26 Henry Stephens Randall, «Cultivators», en *The Life of Thomas Jefferson*, vol. 1, 1858, p. 437.

el tiempo que pudieron resistir. Los que no tenían tierra propia que cultivar buscaban aparcerías a largo plazo, preferiblemente en tierras de familiares, la segunda mejor opción, en cuanto a estatus, después de ser propietario. Los que no tenían tierras propias ni la posibilidad de hacerse una aparcería viable, y que habían quedado reducidos a trabajar para otros, se aferraron a las parcelas en las que tenían su casa hasta el final. En términos de ingresos puros, una buena parte de los aparceros ingresaban más que los minifundistas, y una buena parte de los peones a sueldo ingresaban más que los aparceros. A los campesinos, sin embargo, les parecía que la diferencia en cuanto a autonomía, independencia y, por lo tanto, posición social era decisiva. El minifundista, a diferencia del aparcerero, no dependía de nadie en cuanto a tierras de labranza, y el aparcerero, a diferencia del peón, tenía tierra, al menos para la temporada en curso, y el control sobre su jornada laboral, mientras que el peón quedaba relegado a lo que se consideraba una dependencia degradante de la buena voluntad de vecinos y familiares. La humillación final consistía en perder este último símbolo de independencia, la parcela donde estaba su casa.

Cada nuevo peldaño descendido del sistema de clases de los pequeños pueblos representaba una pérdida de seguridad económica y de independencia. Lo esencial del sueño de la pequeña burguesía, no obstante, no era algún cálculo abstracto de seguridad de ingresos, sino el profundo deseo de disfrutar de la completa ciudadanía cultural. La propiedad significaba la capacidad de celebrar matrimonios, funerales, y, en un pequeño pueblo malayo, el banquete del fin del Ramadán, de un modo que le diera expresión social a su valía y

a su rango. Los «campesinos medios», cuya estable situación económica les permitía tener siempre los recursos necesarios para celebrar estos rituales, no eran sólo los habitantes más influyentes del pueblo sino también los modelos a imitar. Quedarse lejos de este modelo significaba convertirse en un ciudadano cultural de segunda clase.

Los sueños frustrados de la pequeña burguesía son la yesca habitual del fermento revolucionario. «La tierra para quien la trabaja», en una forma u otra, ha sido el llamamiento más eficaz de la mayor parte de las revoluciones agrarias. La revolución campesina en Rusia en 1917 se vio acelerada por el regreso precipitado de los soldados rusos, derrotados en el frente de Austria, que volvían a su patria y participaron en las confiscaciones de tierras que se estaban llevando a cabo. Para muchos de aquellos a quienes se llamó «palos desnudos» (suecos, «excedentes»), agricultores sin tierras de la China prerrevolucionaria, el Ejército Popular Revolucionario representó la valiosa oportunidad de tener su propia tierra, fundar una familia (patriarcal) y conseguir la tan ansiada ciudadanía cultural que, entre otras cosas, significaba poder tener un entierro honorable. La clave (¿el cebo?) de la entusiasta participación del campesinado en prácticamente todas las revoluciones del siglo XX fue siempre la posibilidad de conseguir tierra en propiedad y el rango y la independencia que dicha propiedad conllevaba. Cuando a la reforma agraria le siguió la colectivización, la mayor parte del campesinado se resistió, sintiendo que se habían traicionado sus aspiraciones.

Los sueños de la pequeña burguesía permean también la imaginación del proletariado industrial. Los más rojos de los

proletarios rojos, los militantes mineros del carbón y los trabajadores del metal de la región del Ruhr en 1919, en quienes Lenin había depositado sus esperanzas revolucionarias, constituyen un extraordinario ejemplo de ello.<sup>27</sup> A la pregunta de qué era lo que deseaban, respondieron expresando deseos de una extraordinaria modestia. Querían salarios más altos, una jornada laboral más corta y descansos más largos, como era de esperar. Pero más allá de lo que los marxistas llamarían en términos despreciativos «conciencia sindical», ansiaban que sus jefes les trataran con respeto (y que les llamaran «señor Tal») y aspiraban a tener una pequeña casita con un pequeño jardín que pudieran llamar suyos. No es nada sorprendente que el nuevo proletariado industrializado conservara las aspiraciones sociales de sus pueblos de origen, pero su exigencia de respeto social y de los avíos culturales de una vida independiente no encajaban en absoluto ni en el estereotipo de la clase obrera «economicista» con la mirada fija en el dinero ni en el del proletariado revolucionario.

A lo largo de las últimas décadas, las encuestas de opinión habituales en Estados Unidos les han preguntado a los obreros industriales qué tipo de trabajo preferirían en lugar de la factoría.<sup>28</sup> Un porcentaje asombrosamente alto responden abrir una tienda, o un restaurante, o bien tener un granja. El tema unificador de estos sueños es la libertad, liberarse de la

---

27 Barrington Moore, Jr., *Injustice: The Social Basis of Obedience*, M.E. Sharpe, Armonk, N.Y., 1978 [hay trad. cast.: *La injusticia, bases sociales de la obediencia y la rebelión*, trad.: S. Scfchovich, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F., 1989].

28 Robert E. Lañe, *Political Ideology: Why the American Common Man Believes What He Does*, Free Press, Glencoe, 1962.

rígida supervisión, y la autonomía de la jornada laboral que, en su mente, compensa con creces las largas horas y los riesgos de este tipo de pequeños negocios. La mayoría de ellos, por supuesto, nunca hacen nada para hacer realidad este sueño, pero la tenaz persistencia de este deseo, en forma de fantasía, constituye un indicador de su poder.

Para los que han conocido la auténtica esclavitud, en contraposición a la «esclavitud de los sueldos», la posibilidad de una vida independiente, por muy marginal que pudiera ser, era un sueño hecho realidad.<sup>29</sup> Los esclavos a lo largo y ancho de todos los estados confederados, una vez emancipados, pusieron pies en polvorosa y se instalaron en las fronteras de la agricultura de plantación, ganándose apenas la vida, una vida independiente, gracias a las tierras comunes. Con un rifle, una mula, una vaca, un anzuelo de pesca, unos pocos pollos y gansos y un arado, pudieron llevar una vida independiente y trabajar solo en escasas ocasiones para «el hombre», y en este caso, solo cuando necesitaban satisfacer su necesidad temporal de dinero en efectivo. Los blancos pobres vivían también de las tierras comunes de un modo muy parecido, evitando la degradante dependencia de sus vecinos más ricos. El resultado fue el final de la economía de plantación, que solo fue restaurada, de una forma muy diferente, a partir de la década de 1880, tras la promulgación de las leyes que autorizaban los cercados por todo el sur, leyes explícitamente concebidas para impedir el uso y el acceso a las tierras comunes a los negros y blancos independientes, y obligarles así a reincorporarse al mercado de trabajo. El notorio sistema de

---

29 Steven H. Hahn, *The Roots of Southern Populism: The common Partners and the Transformation of the Georgia Country*, Oxford University Press, Oxford, 1984.

aparcería, lo más parecido que ha tenido Estados Unidos a la servidumbre feudal, fue el resultado.

El deseo de autonomía parece tan poderoso que puede llegar a adoptar formas muy perversas. En entornos de factorías, donde la cadena de montaje está ajustada al detalle a fin de reducir la autonomía hasta el punto de hacerla desaparecer, los obreros consiguen no obstante escamotear tiempo autónomo para sus propias «payasadas» como expresión de independencia.<sup>30</sup> Los obreros de la automoción en la cadena de Montaje de River Rouge se precipitan para llegar los primeros y poder encontrar así un rincón en el que echar un sueñecito o jugar un peligroso partido de hockey con remaches. Los trabajadores en la Hungría socialista escamoteaban tiempo para hacer «trabajitos», pequeñas piezas torneadas para su propio uso, aun cuando dichas piezas no tuvieran las más mínima utilidad. En un sistema de trabajo diseñado para exterminar el «juego», los trabajadores rechazan esta cosificación y aburrimento afirmando su autonomía de maneras muy creativas.

Las modernas agroindustrias han logrado explotar de un modo que roza lo diabólico el deseo de tener una pequeña propiedad y autonomía y han sabido sacarle provecho. La práctica de la ganadería por contrato en la cría de pollos es un ejemplo definitorio.<sup>31</sup> Sabiendo que las grandes operaciones

---

30 Véase, p.e., Alf Ludke, «Organizational Order or Eigensinn? Workers' Privacy and Workers' Politics», en *Rites of Power, Symbolism, Ritual and Politics since the Middle Ages*, ed. Sean Wilentz, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1985, pp. 312-344; Miklos Haraszti, *Worker in a Worker State*, Penguin, Harmondsworth, 1977; y Ben Hamper, *Rivet Mead: Tales from the Assembly Line*, Little, Brown, Boston, 1991.

31 M. J. Watts, y P. Little, *Globalizing Agro-Food*, Routledge, Londres, 1997.

de confinamiento son epidemiológicamente peligrosas, las grandes compañías subcontratan la cría de pollos a criadores ganaderos «independientes». El subcontratista es el único responsable de la construcción, según especificaciones detalladas establecidas por Tyson o por cualquier otra gran agroindustria, de las grandes naves necesarias para la cría, y es responsable asimismo de la hipoteca necesaria para su financiación. La empresa agroindustrial entrega los polluelos y especifica minuciosamente en el contrato la alimentación, la bebida, la medicación y el régimen de limpieza, y le vende al subcontratista todos los suministros necesarios. Después, instaura un rígido control sobre el rendimiento diario del subcontratista, quien cobra al término del contrato según el aumento de peso del animal y su tasa de supervivencia, unas tarifas calculadas según las condiciones cambiantes del mercado. A menudo, los contratos se encadenan, pero el granjero no tiene ninguna garantía de renovación.

Lo que es perverso de este sistema es que mantiene un simulacro de independencia y de autonomía al mismo tiempo que vacía estos términos de todo su contenido real. El subcontratista es un propietario rural independiente (y propietario de una hipoteca), pero su jornada laboral y sus movimientos están casi tan coreografiados como los del obrero de la cadena de montaje. Aunque no tiene un supervisor pegado a su espalda que le controle, si el contrato no se renueva, se queda tirado con una hipoteca del tamaño de su nave. Lo que hacen las agroindustrias es transferir a todos los efectos los riesgos de la propiedad de tierras, del capital prestado y de la gestión de la mano de obra (una mano de obra que exigiría derechos sociales) mientras se quedan con

la mayor parte de las ventajas que lleva incorporadas el diseño original de la factoría moderna: rígida supervisión, estandarización y control de calidad. ¡Y funciona! El deseo de aferrarse al último jirón de dignidad en la forma de propietario independiente es tan poderoso que el «granjero» está dispuesto a renunciar a la mayor parte de su significado.

Pese a cualquier otra cosa que se les hubiera podido escapar respecto a la condición humana, los anarquistas hicieron una lectura muy perspicaz del imaginario popular: creían que la dignidad y la autonomía era lo que impulsaba a la pequeña propiedad. El sueño pequeñoburgués de independencia, aunque menos asequible en la práctica, no murió con la revolución industrial, sino que más bien recobró su vigor.<sup>32</sup>

## FRAGMENTO 20.

### LA FUNCIÓN SOCIAL NO TAN PEQUEÑA DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA

Desde los movimientos de los *Diggers* (cavadores) y los *Levellers* (niveladores) de la guerra civil inglesa, pasando por los campesinos mexicanos de 1911, los movimientos anarquistas españoles, que se prolongaron casi un siglo, los

---

32 Véase, p. e., Michel Crozier, que afirma que, incluso en el seno de las grandes organizaciones burocráticas, la clave del comportamiento es «la insistencia del individuo en su propia autonomía y en su rechazo a cualquier relación de dependencia». *The Bureaucratic Phenomenon*, University of Chicago Press, Chicago, 1964, p. 290.

grandes y numerosos movimientos anticolonialistas, y hasta los multitudinarios movimientos en el Brasil contemporáneo, el deseo de poseer tierras y de recuperar la tierra perdida ha sido siempre el leitmotiv de los movimientos de masas igualitarios más radicales. Si no hubieran apelado a los sueños pequeñoburgueses, no hubieran tenido ninguna oportunidad.

El desprecio de Marx hacia la pequeña burguesía, al que solo superaba su desprecio por el *Lumpenproletariat* (el subproletariado), se sustentaba en el hecho de que los pequeñoburgueses eran minifundistas o pequeños propietarios y, por lo tanto, pequeños capitalistas. Solo el proletariado, una nueva clase nacida del capitalismo y que carecía de propiedades, podía ser auténticamente revolucionario, y la liberación del proletariado dependía de que se trascendiera el capitalismo. Por muy sólido que sea este razonamiento en teoría, el hecho histórico es que en Occidente, hasta el final del siglo XIX, fueron los artesanos, tejedores, zapateros, impresores, albañiles, constructores de carros y carpinteros los que formaron el núcleo de los movimientos obreros más radicales. Como una antigua clase, compartían una tradición comunitaria, un conjunto de prácticas igualitarias, y tenían un grado de cohesión local que la recién reunida fuerza laboral de la factoría distaba mucho de igualar. Y, por supuesto, los extraordinarios cambios en la economía a partir de la década de 1830 amenazaron su existencia como comunidades y gremios; su lucha por proteger su autonomía se libraba en la retaguardia. En palabras de Barrington Moore, que se hacen eco de las de E.P. Thompson, la principal base social del radicalismo han sido el campesinado y los pequeños artesanos de las ciudades. A partir de estos

hechos, podemos concluir que la fuente de la libertad humana se encuentra no solo donde la vio Marx, en las aspiraciones de las clases que estaban a punto de hacerse con el poder, sino, tal vez, y más aun, en el moribundo clamor de las clases que están a punto de ser arrolladas por la oleada del progreso.<sup>33</sup>

Durante la guerra fría, la opción contrarrevolucionaria habitual era la reforma agraria preventiva, aunque las élites solían bloquearla con bastante frecuencia. El consenso neoliberal en organizaciones como el Banco Mundial no erradicaría de su agenda política la reforma agraria hasta después del desplome del bloque socialista en 1989. Si bien también es cierto que la acosada pequeña propiedad ha hecho nacer más de un movimiento de derechas, sería imposible escribir la historia de las luchas por la igualdad si los artesanos y los pequeños campesinos, y su pasión por la independencia que da la pequeña propiedad, no hubieran estado cerca del centro de atención.<sup>34</sup>

---

33 Barrington Moore, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Beacon Press, Boston, 1966 [hay trad. cast.: *Los Orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno*, trad.: J. Costa y G. Woith, Península, Barcelona, 2002], Véase también la magnífica obra de E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Vintage, Nueva York, 1966 [hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, trad.: E. Grau, Crítica, Barcelona].

34 Hay otras contribuciones sociales de la pequeña burguesía que merecen ser destacadas, sin importar dónde se sitúe uno en el espectro político. Históricamente, el pequeño comercio y la pequeña producción han sido el motor fundamental de la integración del mercado. Si hay un producto o un servicio que escasee en algún lugar y que, por lo tanto, produzca buenos ingresos, la pequeña burguesía, en general, encuentra el modo de llevarlo allí donde se necesite. Para personas como Milton Friedman y los fundamentalistas del mercado, la pequeña burguesía está haciendo «el trabajo de Dios». Operan en un entorno de competencia casi perfecta; su agilidad y rapidez en responder a los pequeños movimientos en los suministros y la demanda se acercan bastante a la visión

También hay sólidas razones para defender el indispensable papel económico que desempeña la pequeña burguesía en la invención y la innovación. Son pioneros, si no en general los beneficiarios últimos, de la gran mayoría de nuevos procesos, máquinas, herramientas, productos, alimentos e ideas, algo que en ningún otro lugar se hace más evidente que en la moderna industria de la programación y creación de aplicaciones informáticas, donde prácticamente todas las ideas novedosas han sido creadas por una sola persona, o por pequeñas empresas de pocos socios, y más tarde compradas o absorbidas por compañías de mayor envergadura. El papel actual de las grandes empresas consiste esencialmente en «explorar» el terreno de la innovación, para después apropiársela, empleando a sus creadores, o bien robando o comprando cualquier idea que parezca prometedora (o amenazadora). La ventajosa competitividad de las grandes compañías radica sobre todo en su capitalización, en su gran capacidad comercializadora, en su poder de ejercer presión y en la integración vertical, y no en sus ideas originales o capacidad de innovar. Y si bien es cierto que la pequeña burguesía no puede enviar un hombre a la Luna, construir un avión, perforar en busca de petróleo en aguas profundas, gestionar un hospital, o producir y comercializar un medicamento importante o un teléfono móvil, la capacidad de las grandes compañías de hacer todas estas cosas descansa

---

utópica de la competencia perfecta de la economía neoclásica. Sus márgenes de beneficios son bajos, a menudo fracasan, y sin embargo, la suma de su actividad contribuye a obtener resultados Pareto-óptimos. La pequeña burguesía, en general, se acerca de forma razonable a esta idealización. Proporciona los bienes y servicios necesarios a precios competitivos con una celeridad que las compañías más grandes y de funcionamiento más lento son incapaces de igualar.

sobre todo en su capacidad de combinar miles de pequeñas invenciones y procesos que ellas mismas no han creado, que tal vez ni siquiera hubieran podido crear.<sup>35</sup> Esto también, por supuesto, constituye una importante innovación por derecho propio. Sin embargo, una de las claves de la posición de oligopolio de las corporaciones más grandes radica precisamente en su poder de eliminar o devorar a sus rivales en potencia. Al hacerlo, sin duda, asfixian al menos tanta innovación como la que facilitan.

## FRAGMENTO 21.

### «BARRA LIBRE» POR CORTESÍA DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA

*Si no puedes sonreír, no abras una tienda.*

Proverbio chino

Hace poco tiempo, pasé unos días con una amiga en Munich, en casa de sus ancianos padres, a los que ella había ido a visitar.

---

35 Escribo «tal vez» aquí porque, a mediados de siglo, existía una cultura de investigación en grandes empresas como por ejemplo AT&T (Bell Labs), DuPont e IBM que sugiere que las grandes empresas no son inherentemente hostiles a la innovación.

Eran bastante frágiles y la mayor parte de su vida transcurría en el interior de su piso, pero insistían en salir cada día a dar un corto paseo en las frescas mañanas de verano por los alrededores de su vecindario. Durante varios días, mi amiga y yo les acompañamos a hacer su ronda cuando iban a la compra, y «ronda» sin duda lo era. Primero iban a una pequeña tienda de comestibles donde compraban algunas frutas y verduras y productos no perecederos; luego, entraban en una tienda cercana que vendía mantequilla, leche, huevos y queso; después, en una carnicería, en la que compraban un pequeño lomo de cerdo; a continuación, visitaban un puesto de frutas y, finalmente, tras hacer una pausa para mirar un rato a los niños que jugaban en un pequeño parque, se dirigían a un kiosco a comprar una revista y la prensa local. Parecía una rutina casi invariable, y en cada tienda, siempre había conversación, más breve o más larga dependiendo de la cantidad de clientes. Se comentaba el tiempo o un reciente accidente de tráfico ocurrido en las cercanías, los clientes y tenderos se preguntaban sobre sus amigos o conocidos mutuos, se hablaba de los nacimientos recientes en el barrio, o de cómo les iban las cosas a los hijos, y se hacían reflexiones sobre lo molesto que era el ruido del tráfico, y cosas por el estilo.

Podría decirse que las conversaciones eran superficiales, poco más que los cumplidos de rigor, y se hablaba de los pequeños cambios de la vida cotidiana, pero nunca, nunca eran anónimas; los interlocutores se conocían por su nombre, y conocían también la historia familiar de unos y otros. No pude evitar asombrarme por la fácil, aunque superficial, sociabilidad que predominaba, y me di cuenta de que estas

rondas eran el punto culminante del día en la vida social de los padres de mi amiga. Podrían sin ningún problema haber hecho la compra de un modo mucho más eficiente en el súper cercano. Tras un momento de reflexión sobre ello, uno puede ver que los pequeños comerciantes son trabajadores sociales que prestan un servicio no remunerado y que ofrecen un compañerismo breve pero cordial a su clientela fija. «No remunerado» no es por supuesto del todo correcto, por cuanto sus precios eran, con toda seguridad, más altos que los de comercios mas grandes; los tenderos habían llegado a la comprensión implícita de que las sonrisas y los cumplidos que les ofrecían a sus clientes eran un modo de construirse una clientela fija y fiel y, por lo tanto, de hacer crecer su negocio. Sin querer hacer gala de un excesivo cinismo sobre la máscara de la sonrisa del tendero, no obstante, merece la pena observar que este tipo de cortesía y cumplidos pueden mitigar los efectos negativos derivados de pasar todo el día tras un mostrador, cortando, pesando y contando dinero.

La pequeña burguesía realiza en este contexto una especie de servicio social diario fiable y gratis que difícilmente ninguna agencia o funcionario público podría reproducir. No es más que uno de los muchos servicios gratuitos que los pequeños comerciantes saben que les conviene ofrecer en el ejercicio de sus transacciones. Jane Jacobs, en sus estudios etnográficos, en los que llegó a una profunda comprensión de la textura de los vecindarios y barrios y de la seguridad pública, ha catalogado muchos de estos servicios.<sup>36</sup> Su frase, «la mirada

---

36 Jane Jacobs, *The Death and Life of Great American Cities*, Vintage, Nueva York, 1961 [hay trad. cast.: *Muerte y vida de las grandes ciudades*, trad.: A. Abad Silvestre, A. Useros Martín, Capitán Swing, Madrid, 2011.

puesta en la calle», una observación absolutamente original en 1960, se ha convertido en el principio director del diseño de barrios urbanos. Hace referencia al control informal y constante del vecindario que ejercen los peatones, tenderos y residentes, muchos de los cuales se conocen entre ellos. Su presencia, lo que anima la calle, ejerce la función informal de mantener el orden público, con apenas o ninguna necesidad de intervención. La cuestión para nuestro propósito es que «la mirada puesta en la calle» exige un barrio denso y de usos mixtos, en el que numerosas pequeñas tiendas, talleres, apartamentos y servicios garanticen el tráfico peatonal constante de personas que hacen sus recados, se dedican a mirar escaparates o hacen entregas. Los pilares de este proceso son los comerciantes pequeñoburgueses, que permanecen en su tienda la mayor parte del día, que conocen a sus clientes y que ejercen una vigilancia informal de la calle. Este tipo de barrios son mucho más seguros que los lugares desiertos y donde el tráfico peatonal es escaso. Una vez más, podemos afirmar que en este tipo de barrios se ofrece un servicio muy valioso, en este caso la garantía de la seguridad pública, un producto derivado de la combinación de otras actividades y que al público no le supone ningún gasto. Allá donde faltan estas estructuras informales, incluso a la policía le costaría mantener eficazmente la seguridad.

La pequeña burguesía ofrece servicios, como por ejemplo la sonrisa del tendero, que sencillamente no pueden comprarse. Jacobs observó que en cada manzana, o casi, había al menos una tienda que abría muchas horas, y a cuyos propietarios los residentes les pedían que les guardaran las llaves de su casa para entregárselas a familiares de fuera de la ciudad que

utilizarían su piso mientras ellos estaban fuera. Cuando se lo pedían, el comerciante ofrecía este servicio como una cortesía hacia sus clientes. Resulta imposible imaginar que una agencia pública pudiera ofrecer este tipo de servicio.

No cabe ninguna duda de que los supermercados y centros de gran distribución pueden, debido, insistimos, a su poder como compradores, suministrarles a los consumidores un sinfín de productos manufacturados a un precio más barato que el que pueda ofrecer la pequeña burguesía. Lo que no está tan claro, no obstante, es si, una vez se han incluido como factores a tener en cuenta todos los bienes públicos (las externalidades positivas) que suministra la pequeña burguesía, a saber, trabajo social informal, seguridad pública, el placer estético de un paisaje callejero animado e interesante, una gran variedad de experiencias sociales y de servicios personalizados, redes de conocidos, noticias informales y chismes vecinales, el componente básico de la solidaridad social y de la acción pública, y (en el caso del campesinado minifundista) la buena administración de la tierra, la pequeña burguesía no pueda ser, a fin de cuentas, un negocio más redondo, a largo plazo, que la gran e impersonal empresa capitalista. Y aunque tal vez no lleguen a estar a la altura del ideal democrático de Jefferson, el del pequeño propietario rural seguro de sí mismo e independiente, los pequeñoburgueses se acercan bastante más a este ideal que el empleado de Wal-Mart o de Home Depot.<sup>37</sup>

---

37 Wal-Mart y Home Depot son dos grandes cadenas de distribución estadounidenses. Wal-Mart opera como «*discount store*», grandes almacenes con los precios más baratos del mercado. La segunda está especializada en materiales de construcción y bricolaje para el hogar, también con los precios más baratos del mercado. Han sido objeto de

Merece la pena destacar un último dato. Una sociedad en la que predominen los pequeños propietarios y los pequeños comerciantes se acerca más a la igualdad y a la propiedad popular de los medios de producción que cualquier sistema económico concebido o por concebir.

## V. PARA LA POLÍTICA

### FRAGMENTO 22.

#### DEBATE Y CALIDAD: CONTRA LAS MEDIDAS CUANTITATIVAS DE CALIDAD

*Cierto día, Luisa, que tenía entonces seis años menos, empezó una conversación con su hermano con estas palabras:*

*—Tom, me asombra...*

*Alguien la oyó, y ese alguien era el señor Gradgrind, que surgió a la luz, y le dijo:*

*—Luisa, no hay que asombrarse nunca.*

*En esta frase estaba todo el resorte mecánico del secreto de educar la razón, sin rebajarse a cultivar los sentimientos y los afectos.*

*No asombrarse nunca. Arreglar todas las cosas*

*echando mano, según los casos, de la adición, la sustracción, la multiplicación y la división, y no asombrarse.*

Charles Dickens, *Tiempos difíciles*

*La fuerza de la idea de la empresa privada yace en su simplicidad aterradora [...] Se adecúa perfectamente a la tendencia moderna hacia la total cuantificación, a expensas de la apreciación de las diferencias cualitativas, porque a la empresa privada no le preocupa qué es lo que produce sino cuánto es lo que gana con la producción.*

E. F. Schumacher, *Lo pequeño es hermoso*

Mia Xang miró fijamente la hoja de examen que tenía sobre su pupitre.

Solo era una práctica. Los profesores lo llaman «ensayo», y sirve para darles una idea de los resultados que obtendrán los alumnos en el Texas Assessment of Knowledge and Skills.<sup>38</sup>

Sin embargo, en lugar de rellenar las casillas y las burbujas y así contentar a su profesor, Mia, una alumna del primer curso de secundaria superior en el instituto Mac Arthur High School,

---

38 Examen de revalida estatal a realizar al final del ciclo educativo de la secundaria superior. (N. de la t.)

utilizó su hoja de respuestas para escribir un ensayo en el que cuestionaba los exámenes estandarizados y el uso de la puntuación de los exámenes para juzgar a los niños y clasificar las escuelas.

«Escribí que los exámenes estandarizados hacen daño, y no ayudan ni a las escuelas ni a los chavales», dice Mia, que parece y se comporta como si fuera mayor de los catorce años que tiene, «Simplemente, no podía participar en algo a lo que soy totalmente contraria».

«Estos exámenes no miden lo que los jóvenes necesitamos realmente saber, solo miden lo que es fácil de medir», dijo. «Deberíamos aprender conceptos y habilidades, y no solo memorizar. Es triste para los alumnos, y es triste también para los profesores.»

Cuando, en Estados Unidos, los efectos en la enseñanza y en los exámenes de la ley No Child Left Behind (que ningún niño se quede atrás) llegaron por fin a las aulas, una oleada de resistencia estudiantil, de la cual la valiente acción de Mia solo era un pequeño ejemplo, recorrió el país. En Massachusetts, 58 estudiantes del instituto Danvers firmaron una petición contra la obligación de tener que someterse al examen Massachusetts Comprehensive Assessment System<sup>39</sup> (MCAS), y los alumnos que se negaron a pasar dicho examen fueron expulsados de sus escuelas. Los estudiantes de otros institutos del estado se unieron a ellos, y por todo el país surgieron lo que podría denominarse «elementos de rechazo»: una gran cantidad de estudiantes de Michigan se negaron a pasar el

---

39 Reválida al final de la primaria y de la secundaria. (N. de la t.)

Michigan Educational Assessment Test,<sup>40</sup> y en el estado de Wisconsin la reválida del final de la secundaria (la condición para poder graduarse) fue retirada debido a la multitudinaria resistencia de los alumnos y de sus padres. En un caso, los profesores, indignados por los simulacros de examen que ahora se les exigía realizar, protestaron rechazando de forma colectiva sus bonificaciones por rendimiento superior. Las protestas contra los exámenes que se les exigían a los alumnos de los primeros cursos de primaria fueron organizadas por los padres en nombre de los alumnos. Si bien entendían la necesidad de garantizar que los niños supieran leer y contar desde el principio del ciclo escolar, los padres, igual que sus hijos, objetaban contra el obsesivo ambiente de «práctica hasta la muerte» en el aula.

Una gran parte de la resistencia, aunque no toda, fue iniciada por estudiantes que rechazaban la instrucción repetitiva de «enseñar para pasar el examen» que aumentaba sobremanera y llevaba hasta niveles desconocidos el ya de por sí nada despreciable cociente de aburrimiento en las aulas. La preparación al examen no era solo un trabajo alienado para estudiantes y profesores por igual, sino que ocupaba una gran parte del tiempo disponible para cualquier otra actividad: arte, teatro, historia, deportes, lenguas extranjeras, escritura creativa, poesía y excursiones.

Se acabaron muchas de las otras actividades que podían darle algo de animación a la educación: el aprendizaje en común, un programa educativo multicultural, la atención al

---

40 Reválida al final de cada ciclo: primaria, secundaria elemental y secundaria superior. (N. de la t.)

desarrollo de las inteligencias múltiples, la ciencia orientada al descubrimiento y el aprendizaje basado en la resolución de problemas.

La escuela corría el peligro de verse transformada en una factoría que manufacturaba un «producto único», y dicho producto eran estudiantes capaces de aprobar exámenes estandarizados concebidos para medir una estrecha franja de conocimiento y la habilidad de los alumnos de pasar exámenes. Aquí, merece la pena recordar una vez más que la moderna institución de la escuela fue inventada al mismo tiempo que las primeras factorías textiles. Ambas concentraron la mano de obra bajo un único techo; ambas crearon una disciplina que reglamentaba el uso del tiempo, y crearon también la especialización de tareas que facilitaba la supervisión y la evaluación; ambas tenían el objetivo de manufacturar un producto fiable y estandarizado. El énfasis contemporáneo en los exámenes estandarizados regionales o nacionales se basa en el modelo corporativo de gestión por normas cuantitativas, normas que permiten las comparaciones entre profesores, entre escuelas y entre estudiantes, a fin de recompensarles de forma diferenciada sobre la base de su rendimiento según este criterio.

La cuestión de la validez de estos exámenes, si miden lo que pretenden medir, está siendo ahora muy cuestionada. Que los estudiantes puedan ser entrenados para mejorar sus resultados mediante una rígida disciplina y obligándoles a empollar a toda prisa no clarifica en absoluto que conocimiento subyacente o que habilidades mide el examen. Se ha demostrado que estos exámenes no predicen los

subsiguientes resultados ni el rendimiento de las mujeres, de los afroamericanos ni de los alumnos cuya lengua materna no es el inglés. Por encima de todo, la alienación que fomenta una educación basada en jugárselo todo en un examen amenaza con vacunar contra el aprendizaje escolar a millones de jóvenes para el resto de su vida.

Los que parecen estar más a favor de los exámenes estandarizados como herramienta de gestión y medida comparativa de productividad son las personas más alejadas de la zona cero, el centro de acción de la enseñanza, es decir, las aulas: los funcionarios del gobierno, sea local, regional o nacional, responsables de la supervisión de la educación, y los políticos responsables de la toma de decisiones en el ámbito educativo. A todos ellos les proporciona un índice de productividad comparativa, por muy inválido que sea, y un poderoso sistema de incentivos para imponer sus planes pedagógicos. No deja de ser curioso que en Estados Unidos se decida homogeneizar el sistema educativo cuando el resto del mundo apunta en la dirección opuesta. En Finlandia, por ejemplo, no existen los exámenes externos, ni se clasifica a los estudiantes o a las escuelas, y sin embargo, obtiene resultados excelentes en todos los estudios internacionales que miden el éxito escolar. Muchas de las mejores universidades han dejado de exigirles a sus alumnos, e incluso de alentarles, a que se sometan al examen nacional Scholastic Achievement Test, el examen de aptitud académica previo al ingreso a la universidad (antes conocido como Scholastic Aptitude Test). Las naciones que históricamente han confiado en un único examen de ámbito nacional para conceder valiosas plazas en las universidades se han precipitado a eliminar los exámenes, o

a restarles importancia a fin de fomentar la «creatividad», a menudo en lo que creen que ¡es una imitación del sistema estadounidense!

Sabiendo que su destino y el de sus escuelas dependían de las notas obtenidas por los alumnos en los exámenes anuales, muchos educadores no solo sometieron a sus alumnos a una implacable disciplina de aprendizaje, sino que también hicieron trampa para garantizar un buen resultado. A lo largo y ancho del país se extendió una epidemia de falsificación de resultados.

Uno de los fraudes descubiertos más recientemente fue en Atlanta, Georgia, donde se descubrió que 44 de las 56 escuelas investigadas habían falsificado sistemáticamente las respuestas de los estudiantes, borrando las respuestas equivocadas y sustituyéndolas por las correctas.<sup>41</sup> Se descubrió que la responsable local de las escuelas, nombrada «superintendente del año» en 2009 por sus extraordinarios logros en la mejora de los resultados, había creado un ambiente de temor al darles a los profesores tres años para alcanzar los objetivos, y había amenazado con despedirlos si no los conseguían. Más de 180 educadores estaban implicados en el fraude de las notas. Igual que los «brillantes ejecutivos» de Enron, que siempre encontraban el medio de superar los objetivos trimestrales y cobrar así sus bonificaciones, los educadores de Atlanta también encontraron el medio de alcanzar los objetivos que les habían marcado, pero no por los medios previstos. Lo que se jugaban era menos, pero los daños

---

41 «Atlanta's Testíng Scandal Adds Fuei to U.S. Debate», Atlanta Journal Constitution, 13 de julio de 2011.

colaterales fueron igual de destructivos, y la lógica de «estafar para ganar al sistema» era básicamente la misma.

## FRAGMENTO 23.

### ¿Y SI...? UNA EMPRESA DE AUDITORÍA FANTASMA

¿Me acompaña el lector en una breve fantasía? El año es 2020. Richard Levin, el rector de la Universidad de Yale, se acaba de retirar tras un largo y brillante mandato y ha declarado que 2020 es el «Año de la Visión Perfecta». Todos y cada uno de los relucientes edificios han sido reconstruidos, los estudiantes son cada vez más precoces y consumados, y están más sindicados, que en 2010; la publicación que ahora fusiona a *US News & World Report* y *Consumer Reports* ha clasificado a la Universidad de Yale con el número 1 en el ranking global, ahí arriba, junto a los mejores hoteles, coches de lujo y segadoras. Bueno, casi en el ranking global, porque parece que la calidad del profesorado, tal como se refleja en los trascendentales rankings, ha caído. Los competidores de Yale sacuden la cabeza ante este descenso, y los que saben leer entre las líneas de las declaraciones aparentemente serenas de la Corporación Yale pueden detectar un pánico creciente pero, por supuesto, siempre decoroso.

El nombramiento de la sucesora de Levin, Condoleezza Rice, la exsecretaria de Estado, que en el reciente pasado ha llevado a cabo una sensata racionalización de la Fundación Ford con

criterios empresariales, es uno de los indicadores de la preocupación que reina en la corporación. Sí, es la primera mujer de color en ponerse al frente de Yale y, por supuesto, otras cuatro universidades de la Ivy League<sup>42</sup> ya tienen a su frente a mujeres de color.

Nada sorprendente, habida cuenta de que Yale siempre ha seguido la regla de los granjeros y agricultores de Nueva Inglaterra, «nunca seas el primero en intentar algo nuevo, ni tampoco el último».

Por otra parte, la rectora Rice no ha sido elegida por su simbolismo, sino por la promesa que representa: la promesa de conducir una total reestructuración del profesorado utilizando las técnicas más avanzadas de gestión de calidad; técnicas perfeccionadas desde sus rudimentarios inicios en las Grandes Ecoles de París a finales del siglo XIX, encarnadas no solo en la revolución en Ford de Robert McNamara, y más tarde, en la década de 1960, en su trabajo en el Ministerio de Defensa, sino también en la revolución de Margaret Thatcher con respecto a la gestión de política social y de educación superior en el Reino Unido en la década de 1980; y refinadas por el desarrollo de la medición numérica de la productividad de los individuos y de las unidades en la gestión industrial; técnicas que el Banco Mundial haría evolucionar todavía más, y que las universidades del grupo Big Ten<sup>43</sup> llevaron al borde de

---

42 Grupo de universidades estadounidenses que se distinguen por su excelencia académica, elitismo, antigüedad y admisión selectiva. (N. de la t.)

43 Grupo de doce universidades del Medio Oeste de Estados Unidos, la mayoría de ellas líderes en el campo de la investigación, con un alumnado relativamente numeroso e importantes equipos deportivos patrocinados. (N. de la t.)

la perfección, en cuanto a formación superior se refiere, y que han llegado por fin, con un cierto retraso, hasta las universidades de la Ivy League.

Fuentes confidenciales de entre los miembros del profesorado de la Corporación Yale nos han explicado cómo la doctora Rice los convenció durante la entrevista en la que se decidía sobre su candidatura. La doctora Rice manifestó su admiración por la juiciosa combinación de feudalismo (en la política de la universidad) y capitalismo (en su gestión económica) que Yale había conseguido mantener, y que encajaba a la perfección no solo en las reformas que ella había concebido, sino también con la antigua y célebre tradición de Yale que ha llegado a conocerse con el nombre de «autocracia participativa» en el gobierno del profesorado.

Sin embargo, fue el exhaustivo plan de la doctora Rice para la mejora a gran escala de la calidad del profesorado, o, para ser más precisos, para mejorar la posición del profesorado en los rankings nacionales, lo que convenció a la corporación de que la doctora Rice era la respuesta a sus plegarias.

Expuso sus duras críticas a las anticuadas prácticas de Yale con relación a la contratación, ascenso y concesión de plazas fijas al profesorado, calificándolas de subjetivas, medievales, nada sistemáticas, caprichosas y arbitrarias.

Estas costumbres, celosamente custodiadas por los ancianos mandarines, varones blancos en su mayoría, cuya edad media rondaba ya los ochenta años, eran, había dicho Rice, las culpables de la pérdida de competitividad de Yale. Producían,

por una parte, un profesorado no numerario inseguro que no tenía ningún medio de saber cuáles eran los criterios de éxito y de promoción que se ocultaban tras los gustos y prejuicios de los titulares de su departamento, y, por la otra, una gerontocracia oligárquica improductiva y satisfecha de sí misma y a cuyos miembros no les preocupaban los intereses a largo plazo de la institución.

El plan de la doctora Rice, nos explican nuestra fuentes, era de una engañosa sencillez. Propuso utilizar los métodos científicos de evaluación utilizados en otros ámbitos académicos, pero aplicándolos, por primera vez, de un modo realmente exhaustivo y transparente. El sistema giraba en torno a los índices de citación: el Arts and Humanities Citation Index (índice de citación de artes y humanidades), el Social Science Citation Index (índice de citación de ciencias sociales) y el abuelo de todos ellos, el Science Citation Index (índice de citación científico). Por supuesto, con qué frecuencia los autores de un campo citaban el trabajo de otro de su mismo campo eran cifras que ya se consultaban de vez en cuando en las evaluaciones de cara a un ascenso o a una promoción, pero, si le daban el puesto de rectora, la doctora Rice proponía sistematizar y hacer más completo este método de evaluación objetiva. Los índices de citación, insistió, igual que las máquinas que cuentan votos, no tienen favoritos; son incapaces de parcialidad, consciente o inconsciente; y representan la única medición impersonal que permite juzgar la distinción académica. Por lo tanto, a partir de aquel momento, los índices de citación serían el único criterio para la promoción, el ascenso y la concesión de plazas de profesor titular. Si Rice conseguía acabar con el carácter permanente de

las plazas, los índices de citación también servirían de base para la destitución automática de un profesor numerario cuya pereza y poca visibilidad le impedían alcanzar las normas de citación anual (NCA, para abreviar).

De acuerdo con el énfasis neoliberal en la transparencia, en la información total al público y en la objetividad, la rectora Rice propone una versión académica, actualizada y de tecnología punta del sistema de factoría de Robert Owens en New Lanark. Se equipará a todo el profesorado con un gorrito digitalizado. Tan pronto como el modelo haya sido diseñado, con los colores distintivos de Yale, azul y blanco, y los gorros puedan ser fabricados en condiciones humanas, no esclavistas y sin utilizar mano de obra infantil, se les exigirá a todos los profesores que los lleven mientras estén en el campus. En la parte delantera del gorro, sobre la frente, una pantalla digital, similar a la de un taxímetro, mostrará la cifra total de citaciones de este investigador en tiempo real. A medida que los centros de recuento de citaciones totalmente automatizados registren nuevas citaciones, estas citaciones, transmitidas vía satélite, serán enviadas automáticamente al lector digital del gorro. Llamémosle Public Record of Digitally Underwritten Citation Totals (registro público digital certificado del total de citaciones), que produce el útil acrónimo de PRODUCT. Rice hace aparecer la imagen de la excitación que sentirán los estudiantes que escuchan embelesados la clase magistral que está impartiendo un brillante y famoso profesor cuyo gorro, mientras habla, no deja de zumbear y en el que, ante la vista de los alumnos, se va acumulando el total de citaciones. Mientras tanto, en el aula de al lado, los alumnos observan con preocupación la pantalla

inmóvil del gorrito del avergonzado profesor que tienen delante. ¿Qué aspecto tendrá el expediente académico de los alumnos cuando el total acumulado de citas de los profesores a cuyas clases han asistido sea comparado con el total acumulado de sus competidores para entrar en las escuelas de posgrado o profesionales? ¿Han estudiado con los mejores y los más brillantes?

Los estudiantes ya no tendrán que depender de los rumores y de lo que les dicen sus amigos, testimonios siempre falibles, o de los prejuicios de un crítico del curso. La «nota numérica de calidad» de su instructor estará ahí, a la vista de todos y para que todos juzguen por sí mismos. Los profesores no numerarios ya no necesitarán temer el capricho de sus colegas numerarios y titulares. Un criterio único e indiscutible de los logros del profesor proporcionará, igual que un recuento de goles, una medida de calidad y un objetivo claro y nada ambiguo hacia el que dirigir la ambición. En opinión de la rectora Rice, el sistema resuelve el sempiterno problema de cómo reformar los departamentos que languidecen en los desvanes de sus disciplinas y se convierten en bastiones de un rígido patrocinio. Esta medida de estatus profesional, transparente e impersonal y que le da cuentas al público, será utilizada a partir de ahora en sustitución de los comités de promoción y de contratación.

¡Piensen en la claridad! Lo único que tendrá que hacer un selecto panel de distinguidos profesores (seleccionados según el nuevo criterio) será fijar los techos de citas: para la renovación, para el ascenso a profesor asociado, para el nombramiento de numerario, y uno más para el rendimiento

posterior a la ocupación de la plaza de numerario. Después, y una vez la tecnología del gorro haya sido perfeccionada, el proceso quedará totalmente automatizado. Imagínense una profesora de ciencias políticas de las que marca tendencias y a quien se cita mucho, la doctora Tecla Nunca Parada, que está dando su clase magistral en una gran y abarrotada aula de la universidad. De repente, y porque un desconocido investigador acaba de citar su último artículo en la *Revista de Recónditas Investigaciones Recientes* y que, por pura casualidad, esta es la citación que supera su techo y la eleva al siguiente nivel, el gorro reacciona de inmediato y anuncia la buena nueva lanzando destellos blancos y azules, acompañados al mismo tiempo con la música del *Boola-Boola* <sup>44</sup> Los estudiantes, al darse cuenta de lo que acaba de ocurrir, se ponen en pie y le dedican un aplauso a su profesora por su ascenso. Ella se inclina con modestia, contenta y avergonzada al mismo tiempo por el revuelo creado, y prosigue con su clase, pero ahora ya, siendo titular de una plaza. La pantalla sobre la mesa del despacho de la rectora en el Woodbrige Hall le informa de que Tecla ha conseguido entrar en «el círculo mágico de sus propios méritos», y le envía a su vez un mensaje de felicitación que se retransmite a través del gorro vía voz y texto. En breve le llegará un nuevo y distintivo «gorro de numerario» y también el certificado correspondiente.

Los miembros de la corporación, al entender de inmediato la cantidad de tiempo y de debates que les ahorrará este sistema automatizado, y cómo podrá catapultar hacia delante a Yale en la carrera de los rankings del profesorado, se ponen manos a la

---

44 Himno con el que los hinchas jalean los equipos deportivos de la Universidad de Yale. (N. de la t.)

obra para refinar y perfeccionar la técnica. Uno sugiere establecer un sistema de tiempo de depreciación de la citación en el que cada año que pase desde la fecha de la citación, esta pierda un octavo de su valor. Una citación de ocho años se evaporaría, de acuerdo con el ritmo de avance del campo de estudio. Un miembro de la corporación, no sin una cierta reticencia, sugiere que, por coherencia, debería fijarse un techo máximo de retención, incluso en el caso de los profesores antes numerarios. La rectora reconoce que la imagen del descenso del total de citaciones de un profesor, degradándose hasta el nivel de destitución en medio de un seminario, es sin duda un lamentable espectáculo al que asistir. Otro sugiere que, en este tipo de casos, se podría programar el gorro para que la pantalla se quedase en blanco, aunque uno supone que el profesor podría leer su destino en la mirada desviada de sus alumnos.

Por divertida que pueda parecer por derecho propio, el propósito de mi ridiculización de la medición cuantitativa de productividad en el mundo académico va más allá de la simple diversión. Lo que pretendo es ilustrar el argumento de que las democracias, en particular las inmensas democracias como Estados Unidos, que han adoptado los criterios meritocráticos para la selección de la élite y la distribución de los fondos públicos, sienten la tentación de desarrollar medidas de calidad impersonales, objetivas y mecánicas. Sin importar la forma que tomen, índices de citaciones, reválidas estandarizadas o análisis de costes y beneficios, todos ellos siguen la misma lógica. ¿Por qué? La respuesta breve es que hay muy pocas decisiones sociales tan trascendentes para las personas y las familias como la distribución de las

oportunidades de futuro en la vida a través de la educación y del empleo, o tan trascendentales para las comunidades y las regiones como la distribución de fondos públicos dedicados a proyectos de obras públicas. Lo que más atrae de este tipo de medidas es que todas ellas convierten medidas de calidad en medidas de cantidad, lo que permite por lo tanto la comparación entre casos aplicando un sistema de medición aparentemente único e impersonal. Son, sobre todo, una inmensa y engañosa «máquina antipolítica» concebida para convertir cuestiones políticas legítimas en ejercicios neutrales, objetivos y administrativos regidos por expertos. Es este juego de prestidigitación despolitizador el que encubre una profunda falta de fe en las posibilidades del mutualismo y del aprendizaje en la política que tanto valoran anarquistas y demócratas por igual. Antes de llegar a la «política», no obstante, existen otras dos objeciones a estas técnicas de conmensuración cuantitativa que podrían ser letales.

## FRAGMENTO 24.

### INVÁLIDO E INEVITABLEMENTE CORRUPTO

El primer problema, y el más evidente, que plantea este tipo de medidas es que muy a menudo no son válidas; es decir, en raras ocasiones miden con alguna exactitud la calidad que creemos que está en juego.

El Science Citation Index (SCI), fundado en 1963 y el abuelo

de todos los índices de citación, fue idea de Eugene Garfield. Su propósito era el de calibrar y medir el impacto científico de, pongamos por caso, un determinado artículo de investigación, y por extensión, el de un investigador en particular o laboratorio de investigación, mediante el análisis de la frecuencia con la que otros científicos investigadores citaban un artículo publicado. ¿Por qué no? Sin duda era mejor que fiarse de reputaciones informales, de becas y subvenciones y de las oscuras jerarquías sólidamente integradas en las instituciones establecidas, por no hablar de la pura productividad de un experto. Al fin y al cabo, más de la mitad de todas las publicaciones científicas parecen sumergirse hasta el fondo del proceloso mar de las publicaciones sin dejar ningún rastro; no se las cita en absoluto, ¡ni siquiera una sola vez!, y el 80 por 100 solo se citan una vez. El SCI parecía ofrecer una medida neutral, precisa, transparente, desinteresada y objetiva del impacto de un investigador en investigaciones y trabajos subsiguientes. ¡Un golpe al mérito! Y, en consecuencia, al menos al principio, fue comparado con las estructuras de privilegio y de posición que afirmaba sustituir.

Fue un gran éxito, sin duda porque se le dio una gran promoción; ¡no olvidemos que esto es un negocio con ánimo de lucro! Al cabo de poco tiempo, estaba por todas partes: se utilizaba en la concesión de plazas de numerario, para promocionar revistas, clasificar investigadores e instituciones, en análisis tecnológicos y en estudios gubernamentales. Pronto le seguirían el Social Science Citation Index (SSCI) y después, ¿cómo iba a quedar atrás el Arts and Humanities Citation Index?

¿Qué medía exactamente el SCI? Lo primero que hay que observar es la mecanicidad y la abstracción, similares a las de un ordenador, de la recogida de datos. Las citaciones de uno mismo contaban, lo que añadía un cierto onanismo al narcisismo habitual que predomina en el mundo académico, y también lo hacían las citaciones negativas, «el artículo de Fulano es el peor trabajo de investigación que jamás he visto». ¡Apuntale un tanto a Fulano! Ya lo dijo Mae West, «no existe la mala publicidad, ¡solo escriban mi nombre correctamente!». Las citaciones en los libros, a diferencia de las de artículos, son votos nulos. Lo que es más serio, ¿qué pasa si NADIE NUNCA LEE los artículos en los que se cita un trabajo, como ocurre en muchos casos? Por otra parte, sucede también que se trata de un ejercicio muy provinciano; se trata, al fin y al cabo, de una operación en lengua inglesa, y por lo tanto, angloestadounidense. Garfield afirmaba que el provincianismo de la ciencia francesa se constataba en el hecho de no haber adoptado el inglés como la lengua vehicular de la ciencia. En ciencias sociales, a primera vista, parece absurdo, si bien es cierto que la traducción y venta del trabajo de un investigador a cientos de miles de intelectuales chinos, brasileños o indonesios no añadirá nada al estatus SSCI de dicho investigador a menos que sus lectores dejen registrada su gratitud en una revista en lengua inglesa o en alguna de las pocas revistas en lengua no inglesa incluidas en el círculo mágico.

Obsérvese también que el índice, al ser una cuestión estadística, debe favorecer sin duda las especialidades en las que hay más tráfico, lo que equivale a decir las principales corrientes de investigación, o, en palabras de Kuhn, la «ciencia

normal». Nótese por último que la «subjetividad cosificada» del SSCI es también sumamente presentista. ¿Y si de aquí a tres años se abandona una línea de investigación vigente, al considerarla un ejercicio estéril? La oleada de hoy, y la curiosidad estadística que crea, tal vez le hayan permitido a nuestro afortunado investigador navegar sobre la cresta de la ola y llegar a un puerto seguro a pesar de su error. No es necesario darle más vueltas a estas deficiencias del SSCI que solo sirven para mostrar la inevitable brecha entre las medidas de este tipo y la calidad subyacente que pretenden evaluar. El triste hecho es que muchas de estas deficiencias podrían ser corregidas reformando y mejorando los procedimientos mediante los cuales se construye el índice. En la práctica, no obstante, se prefiere la medida más esquemáticamente abstracta y más sencilla de computar debido a su facilidad de uso y, en este caso, su menor coste. Ahora bien, bajo el sistema de medición aparentemente objetivo de las citas se oculta una larga serie de «convenciones contables», de gran calado político y que tienen enormes consecuencias, que se han introducido a la chita callando en los sistemas de medición.

Mi broma a expensas del SSCI tal vez peca de excesiva mordacidad. Mi argumentación, sin embargo, puede extenderse a cualquier estándar cuantitativo que se aplique con rigidez. Tomemos por ejemplo el aparentemente razonable criterio de «los dos libros» que se suele aplicar en algunos departamentos de Yale a la hora de tomar decisiones con relación a la concesión de una plaza titular a algún profesor. ¿Cuántos investigadores hay cuyo único libro o artículo haya generado más energía intelectual que las obras

reunidas de otros investigadores cuantitativamente mucho más «productivos»? El mecanismo de reducción de un objeto a una magnitud estándar que se puede medir conocido con el nombre de «cinta métrica», puede decirnos que un interior de Vermeer y una boñiga de vaca miden ambas 50 centímetros de ancho, pero ahí termina el parecido.

El segundo y letal fallo es que incluso si la unidad de medida, cuando se concibe por primera vez, es una medida válida, su misma existencia desencadena una serie de acontecimientos que socava su utilidad. Llamemos a este fenómeno un proceso por el cual «una unidad de medida coloniza el comportamiento», negando así cualquier validez que hubiera podido tener en el pasado. Por ejemplo, ha llegado a mis oídos que existen «círculos» de investigadores que se han puesto de acuerdo en citarse los unos a los otros de forma rutinaria para elevar así su índice de citas! Las connivencias descaradas de este tipo son la versión más notoria de un fenómeno de mayor alcance. El mero hecho de saber que el índice de citas puede hacer o destruir carreras ejerce una influencia que dista mucho de ser sutil sobre la conducta profesional: por ejemplo, los incentivos que esto hace aparecer robustecen el tirón gravitacional de las corrientes metodológicas dominantes y de los subcampos de estudio más poblados, estimulan la elección de revistas y fomentan los mágicos mantras de los personajes más notables de un determinado campo. Esto no tiene que significar necesariamente un burdo comportamiento maquiavélico, sino que más bien estoy señalando la constante presión en los márgenes que invita a actuar «con prudencia». El resultado, a largo plazo, es una presión selectiva, en el sentido darwiniano,

que favorece la supervivencia de los que logran satisfacer o superar las cuotas marcadas por los auditores.

Un índice de citación no es una mera observación, es una fuerza en el mundo capaz de generar sus propias observaciones. A los teóricos sociales les ha impresionado tanto esta colonización que han intentado darle una formulación similar a la de una ley en el marco de la ley de Goodhart, que sostiene que «cuando una medida se convierte en una meta, deja de ser una buena medida».<sup>45</sup> Y Matthew Light aclara: «una autoridad establece un criterio cuantitativo para medir un determinado logro; los responsables de satisfacer este criterio lo satisfacen, pero no del modo que se pretendía».

Un ejemplo histórico puede clarificar lo que quiero decir. Los funcionarios al servicio de los reyes absolutistas franceses decidieron crear un impuesto sobre la residencia de sus súbditos según el tamaño de su casa. Para ello, se hicieron con una herramienta brillante, contar las ventanas y las puertas de una residencia.

Al principio del ejercicio, la cantidad de ventanas y puertas era una representación casi perfecta del tamaño de una casa, pero a lo largo de los dos siglos siguientes, «el impuesto de puertas y ventanas», como se le conocería, impulsó a la gente a reconstruir su casa de disminuyendo al máximo el número de aberturas y, de este modo, reducir el impuesto a pagar. Uno puede imaginarse a generaciones de franceses asfixiándose en

---

45 C. A. E Goodhartt, «Monetary Relationships; A View from Thread needle Street,» Papers in Monetary Econoinics, Reserve Bank of Australia, 1975.

sus mal ventilados «refugios fiscales». Lo que al principio era una medida válida se convirtió en una medida sin ninguna validez.

Sin embargo, este tipo de políticas no se limita a las ventanas de la Francia prerrevolucionaria. De hecho, métodos de auditoría y de control de calidad similares han llegado a dominar los sistemas educativos de una gran parte del mundo. En Estados Unidos, el SAT (Scholastic Assessment Test, examen de aptitud académica, el equivalente aproximado a las pruebas de selectividad españolas) ha llegado a representar la técnica de cuantificación que sirve para distribuir las oportunidades educativas de una forma aparentemente objetiva. Podríamos también tomar como ejemplos el «infierno de exámenes» que domina el acceso a la formación universitaria, y por lo tanto las oportunidades de futuro en la vida de una persona, en cualquier otro país.

Digamos solo que, en lo que respecta a la educación, el SAT no es solo la cola que agita al perro, sino que ha reconfigurado la raza del perro, su apetito, su entorno y las vidas de todos quienes lo cuidan y lo alimentan. Es un impresionante ejemplo de colonización. Un conjunto de poderosas observaciones cuantitativas, insistimos, crean algo parecido al principio de incertidumbre de Heisenberg en el que la carrera por conseguir la puntuación necesaria transforma por completo el campo de observación. «Las tecnologías cuantitativas funcionan mejor», nos recuerda Porter, «si el mundo que deseamos describir puede ser reconstruido a la propia imagen

de dichas tecnologías.»<sup>46</sup> Es una manera elegante de afirmar que el SAT ha reconfigurado tanto la educación, según la imagen monocromática del examen, que lo que ahora observa el SAT es sobre todo el efecto de lo que el propio SAT ha hecho aparecer.

Por lo tanto, el deseo de medir la calidad intelectual por medio de exámenes estandarizados y, además, la utilización de estos exámenes para distribuir recompensas a los estudiantes, profesores y escuelas tienen unos perversos efectos colonizadores. Una industria auténticamente multimillonaria comercializa cursos acelerados e intensivos y técnicas que pretenden mejorar los resultados en unos exámenes que se suponían inmunes a este tipo de estratagemas. Stanley Kaplan construyó su imperio de libros de texto y cursos de preparación a los exámenes basándose en la premisa de que uno podía aprender a superar el examen de acceso a la universidad, a los cursos de grado, a la facultad de derecho o a la de medicina, etc. Los todopoderosos criterios del sistema auditor cierran el círculo y regresan al punto de partida, y colonizan el mundo de la educación; la medida sustituye a la calidad que se supone que solo tiene que evaluar. Lo que sigue después es algo parecido a una carrera armamentística en la que los que formulan el examen intentan ser más listos que los vendedores de los manuales de preparación al examen. La medición acaba por corromper la deseada sustancia o calidad. En consecuencia, una vez que se da a conocer el «perfil» del candidato que logra acceder a una universidad de la Ivy

---

**46** Theodore Porter, *Trust in Numbers: The Pursuit of Objectivity in Science and Public Life*, Princeton University Press, Princeton, N J, 1995, p. 43.

League, aparece la posibilidad de estafar al sistema. Los padres ricos contratan consultores de educación para que aconsejen a sus hijos, con un ojo puesto en el perfil de la Ivy League, sobre qué actividades extraescolares son deseables, qué trabajo de voluntariado o qué otras actividades pueden resultar ventajosas. Lo que empezó como un ejercicio de buena fe para emitir juicios de calidad se convierte, cuando los padres intentan «posicionar» a sus hijos, en una estrategia. Se hace casi imposible entonces evaluar el significado o la autenticidad de este tipo de comportamiento corrompido por el sistema de auditoría.

El deseo de disponer de instrumentos de medida del rendimiento que fueran cuantitativos, impersonales y objetivos fue, por supuesto, parte integral de las técnicas de gestión que el «niño prodigio» Robert McNamara llevó al Pentágono desde la Ford Motor Company, técnicas que aplicaría a la guerra en Indochina. En una guerra sin líneas de combate claramente delimitadas, ¿cómo podía uno calibrar el avance? McNamara le dijo al general Westmoreland, «general, enséñeme un gráfico que explique si estamos ganando o perdiendo en Vietnam». El resultado fueron al menos dos gráficos: uno, el más notorio, era un índice de desgaste al que se le incorporó el total del «recuento de cadáveres» del personal enemigo muerto en combate. Sometidos a una enorme presión por demostrar que había progreso, y a sabiendas de que las cifras influenciaban en los ascensos, las condecoraciones y las decisiones sobre descansos y permisos, los que hicieron las cuentas se aseguraron de inflar los números. Omitieron cualquier ambigüedad entre caídos civiles y militares y prácticamente todos los cadáveres se convirtieron

en personal militar enemigo. Al cabo de poco tiempo, el total de enemigos muertos superaba el total conocido de la suma de los combatientes de lo que se conocía como Vietcong y del ejército norvietnamita. Y sin embargo, en el campo de batalla, el enemigo distaba mucho de haber sido vencido.

El segundo índice fue un intento de tomar la medida de las simpatías civiles en la campaña Win Hearts and Minds,<sup>47</sup> WHAM, y el núcleo de este sistema de medición era el Hamlet Evaluation System (sistema de evaluación de las aldeas): todas y cada una de las doce mil aldeas survietnamitas fueron clasificadas, según un complicado sistema, como «pacificada», «en disputa» u «hostil». Una vez más, la presión por demostrar avances era implacable, pero se encontraron los medios de conseguir que el gráfico mostrara mejoras: falseando las cifras, creando sobre el papel milicias de autodefensa que hubieran henchido de orgullo a Grigory Poremkin, el ministro de la zarina Catalina, y no incluyendo en las estadísticas los incidentes de actividad insurgente. El fraude descarado, aunque frecuente, fue menos habitual que la comprensible tendencia a resolver cualquier ambigüedad en la dirección a la que llevaban los incentivos para obtener una evaluación favorable y un ascenso. Gradualmente, parecía, las zonas rurales del Vietnam estaban siendo pacificadas.

McNamara había creado un infernal sistema de evaluación que no solo produjo un mero simulacro de progreso legible, «un rendimiento del mando», por decirlo de alguna manera, sino que además bloqueó un diálogo más amplio sobre lo que,

---

47 Campaña de propaganda estadounidense con la que se pretendía atraer la simpatía de la población local durante la guerra de Vietnam. (N. de la t.)

en estas circunstancias, podría significar «progreso». Tal vez hubieran debido prestarle más atención a las palabras de un verdadero científico, Einstein: «No todo lo que cuenta puede contarse, y no todo lo que puede contarse, cuenta».

Por último, un ejemplo más reciente de esta dinámica, que lamentablemente muchos inversores estadounidenses conocen muy bien, nos lo proporciona la quiebra de Enron Corporation. En la década de 1960, a las escuelas de negocios les preocupaba el problema de cómo «disciplinar» a los directivos de las grandes empresas para que dejaran de trabajar al servicio de sus propios y estrechos intereses a expensas de los intereses de los propietarios de la empresa (también conocidos con el nombre de accionistas). La solución que idearon fue la de vincular la compensación económica de los altos directivos a los resultados de la empresa, medidos en función del valor de la empresa para el accionista (también conocido con el nombre de precio por acción). Puesto que su compensación en opciones sobre acciones, en general trimestrales, dependía del precio por acción, los gestores reaccionaron y se apresuraron a crear técnicas, en colaboración con sus contables y auditores, con las que poder cocinar los libros de tal modo que alcanzaran el precio por acción requerido y poder así cobrar sus bonificaciones. A fin de forzar al alza el valor de las acciones de la compañía, inflaron los beneficios y ocultaron las pérdidas para que otros, engañados, ofrecieran un precio más alto por acción. Por lo tanto, el intento de darle total transparencia al rendimiento de los directivos, sustituyendo los sueldos que se les pagaban en recompensa por su trabajo y experiencia por opciones sobre acciones, produjo un resultado totalmente inesperado y

negativo. Una «lógica de estafa» similar estaba en funcionamiento cuando las hipotecas fueron transferidas a los complejos instrumentos financieros involucrados en el descalabro de la economía mundial en el año 2008. En interés de la transparencia, las agencias de calificación de bonos, dejando a un lado el hecho de que quienes las financiaban eran los propios emisores de los bonos, pusieron sus fórmulas de calificación a disposición de las agencias de inversión. Al conocer los procedimientos, o mejor aún, al contratar a los propios calificadores, se hizo posible la operación inversa, es decir, emitir bonos teniendo presente la fórmula y conseguir así de este modo las mejores calificaciones (AAA) para instrumentos financieros con un alto grado de riesgo. Una vez más, la auditoría fue todo un éxito, pero el paciente murió.

## FRAGMENTO 25.

### DEMOCRACIA, MÉRITO Y EL FIN DE LA POLÍTICA

El gran atractivo de las medidas de calidad cuantitativas nace, creo, de dos fuentes: la creencia democratizadora en la igualdad de oportunidades frente a los privilegios, la riqueza y el derecho heredados, por una parte, y por la otra, la moderna convicción de que el mérito puede ser medido científicamente.

Los modernos creyeron que la aplicación de leyes científicas y mediciones cuantitativas a la mayor parte de los problemas sociales, una vez que los «hechos» fueran conocidos,

eliminaría los debates estériles. Esta lente sobre el mundo, integrada en él, tiene una agenda política profundamente incrustada, y, a este respecto, hay hechos (en general numéricos) que no necesitan interpretación. La dependencia de estos hechos debería reducir el destructivo juego de narrativas, sentimientos, prejuicios, hábitos, hipérbole y emoción que suelen encontrarse en la vida pública. Una evaluación fría, clínica y cuantitativa resolvería cualquier disputa, y tanto las pasiones como los intereses serían sustituidos por un juicio técnico neutral. Estos científicos modernos aspiraban a minimizar las distorsiones de la subjetividad y de la política partidista para conseguir lo que Lorraine Daston ha denominado «una objetividad sin perspectiva», una visión desde ningún lugar.<sup>48</sup> El orden político más compatible con este punto de vista era el gobierno desinteresado e impersonal de una élite de formación técnica que utilizaba su conocimiento científico para regir los asuntos humanos. Esta aspiración se consideraba un nuevo «proyecto civilizador». Los cerebrales reformistas progresistas estadounidenses de principios del siglo XX y, por extraño que parezca, también Lenin, creían que el conocimiento científico objetivo permitiría que la «administración de las cosas» sustituyera en su mayor parte a la política. Su evangelio de eficacia, formación técnica y soluciones de ingeniería implicaba un mundo dirigido por una élite gestora profesional, formada y racional.

El concepto de meritocracia es el compañero de viaje natural

---

48 Lorraine Daston, «Objectivity and the Escape from Perspective», *Social Studies of Science* 22 (1992); 597-618.

de la democracia y de la modernidad científica.<sup>49</sup> La clase gobernante ya no sería nunca más un accidente de un nacimiento noble, de la riqueza heredada, o de cualquier tipo de estatus social heredado. Los gobernantes serían elegidos, y por lo tanto legitimados, en virtud de su capacidad, su inteligencia y sus conocimientos demostrados. (Hago aquí una pausa para observar cómo otras cualidades que uno podría verosímilmente desear ver en quienes asumen posiciones de poder, tales como la compasión, la sabiduría, el valor o una gran experiencia, desaparecen por completo de esta enumeración.) La mayoría de la ciudadanía educada dio por sentado que la inteligencia, según los estándares de la época, era una cualidad que se podía medir. La mayoría dio por sentado, además, que la inteligencia estaba distribuida, si no de modo aleatorio, entonces al menos, de una forma más amplia que la riqueza o los títulos nobiliarios. La misma idea de distribuir, por primera vez, la posición y las oportunidades de la vida fundamentándose para ello en un mérito mensurable ya era una ráfaga de aire fresco democrático. Le prometía a toda la sociedad lo que las «carreras abiertas al talento» y basadas en el mérito de Napoleón le habían prometido a la clase media francesa más de un siglo antes.

El concepto de una meritocracia mensurable era democrático también en otro aspecto: restringía radicalmente las pretensiones al poder discrecional que antes habían

---

49 El término «meritocracia» fue acuñado a finales de la década de 1940 por el británico Michael Young en su fantasía distópica *The Rise of the Meritocracy, 1870-2033: An Essay on Education and Inequality*, Thames and Hudson, Londres, 1958 [hay trad. cast.: *El triunfo de la meritocracia, 1870-2033*, Tecnos, 1964], en la que reflexionaba sobre las desventajas, para la clase obrera, de la elección de la élite gobernante sobre la base de la puntuación obtenida en un test de inteligencia.

reivindicado las clases profesionales. A lo largo de la historia, las profesiones habían funcionado en forma de gremios industriales, marcando sus propias normas, y guardando celosamente sus secretos profesionales, sin tolerar escrutinios externos que pudieran anular sus propias resoluciones. A los abogados, médicos, contables, ingenieros y profesores se les contrataba por sus opiniones y juicios profesionales, en general inefables y opacos.

## FRAGMENTO 26.

### EN DEFENSA DE LA POLÍTICA

*Los errores cometidos por un movimiento obrero revolucionario son muchísimo más fructíferos y más valiosos que la infalibilidad de cualquier partido.*

ROSA LUXEMBURGO

El auténtico daño que causa confiar sobre todo en el mérito medido cuantitativamente y en sistemas auditores numéricos «objetivos» para evaluar la calidad es consecuencia de haber descartado cuestiones vitales que deberían formar parte de un enérgico debate democrático y ponerlas en manos de expertos

a quienes se supone neutrales. Es esta despoltización espuria de las decisiones trascendentales que afectan a las oportunidades en la vida de millones de ciudadanos y comunidades lo que priva a la esfera pública de lo que por derecho le pertenece. Si hay una convicción que comparten los pensadores anarquistas y los populistas no demagogos, esta es la fe en la capacidad de aprendizaje y de crecimiento de una ciudadanía democrática mediante la participación en la esfera pública. Del mismo modo que podemos preguntarnos qué tipo de persona produce una determinada práctica rutinaria en la oficina o en la factoría, también podemos querer preguntar cómo un proceso político podría ampliar el conocimiento y las capacidades de los ciudadanos. A este respecto, a los anarquistas, que creen en el mutualismo sin jerarquías y en la capacidad de los ciudadanos de la calle de aprender a través de la participación, este modo de cortocircuitar el debate democrático les parecería lamentable. Cuando se utilizan el índice de citación SSCI y el SAT, el examen de reválida estandarizado, y el ahora omnipresente análisis de costes y beneficios, estamos viendo en funcionamiento la máquina antipolítica.

La antipolítica del SSCI consiste en la sustitución de un sano debate sobre la cualidad por un cálculo pseudocientífico. La auténtica política de una disciplina, su política digna de atención en cualquier caso, es precisamente el diálogo sobre criterios de valor y de conocimiento. Me hago muy pocas ilusiones sobre la calidad habitual de este diálogo. ¿Hay en juego intereses y relaciones de poder? Por supuesto que sí. Están omnipresentes. No obstante, no hay nada que pueda sustituir este debate necesariamente cualitativo y nunca

concluyente. Es la sangre que le da la vida al carácter de una disciplina, un combate que se libra en las reseñas, evaluaciones, aulas, mesas redondas, debates y en la toma de decisiones con relación al programa educativo, la contratación y el ascenso de profesores. Cualquier intento de limitar este debate mediante, por ejemplo, la balcanización en subcampos casi autónomos, el establecimiento de rígidos criterios cuantitativos, o la creación de complicadas tablas de resultados, tiende siempre a congelar una ortodoxia dada o a fijar en una posición inamovible el reparto de cargos y puestos.

El sistema SAT, por su parte, lleva el último medio siglo abriendo y cerrándoles a millones de estudiantes sus oportunidades de futuro. Ha contribuido a configurar una élite. No es de extrañar, pues, que esta élite vea con buenos ojos un sistema que le ha ayudado a ponerse al frente de la manada. El sistema es apenas lo bastante abierto, lo bastante transparente y lo bastante imparcial como para permitir que las élites y quienes no pertenecen a ellas lo consideren una competición nacional imparcial para conseguir progresar. Más de lo que harían la riqueza o la noble cuna, les brinda la oportunidad a los vencedores de creer que la recompensa obtenida es merecida, aunque las correlaciones entre los resultados del SAT y el estatus socioeconómico basten para convencer a un observador imparcial de que no hay ninguna puerta abierta. El SAT, a todos los efectos, seleccionó a una élite elegida de forma más imparcial que sus antecesores, más legítima y que, por lo tanto, está mejor situada para defender y reforzar la institución responsable de la naturalización de la excelencia de dicha élite.

Mientras tanto, nuestra vida política se ha empobrecido. El dominio del SAT convence a muchos estadounidenses blancos de clase media de que la discriminación positiva es una dura elección entre el mérito objetivo, por una parte, y el favoritismo de clase por la otra. Se nos ha privado de un diálogo público que debata cómo deberían ser asignadas las oportunidades educativas en una sociedad democrática y plural. Se nos ha privado de un debate en el que se discutan qué cualidades queremos que tengan nuestras élites y cada una de nuestras escuelas, en la medida en la que el programa educativo se limita a hacerse eco de la estrecha visión túnel del SAT.

Un ejemplo extraído de un campo diferente al de la política pública ilustra el modo en el que presunciones muy discutibles se introducen subrepticamente en la propia estructura de la mayor parte de los sistemas auditores e índices cuantitativos. El análisis de costes y beneficios, del que fueron pioneros los ingenieros salidos de la escuela francesa de alta administración École des Ponts et Chaussées, y que ahora aplican las agencias de desarrollo, las instituciones de planificación, el cuerpo de ingenieros del ejército de Estados Unidos y el Banco Mundial a prácticamente cualquier iniciativa, es un destacado ejemplo al respecto. El análisis de costes y beneficios consiste en una serie de técnicas de valoración diseñadas para calcular los beneficios de un proyecto dado (una carretera, un puente, una presa, un puerto). Este tipo de análisis exige que todos los costes y todos los beneficios sean monetizados de modo que puedan ser subsumidos bajo el mismo sistema métrico. Por lo tanto, el coste de, por ejemplo, la extinción de una determinada especie de pez, o la pérdida de una espléndida

vista, de puestos de trabajo y de aire limpio, si tiene que ser incluido en el cálculo, debe ser expresado en euros o en dólares. Este tipo de cálculo exige algunas presunciones heroicas. Por la pérdida de una magnífica vista, se utiliza el «*shadow pricing*», precio sombra o precio virtual, que se obtiene preguntándoles a los residentes cuánto estarían dispuestos a pagar en forma de impuestos añadidos para conservar esta vista, ¡y esta es la cifra que se convierte entonces en el valor monetario de la vista! Si los pescadores vendieran el pescado de la especie extinguida por culpa de la construcción de una presa o dique, esta pérdida de ventas representa el valor monetario de la extinción de dicha especie de peces; si estos peces no se vendieran, entonces, para el propósito del análisis, la extinción de la especie no tiene ningún valor. Por muy decepcionados que estén los quebrantahuesos, las nutrias y las serretas de pico rojo por haber perdido sus medios de subsistencia, solo cuentan las pérdidas que afectan a los humanos, y las pérdidas que no pueden ser monetizadas no entran en el análisis. Cuando, pongamos por caso, una tribu india rechaza una compensación y declara que las tumbas de sus ancestros, que en poco tiempo quedarán sumergidas bajo el agua de un pantano, tienen «un valor incalculable», se desafía la lógica del análisis de costes y beneficios y las tumbas se caen de la ecuación.

Todo, todos los costes y todos los beneficios, debe reducirse a una medida estándar y ser monetizado para incorporarse a los cálculos que miden la proporción de beneficios: la vista de una puesta de sol, las truchas, la calidad del aire, los puestos de trabajo, el ocio, la calidad del agua. Tal vez la más audaz de las presunciones tras el análisis de costes y beneficios sea el

valor del futuro, sí, del futuro. Y esta presunción plantea una pregunta, ¿cómo se calculan los beneficios futuros de, pongamos por caso, la mejora gradual de la calidad del agua o de la creación de puestos de trabajo en el futuro? En general, la regla es que los beneficios futuros serán descontados a la tasa de interés media o vigente, ni más ni menos. En la práctica, esto significa que casi todos y cada uno de los beneficios, a menos que sean inmensos, a más de cinco años vista serán insignificantes una vez hayan sido descontados por este método. Aquí tenemos entonces una decisión política crucial sobre el valor del futuro que se inserta subrepticamente en la forma de una mera convención contable en la fórmula del coste-beneficio. Aparte de las manipulaciones de las que siempre ha sido objeto el análisis de costes y beneficios, el gran daño que supone, incluso cuando se aplica con rigor, es que despolitiza de un modo radical la toma pública de decisiones.

Porter atribuye la adopción de los sistemas auditores de este tipo en Estados Unidos a la «falta de confianza en las élites burocráticas» e insinúa que Estados Unidos, «para controlar el ejercicio de la resolución de cuestiones oficiales, confía en reglas en un grado mucho mayor que cualquier otra democracia industrializada». <sup>50</sup> Por lo tanto, los sistemas auditores de este tipo, que tienen el objetivo de conseguir una total objetividad mediante la supresión de toda discreción, representan tanto la apoteosis de la tecnocracia como su enemigo más acérrimo y su justo castigo.

Cada una de estas técnicas es un intento de sustituir las prácticas sospechosas y aparentemente antidemocráticas de una élite profesional por un procedimiento de evaluación transparente, mecánico, explícito y, en general, numérico. Cada una de estas técnicas es una completa paradoja de arriba abajo, puesto que la técnica es también una respuesta a la presión política: el deseo de que el público aclame unos procedimientos de decisión, a todos los efectos limitadores, que sean explícitos, transparentes y por lo tanto, en principio, accesibles. Aunque el análisis de costes y beneficios sea una respuesta a la presión política de la ciudadanía, y tenemos aquí una primera paradoja, su éxito depende por completo de que parezca apolítico de principio a fin: objetivo, no partidista y palpablemente científico. Bajo estas apariencias, por supuesto, el análisis de costes y beneficios es intensamente político. Su política se encuentra enterrada en lo más profundo de las técnicas de cálculo: en primer lugar, en qué medir, en cómo medirlo, en qué escala utilizar, en las convenciones para «descontar» y «reducir a una magnitud estándar que se pueda medir», en cómo se traducen las observaciones en valores numéricos y en cómo se utilizan estos valores numéricos para tomar decisiones. Al mismo tiempo que rechazan las acusaciones de parcialidad y de favoritismo, estas técnicas, y aquí tenemos una segunda paradoja, logran insertar con brillantez un programa político, en el nivel de los procedimientos y convenciones de cálculo, que resulta opaco e inaccesible por igual.

Cuando son un éxito político, las técnicas del SAT, del análisis de costes y beneficios y, a este respecto, también del cociente de inteligencia (IQ, del inglés *intelligence quotient*) parecen

igual de sólidas, objetivas e incuestionables que los números de la presión sanguínea, la lectura de un termómetro, el nivel de colesterol o el recuento de leucocitos. Las lecturas son sin duda alguna impersonales y, en lo que respecta a su interpretación, «el doctor es el que sabe».

Dichas técnicas parecen eliminar el caprichoso elemento humano de la toma de decisiones. De hecho, una vez que estas técnicas, y sus presunciones profundamente incrustadas e intensamente políticas, han quedado consolidadas con firmeza, sí que limitan la discreción de los funcionarios. Ante acusaciones de parcialidad, el funcionario puede afirmar, no sin una cierta verdad, que «lo único que hago es hacer girar la palanca», la de una máquina apolítica de toma de decisiones. El fundamental escudo protector que proporciona este tipo de máquinas apolíticas contribuye a explicar por qué su validez preocupa menos que su estandarización, precisión e imparcialidad. Aun cuando el SSCI no mida la calidad del trabajo de un investigador, aun cuando el SAT no mida realmente la inteligencia ni prediga el éxito en la universidad, ambos constituyen un modelo preciso, imparcial y público, un conjunto transparente de reglas y objetivos. Cuando este tipo de herramientas triunfan, logran la necesaria alquimia: toman los contenciosos, las batallas por recursos en las que mucho se halla en juego, las oportunidades en la vida de una persona, los beneficios para megaproyectos, y los Transmutan en decisiones técnicas apolíticas sobre las que presiden funcionarios cuya neutralidad está más allá de cualquier reproche. Los criterios para las decisiones son explícitos, están estandarizados y se conocen de antemano. Se hace desaparecer la discreción y la política mediante técnicas que,

en el fondo, están saturadas al máximo de elecciones discrecionales y presunciones políticas, ahora protegidas con gran eficacia de la vista del público.

El muy extendido uso de índices numéricos no está limitado a ningún país en particular, ni a alguna rama determinada de la política pública, ni tampoco, de hecho, al presente inmediato. Que en la actualidad se hayan puesto de moda adoptando la forma de «sociedad auditora», se debe en parte, por supuesto, al auge de las grandes corporaciones, cuyos accionistas intentan medir la productividad y los resultados, y a la política neoliberal de las décadas de 1970 y 1980, ejemplificada por Thatcher y Reagan y su énfasis en el «valor por dinero» en la administración pública, y quienes, tomando prestadas técnicas de la ciencia de la gestión empresarial en el sector privado, intentaron instaurar puntuaciones y «tablas de liga» para escuelas, hospitales, policía, bomberos y otras instituciones. La causa más profunda, paradójicamente una vez más, radica en la democratización y en la exigencia de que se controlaran las decisiones administrativas. Estados Unidos parece ser una especie de valor atípico en su modo de abrazar las auditorías y la cuantificación. Ningún otro país ha adoptado los sistemas auditores en educación, guerra, obras públicas y compensación de directivos empresariales con el entusiasmo que lo ha hecho Estados Unidos. Contradiciendo la imagen que el país proyecta de sí mismo, la de una nación de rudos individualistas, los estadounidenses se encuentran entre los ciudadanos más normalizados y controlados del mundo.

El gran fallo de todas estas técnicas de administración radica en que, en nombre de la igualdad y de la democracia,

funcionan como una inmensa «máquina antipolítica» que elimina de un plumazo grandes espacios de legítimo debate público, expulsándolos de la esfera pública y arrojándolos en brazos de los comités técnicos y administrativos. Estas técnicas obstaculizan los instructivos y potencialmente fortalecedores debates sobre política social, el significado de la inteligencia, la selección de las élites, el valor de la igualdad y de la diversidad, y el propósito del crecimiento económico y del desarrollo. En resumen, son los medios mediante los cuales las élites técnicas y administrativas intentan convencer a un público escéptico, al mismo tiempo que excluyen del debate a este mismo público, de que no tienen preferencias, de que no emprenden oscuras acciones discrecionales, de que no son en absoluto parciales, sino que se limitan a realizar cálculos técnicos y transparentes. En la actualidad, estas técnicas son la marca de fábrica del orden político neoliberal en el que las técnicas de la economía neoclásica, escudándose en el cálculo científico, han llegado a reemplazar otras formas de razonamiento.<sup>51</sup> Cuando oigan

---

51 ¿Dónde trazamos la línea divisoria entre la cuantificación justificada, la que intenta conseguir transparencia, objetividad, control democrático y salidas sociales igualitarias, y la cuantificación metastásica, que sustituye y, de hecho, asfixia los debates políticos sobre el rumbo correcto de la política pública? Es indudable que no podemos concluir que todos los usos oficiales de los métodos auditores son erróneos o una insensatez, sino que, más bien, necesitamos encontrar modos de distinguir entre los usos sensatos y los peligrosos de los números. Cuando nos enfrentamos a auditorías y a índices cuantitativos, deberíamos hacernos algunas preguntas. Yo sugeriría plantear preguntas que respondan a las preocupaciones planteadas antes en mi análisis, a saber, la presencia o carencia de la validez de un constructo, la posibilidad de «antipolíticas», y la colonización y el peligro de la retroalimentación. Por lo tanto, nosotros, como ciudadanos, deberíamos preguntarnos:

- a. ¿Cuál es la relación entre el índice cuantitativo propuesto y el constructo (la cosa en el mundo) que se supone que tiene que medir? (Por ejemplo, ¿representa el SAT con exactitud la aptitud de un estudiante, o más en general, si el o la estudiante se merece estudiar en la universidad?)
- b. ¿Se oculta o se elude alguna cuestión política bajo el disfraz de la cuantificación?

decir a alguien que «he invertido mucho en él/ella», o referirse al «capital» humano o social, o al «coste de oportunidad» de una relación humana, les aseguro que sabrán de lo que estoy hablando.

---

(Por ejemplo, el sistema de evaluación de aldeas por puntos y por recuento de cadáveres, ¿ofuscó el debate en Estados Unidos sobre si la guerra de Vietnam era una acción inteligente o si, de hecho, podía ganarse?)

c. ¿Cuáles son las posibilidades de que el índice sea colonizado o subvertido, tales como informes falsos, efectos de retroalimentación o el establecimiento de prejuicios contra otras metas importantes? (la dependencia de las universidades estadounidenses en el SSCI, ¿condujo a la publicación de pesimos artículos o al fenómeno de los «círculos de citación»?).

En resumen, no estoy proponiendo un ataque contra los métodos cuantitativos, ni en el mundo académico ni en el político, pero lo que sí es cierto es que necesitamos desmitificar y desacralizar los números, insistir en que no siempre pueden responder a las preguntas y cuestiones que se plantean. Y necesitamos, sin duda, reconocer los de bares sobre la asignación de los escasos recursos por lo que son, política, y por lo que no son, decisiones técnicas. Debemos empezar por preguntarnos si el uso de la cuantificación en un determinado contexto tiene posibilidades de hacer avanzar o, por el contrario, de obstaculizar el debate político, y si tiene probabilidades de alcanzar o socavar nuestros objetivos políticos.

## VI. PARTICULARIDAD Y FLUJO

*Los que escriben la historia son hombres cultos, y por tanto, para ellos es natural y agradable pensar que la actividad de su clase constituye la base del movimiento de la humanidad.*

LEÓN TOLSTÓI, *Guerra y paz*

### FRAGMENTO 27.

#### SIMPATÍA Y BONDAD AL POR MENOR

El heroísmo de la ciudad francesa de Le Chambon-sur-Lignon, en el departamento del Alto Loira, que en la Francia de Vichy consiguió dar refugio, alimentar y enviar rápidamente hacia la seguridad a más de cinco mil refugiados, muchos de ellos niños judíos, ha quedado ahora consagrado por los anales de la resistencia al nazismo. Los libros y las películas han celebrado los muchos actos de valentía silenciosa que hicieron posible este poco común rescate.

En este punto, quisiera hacer hincapié en la particularidad de

estos actos de un modo que, aunque pueda restarle algo de valor a la magnífica narrativa de la resistencia religiosa al antisemitismo, al mismo tiempo nos haga comprender mejor la especificidad de los gestos humanitarios.

Muchos habitantes de Le Chambon-sur-Lignon eran hugonotes, y sus dos sacerdotes eran posiblemente las voces más respetadas e influyentes de la comunidad. Como hugonotes, tenían su propia, memoria colectiva, al menos desde la masacre del día de San Bartolomé, de persecución religiosa y de huida. Mucho antes de la ocupación ya habían manifestado su simpatía por las víctimas del fascismo acogiendo a refugiados huidos de la España franquista y de la Italia de Mussolini. Es decir, sus convicciones y su experiencia les habían predispuesto para poder comprender el mal trago por el que pasaban los refugiados de los estados autoritarios, y más en particular el pueblo bíblico de los judíos. No obstante, traducir esta compasión en acciones prácticas de ayuda y, bajo el régimen de Vichy, mucho más peligrosas, no era tan sencillo.

En previsión de la llegada de judíos, los sacerdotes hugonotes empezaron a intentar movilizar los refugios clandestinos y los alimentos que sabían iban a necesitar de sus feligreses. Tras la abolición de la zona libre en el sur de Francia, ambos sacerdotes fueron detenidos y trasladados a un campo de concentración. En este amenazante contexto, las esposas de los religiosos asumieron el rol de sus maridos y se pusieron a trabajar para reunir alimentos y encontrar refugio en su comunidad para los judíos. Les preguntaron a sus vecinos, granjeros o habitantes del núcleo urbano, si estarían dispuestos a ayudar cuando llegara el momento. Las

respuestas, en muchas ocasiones, no fueron demasiado alentadoras. La más habitual fue que aquellos a quienes preguntaban expresaran su compasión por los refugiados, pero no estaban dispuestos a correr el riesgo de acogerlos y alimentarlos. Señalaron que ellos también tenían el deber de proteger a sus familiares más próximos y temían que si refugiaban a judíos, pudieran ser denunciados ante la Gestapo local, lo que les expondría a ellos y a su familia a un grave peligro. Sopesando sus obligaciones para con su familia más inmediata y su compasión más abstracta hacia las víctimas judías a las que ayudar, prevalecieron los vínculos familiares, y las esposas de los pastores perdieron la esperanza de poder organizar una red de refugios.

Preparados o no, sin embargo, los judíos empezaron a llegar en busca de ayuda. Lo que ocurrió a continuación es importante y sintomático para entender la particularidad de esta acción social (en este caso, humanitaria). Las esposas de los sacerdotes se encontraron que ahora tenían entre manos a judíos vivos y reales, y lo intentaron otra vez. Por ejemplo, llevaban a un anciano judío, flaco y temblando de frío, hasta la puerta de alguno de los granjeros que antes no había querido comprometerse, y le preguntaban: «¿Podría darle usted a nuestro amigo una comida caliente y ropa de abrigo, y enseñarle el camino para llegar hasta el siguiente pueblo?». El granjero tenía ahora respirando ante él a una víctima viva, que le miraba a los ojos, tal vez implorante, y al que debía negarle su ayuda. O bien, las mujeres llegaban hasta la puerta de una granja acompañadas de una pequeña familia y preguntaban: «¿Les daría a esta familia una manta, un cuenco de sopa, y les dejaría dormir en su granero un día o dos antes de que se

pongan en camino hacia la frontera suiza?». Cara a cara con víctimas reales, cuya suerte dependía a todas luces de su ayuda, pocos se mostraron dispuestos a negarles asistencia, aunque los riesgos siguieran siendo los mismos.

Una vez que los habitantes del pueblo, de forma individual, hubieron hecho este gesto, en general, se comprometieron a ayudar a los refugiados durante el resto de la guerra. En otras palabras, fueron capaces de extraer sus propias conclusiones de su gesto práctico de solidaridad, su línea de conducta real, y vieron que era la conducta ética a seguir. No enunciaron primero el principio y actuaron después en consecuencia, sino que actuaron primero y después extrajeron la lógica de sus actos. El principio abstracto nació de la acción práctica, y no al revés.

François Rochat, comparando este modelo con la «banalidad de la maldad» de Hannah Arendt, lo llama «banalidad de la bondad». <sup>52</sup> Podríamos, con la misma precisión al menos, llamarlo la «particularidad de la bondad», o, apropiándonos de la Torá, un ejemplo de cómo el corazón sigue a la mano.

La particularidad de la identificación y de la compasión es una hipótesis de trabajo en el periodismo, en la poesía y en el trabajo caritativo. La gente no se identifica con las grandes abstracciones, los Desempleados, los Hambrientos, los Perseguidos o los Judíos, ni tampoco les abre el corazón o la carrera. Sin embargo, representemos con todo su emotivo

---

52 François Rochat y André Modigliani, «The Ordinary Quality of Resistance: From Milgram's Laboratory to the Village of Le Chambón», *Journal of Social Issues* 51, n.º 3 (1995): 195-210.

detalle, con fotografías, a una mujer que ha perdido su trabajo y que está viviendo en su coche, o a una familia de refugiados a la fuga a través de un bosque y que se alimenta de raíces y tubérculos, y lo más probable es que consigan la compasión de los desconocidos. No es fácil que todas las víctimas puedan representar a una víctima, pero una sola víctima muy a menudo puede simbolizar a toda una clase de víctimas.

Este principio operaba de forma poderosa en el más emotivo de los monumentos a las víctimas del Holocausto que yo haya visto, una exposición en el Ayuntamiento de Münster, ciudad donde se firmó el tratado de Westfalia en 1648, que ponía fin a la guerra de los Treinta Años. Calle por calle, dirección a dirección, nombre a nombre, la muestra describía la suerte que corrieron todas y cada una de las familias judías (unas seis mil). En general, la exposición mostraba una fotografía de la casa en la que había vivido la familia (la mayoría de estas casas seguían en pie, puesto que los bombardeos de los aliados apenas llegaron a Münster), la dirección de la casa, en algunas ocasiones un documento de identidad o una tarjeta de visita, fotografías de los miembros de la familia, solos y en grupo (en un picnic, una fiesta de cumpleaños, un retrato familiar), y una nota sobre el destino que habían corrido: «asesinados en Bergen-Belsen», «huidos a Francia y después a Cuba», «emigrados a Israel desde Marruecos», «huidos a Lodz, Polonia, suerte desconocida». En algunos casos no había fotografía, solo un rectángulo de puntos indicando el sitio en el que se hubiera colocado.

Se trataba, por encima de todo, de una muestra organizada por el ayuntamiento para la ciudadanía de Münster. Los

vecinos de la ciudad podían pasear de calle en calle, y ver a los judíos que habían sido sus vecinos, o los vecinos de sus padres y abuelos, sus casas, sus rostros, en general reflejando momentos más felices, que les sonreían. Era la poderosa particularidad, la individualidad, y su inmensa reiteración lo que hacía la exposición tan memorable, en el sentido más literal del término.<sup>53</sup> Este homenaje era mucho más emotivo que muchos de los otros omnipresentes monumentos colectivos dedicados a los judíos, a los homosexuales («en esta esquina, los homosexuales eran reunidos para ser transportados a los campos de concentración»), a los discapacitados y a los gitanos (Roma y Sinti).<sup>54</sup>

Tal vez lo más asombroso de esta exposición, no obstante, fuera el mismo proceso de montaje. Cientos de ciudadanos de Münster habían trabajado durante más de una década peinando archivos, autenticando muertes, siguiendo la pista de supervivientes y escribiendo cartas personalmente a los miles que pudieron localizar, en las que explicaban la exposición que estaban preparando y les pedían a los destinatarios de la carta si estarían dispuestos a completar el archivo y contribuir con una foto o con unas notas. Muchos de

---

**53** El museo del Holocausto en Washington D.C. reconoce el poder de la particularidad entregando a cada visitante una tarjeta con una fotografía de un judío de cuyo particular destino no se enteran hasta finalizar la visita.

**54** La mayor parte de estas placas no fueron una iniciativa estatal, sino que fueron creadas por pequeños grupos de ciudadanos alemanes que insistieron en la importancia de que la historia local del nazismo quedara marcada en la memoria histórica colectiva. Aunque son menos emotivas en su totalidad que la exposición de Münster, esta sale ganando en una comparación con Estados Unidos, donde uno puede buscar en vano memoriales que nos recuerden cosas como «en este lugar se celebraban subastas de esclavos», «recordemos Wounded Knee y el Camino de lágrimas», o «aquí se llevaron a cabo los infames experimentos de Tuskegee».

ellos, comprensiblemente, se negaron, muchos otros enviaron alguna cosa, y un considerable número de ellos viajaron a Münster para ver la exposición con sus propios ojos. El resultado hablaba por sí mismo, pero el propio proceso de rastrear las historias familiares, localizar a los supervivientes y a sus hijos, y escribirles cartas personales a los que fueron sus desdichados vecinos a través del vacío de la historia y de la muerte fue un reconocimiento catártico, sí es que no purificador, de una historia compartida y trágica. La mayoría de los que participaron en la preparación de la exposición ni siquiera habían nacido cuando los judíos fueron exterminados, y uno puede imaginar los miles de conversaciones y recuerdos dolorosos que este proceso desencadenó entre las diferentes generaciones de habitantes de Münster.

## FRAGMENTO 28.

### EL REGRESO DE LA PARTICULARIDAD, EL FLUJO Y LA CONTINGENCIA

El trabajo de la mayor parte de las ciencias sociales y de la historia consiste en resumir, codificar y, en general, «empaquetar» los movimientos sociales significativos y los acontecimientos históricos importantes a fin de hacerlos legibles y comprensibles. Dado este objetivo, y el hecho de que los acontecimientos sobre los que intentan arrojar luz ya han

ocurrido, no es ninguna sorpresa que los historiadores y científicos sociales despachen a toda prisa y sin simpatía alguna la confusión, el flujo y la tumultuosa contingencia que han experimentado los actores históricos, por no hablar de los observadores pasivos corrientes, cuyas acciones están analizando.

Una razón perfectamente obvia del engañoso y pulcro orden en el que se narran estos episodios es, precisamente, porque son «historia». Los acontecimientos en cuestión resultaron ser de esta manera y no de otra, ocultando el hecho de que era bastante probable que los participantes no tuvieran ni idea de cómo acabarían y de que, bajo circunstancias algo diferentes, las cosas podrían haber sido muy distintas. Ya lo dice el antiguo proverbio inglés: «por no tener un clavo, se perdió la herradura; por no tener herradura, se perdió el caballo; por no tener caballo, se perdió el jinete; por no tener jinete, se perdió el mensaje; por no tener mensaje, se perdió el reino».

Es inevitable que saber lo que ocurrió en realidad, a diferencia de los participantes, infecte la historia y la vacíe de la mayor parte de su auténtica contingencia. Pensemos por un momento en alguien que se quita la vida. Resulta casi imposible que los amigos y familiares del muerto no reescriban la biografía del suicida de un modo tal que presagie y que justifique el suicidio. Por supuesto, también es del todo posible que un breve desequilibrio químico, un pánico momentáneo o una trágica percepción de un instante puedan haber llevado al muerto a cometer ese acto, en cuyo caso, reescribir toda su biografía de tal modo que todo lleve al suicidio significaría no haber comprendido esta vida.

El impulso natural de crear un relato coherente que justifique y explique nuestras acciones y nuestra propia vida, incluso cuando dichas vidas y acciones desafían cualquier crónica coherente, le confiere un orden retroactivo a actos que podrían haber sido radicalmente contingentes. Jean-Paul Sartre ofrece el hipotético ejemplo de un hombre desgarrado entre la obligación de quedarse y de cuidar a su madre enferma o de marcharse al frente para defender a su país. Podríamos sustituir esta decisión por la de declararse en huelga o seguir trabajando en la factoría, o por la de unirse a una manifestación, etc. El hombre no puede decidirse, pero llega el día, y llega como un tren lanzado a toda velocidad, en el que por fuerza tiene que hacer una cosa o la otra, aunque todavía no haya decidido cuál. Digamos que decide quedarse con su madre enferma. Al día siguiente, escribe Sartre, será capaz de explicarse a sí mismo, y de explicárselo a otros, por qué él es el tipo de hombre que decide permanecer junto a su madre enferma. Una vez ha actuado, debe encontrar un relato que justifique lo que ha hecho, aunque esto no explique por qué hizo lo que hizo, sino que más bien, echando la vista atrás, le da sentido a lo que ha hecho, es decir, crea un relato que satisfaga su acción, una acción que no puede ser explicada de ninguna otra manera.

Lo mismo podría decirse de los trascendentales acontecimientos contingentes que han configurado la historia. La historia y la imaginación popular no solo borran la contingencia de los acontecimientos sino que implícitamente les atribuyen a los actores históricos intenciones y una consciencia que no podían de ningún modo haber tenido. El hecho histórico de la Revolución Francesa ha reconfigurado,

comprensiblemente, casi toda la historia francesa del siglo XVIII de tal modo que lleva de forma inexorable al año 1789. La revolución no fue un único acontecimiento, sino un proceso que dependía de las contingencias, la meteorología, las malas cosechas y la geografía y demografía de París y de Versalles, mucho más de lo que dependía de las ideas esbozadas por los *philosophes*. Los que asaltaron la Bastilla para liberar a los presos y apoderarse de las armas no podían haber sabido de ningún modo (y menos aún tenido la intención) que iban a derribar la monarquía y que harían caer a la aristocracia, y menos aún que estaban participando en lo que más tarde se conocería con el nombre de «Revolución Francesa».

Una vez que un acontecimiento histórico significativo ha sido codificado, viaja en la forma de una especie de símbolo de condensación y, a menos que tengamos mucho cuidado, adopta una falsa lógica y un orden que, y eso es grave, le hace una grave justicia a cómo lo experimentaron los participantes en el momento en el que ocurrió. Los habitantes de Chambon-sur-Lignon, a los que ahora se considera un ejemplo moral, aparecen, de forma más o menos monolítica, como unos hugonotes que actuaron guiados por sus principios religiosos y que acudieron en ayuda de los perseguidos, cuando, como hemos visto antes, su valentía emanaba de una fuente más compleja e instructiva. La revolución rusa, la revolución estadounidense, la guerra de los Treinta Años (¿quién sabía en el año cinco de esta guerra que se prolongaría veinticinco años más?), la comuna de París de 1871, el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos, París en el año 1968, Solidarnosc en Polonia, y cualquier otro acontecimiento complejo, están todos sometidos a las mismas

cualificaciones. Su radical contingencia tiende a ser borrada, la consciencia de los participantes, allanada y, demasiado a menudo, inoculada con un conocimiento preternatural de cómo transcurrieron las cosas, y se acalla el tumulto de los diferentes modos de comprenderlas y de sus motivos.

Lo que la «historia» le hace a nuestra comprensión de los acontecimientos es algo parecido a lo que le hace una retransmisión televisiva de un partido de baloncesto o de hockey a nuestra comprensión de este partido. La cámara está situada por encima del plano de la acción o fuera de él, algo parecido a un helicóptero que planea sobre la acción. El efecto de esta vista de pájaro es el de distanciar al espectador del partido y la aparente ralentización del juego. Incluso así, y para que el espectador no se pierda un lanzamiento o un pase crucial, se utiliza la cámara lenta real para ralentizar todavía más la acción y permitir que el espectador pueda verlo en todo detalle una y otra vez. La combinación de la perspectiva a vista de pájaro y de la cámara lenta hace que los movimientos de los jugadores le parezcan al espectador tan engañosamente fáciles que puede entonces tal vez fantasear y creer que él domina también estos movimientos. Por desgracia, ningún jugador real experimenta nunca el partido real desde un helicóptero o a cámara lenta. Y en las raras ocasiones en las que la cámara se sitúa a nivel del suelo y cerca de la acción en tiempo real, uno puede por fin valorar al mismo tiempo que los jugadores la deslumbrante velocidad y la complejidad de partido; la breve fantasía que se disipa de inmediato.

## FRAGMENTO 29.

### LA POLÍTICA DE REPRESENTACIÓN ERRÓNEA DE LA HISTORIA

*La confusión al ver la causalidad militar es la de confundir el patio de armas con la batalla, donde es una cuestión de vida y muerte.*

LEÓN TOLSTÓI

La tendencia a ordenar, simplificar y condensar los acontecimientos históricos no es solo una tendencia natural humana o algo que necesitan los manuales escolares de historia, sino una lucha política en la que es mucho lo que está en juego.

La revolución rusa de 1917, igual que la Revolución Francesa, fue un proceso cuyos muchos y muy diversos participantes no sabían cómo acabaría. Quienes han analizado el proceso en todo detalle están de acuerdo en varios puntos. Están de acuerdo en que los bolcheviques desempeñaron un papel insignificante en el nacimiento de la revolución; en palabras de Hannah Arendt, «los bolcheviques encontraron el poder tirado en la calle y lo recogieron».<sup>55</sup> Los acontecimientos de finales de

---

55 Hannah Arendt, *On Revolution*, Viking, Nueva York, 1965, p. 122 [hay trad. cast.: *Sobre la revolución*, trad.: P. Bravo Gala, Alianza, Madrid, 2011.

octubre de 1917 estuvieron marcados por la total confusión y la espontaneidad. Están de acuerdo en que la aplastante derrota de los ejércitos del zar en el frente austríaco y el subsiguiente regreso precipitado de los soldados para participar en las confiscaciones espontáneas de tierras en el campo fueron decisivos en el descalabro del poder del zar en las zonas rurales de Rusia. Están de acuerdo en que la clase obrera de Moscú y de San Petersburgo, pese a su descontento y militancia, no preveía hacerse con la propiedad de las factorías. Por último, están de acuerdo en que en vísperas de la revolución, los bolcheviques apenas ejercían alguna influencia entre los trabajadores (aunque la poca que ejercían era muy valiosa) y ninguna en las zonas rurales.

Una vez que los bolcheviques se hicieron con el poder, no obstante, empezaron a escribir una crónica que dejaba fuera de ella la contingencia, la confusión y la espontaneidad, y también a los muchos otros grupos revolucionarios. Esta nueva historia «exactamente así» hacía hincapié en la clarividencia, la determinación y el poder del partido de vanguardia. De acuerdo con la visión leninista en *¿Qué hacer?*, los bolcheviques se vieron a sí mismos como los principales animadores del desenlace histórico. Dada la fragilidad con la que gobernaron entre 1917 y 1921, los bolcheviques tenían un interés muy poderoso en sacar la revolución de las calles y hacerla ingresar en los museos y en los libros de texto escolares lo antes posible, no fuera a ser que el pueblo decidiera repetir la experiencia. El proceso revolucionario fue «naturalizado» como un producto de la necesidad histórica, legitimando así la «dictadura del proletariado».

La «historia oficial» de la revolución ya estaba siendo creada casi antes de que se consumara la auténtica revolución. De igual modo que la idea de estado (y la de revolución) de Lenin se parecía a una máquina bien engrasada operada desde arriba con precisión militar, también las «representaciones» revolucionarias subsiguientes siguieron el mismo modelo. Lunacharsky, el empresario cultural del primer bolchevismo, concibió un gigantesco teatro público urbano en el que se describía la revolución, con cuatro mil actores (la mayoría de ellos, soldados) que seguían un guión coreografiado, cañones, barcos en el río y un sol rojo en el este (simulado por medio de focos), como instrucción cívica para 35.000 espectadores. En el teatro público, en la literatura, en el cine y en la historia, los bolcheviques manifestaron su vital interés por «empaquetar» la revolución de tal modo que cualquier contingencia, variedad o propósitos enfrentados de la auténtica revolución quedaran eliminados. Después de la muerte de la generación que había vivido la revolución y que podía comparar el guión con su propia experiencia, la versión oficial tendió a prevalecer.

Lo habitual es que las revoluciones y los movimientos sociales, entonces, sean una combinación de una pluralidad de actores: actores con objetivos totalmente divergentes mezclados con una gran dosis de rabia e indignación, actores con escaso conocimiento de la situación más allá de lo que alcanza su vista, y actores sometidos a ocurrencias fortuitas (un chaparrón, un rumor, un tiro); y sin embargo, es posible que la suma vectorial de esta cacofonía de acontecimientos llegue a preparar el escenario de lo que más tarde podrá verse como una revolución. Las revoluciones en raras ocasiones, si es que ocurre alguna vez, son el trabajo de organizaciones

coherentes que dirigen sus «tropas» hacia un objetivo determinado, como quiere hacernos creer el guión leninista.<sup>56</sup>

La descripción visual del orden y la disciplina es un elemento esencial de la escenografía del autoritarismo. En medio de las hambrunas de las zonas rurales, del hambre en las zonas urbanas, y del número creciente de coreanos que huían hacia la frontera china, Kim Jong-Il consiguió organizar inmensos desfiles en los que participaban decenas de miles de personas en un cuadro vivo diseñado para sugerir un pueblo unido marchando al unísono al ritmo del bastón de mando del «Querido Líder».

Esta forma de fanfarronadas teatrales viene de lejos. Puede encontrarse en los «ejercicios de gimnasia multitudinarios», exhibiciones de poder y de disciplina, organizados en grandes estadios a principios del siglo XX tanto por los partidos socialistas como por los de derechas. Los movimientos minuciosamente coordinados de miles de gimnastas uniformados, igual que los de una banda procesional marchando al paso en formación cerrada, transmitían la imagen de un poder sincronizado y, por supuesto, de una coreografía incluida en un guión obra de un autoritario e invisible director de orquesta.

El teatral boato del orden simbólico es evidente no solo en las ceremonias públicas tales como coronaciones o los desfiles del primero de mayo, sino también en la misma arquitectura

---

56 Los escritos de Lenin a este respecto son complejos, celebrando a veces la espontaneidad, aunque, en general, veía las «masas» como un poder en bruto, algo así como un puño, y al partido de vanguardia como el estado mayor que desplegaba el poder de las masas para sacarle el máximo rendimiento a la situación.

de los espacios públicos: plazas, estatuas, arcos y amplias avenidas. Los edificios suelen estar diseñados para intimidar al pueblo llano con su tamaño y majestuosidad, y muy a menudo suelen funcionar como una especie de chamanismo, un contrapeso simbólico de orden frente a una realidad que es cualquier cosa menos ordenada. El palacio de Ceaucescu en el Parlamento de Bucarest, completado al 85 por 100 en el año 1989, el de la caída del régimen del dictador, es un ejemplo que viene al caso. La «asamblea legislativa» parecía un teatro de ópera, con sus galerías circulares y un podio en el centro para uso de Ceaucescu equipado de un sistema hidráulico que lo hacía subir y bajar. Los seiscientos relojes del edificio estaban todos controlados desde una consola en la suite presidencial.

Una gran parte del trabajo simbólico del poder oficial consiste, precisamente, en ocultar la confusión, el desorden, la espontaneidad, el error y la improvisación del poder político, tal como de hecho se ejerce bajo una superficie de orden, deliberación, racionalidad y control igual de lisa que una bola de billar. A mí me parece una «miniaturización del orden». Es una práctica que todos conocemos del mundo de los juguetes. El mundo más amplio de la guerra, de la vida de familia, de las máquinas y de la naturaleza salvaje es una realidad peligrosa que está más allá del control de los niños, y la miniaturización, en la forma de soldaditos de plomo, casas de muñecas, tanques, aviones y trenes de juguete y pequeños jardines, domestica estos mundos. En los pueblos modelo, proyectos de demostración, maquetas de proyectos residenciales y granjas colectivas modelo opera casi la misma lógica. La experimentación a pequeña escala, donde las consecuencias

de un fracaso son menos catastróficas, es, por supuesto, una prudente estrategia de innovación social. No obstante, sospecho que, en la mayoría de los casos, este tipo de demostraciones son, literalmente, un espectáculo, un sucedáneo de un cambio más sustancial, y que exhiben un micro-orden muy esmerado diseñado sobre todo para fascinar, tanto a los gobernantes (¿auto-hipnosis?) como a un público más amplio, con una fachada de orden centralizado estilo Potemkin. Cuanto mayor sea la proliferación de estas pequeñas «islas de orden», tanto más uno sospecha que fueron erigidas para impedir que podamos ver el orden social no oficial que queda fuera del alcance del control de las élites.

La condensación de la historia, nuestro deseo de tener unos relatos pulcros, y la necesidad de las élites y de las organizaciones de proyectar una imagen de control y de finalidad conspiran para transmitir una falsa imagen de causalidad histórica. No nos dejan ver que la mayor parte de las revoluciones no son obra del trabajo de partidos revolucionarios sino el resultado de una acción espontánea e improvisada («aventurismo», en el léxico marxista), que los movimientos sociales organizados son, en general, el producto y no la causa de las protestas y manifestaciones descoordinadas, ni que los grandes logros emancipadores de la libertad humana no han sido el resultado de procedimientos institucionales ordenados sino de la acción espontánea, desordenada e impredecible que ha abierto una fractura en el orden social desde abajo.

## **AGRADECIMIENTOS**

A Fred Appel, de Princeton University Press, que con una paciencia ejemplar alentó mi experimento de estilo libre, y me ayudó a darle forma, y quien con sus consejos ejerció el tipo de cuidado y atención que yo creía que ya había desaparecido del mundo editorial contemporáneo. Y a sus colegas Sarah David y Deborah Tegarden, con generosidad.